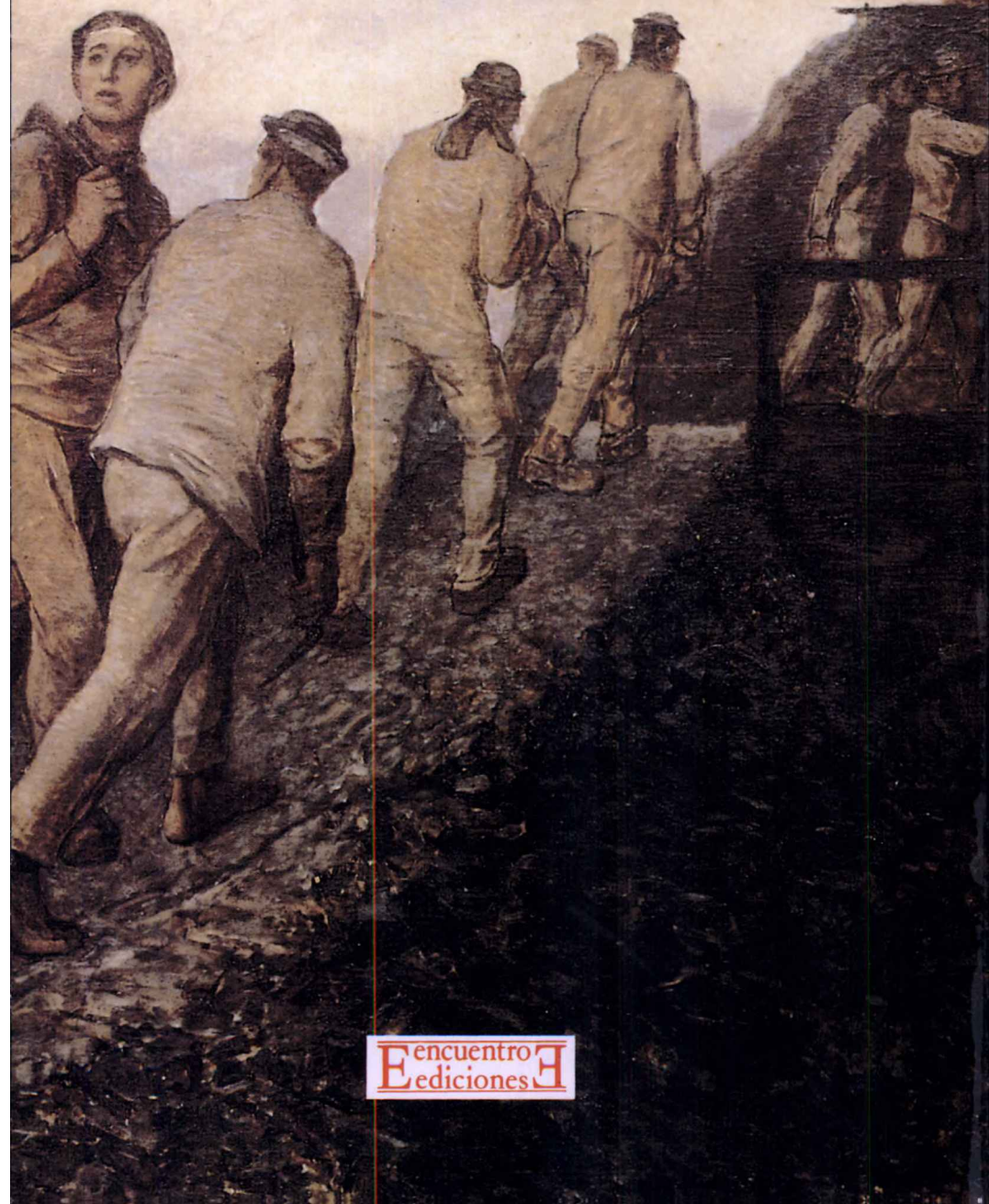


LUIGI GIUSSANI

# El templo y el tiempo

Dios y el hombre



Encuentro  
Ediciones









Luigi Giussani nació en Desio el 15 de octubre de 1922. Estudió en el seminario de la diócesis de Milán y cursó los estudios de Teología en la Facultad de Teología de Venegono, donde más tarde fue profesor.

En los años 50 abandona las clases en la Facultad de Teología para dedicarse a la enseñanza de la religión en un colegio de Enseñanza Media. Da vida así a un movimiento eclesial –Comunión y Liberación– que hoy es una realidad viva en varios países del mundo (Europa, África y América).

Su campo de investigación ha sido desde siempre la Teología ecuménica y, en particular, la Teología protestante americana y el estudio de las motivaciones racionales de la adhesión a la fe y a la Iglesia.

Sus libros traducidos al castellano, publicados por ediciones Encuentro, son:

- *Huellas de experiencia cristiana*, 1978.
- *El compromiso del cristiano en el mundo*, 1981.
- *El sentido religioso*, 1981.
- *Moralidad, memoria y deseo*, 1983.
- *En busca del rostro humano*, 1985.
- *Educación es un riesgo*, 1986.
- *La conciencia religiosa en el hombre moderno*, 1986.
- *Curso básico de cristianismo/1. El sentido religioso*, 1987.
- *El movimiento de Comunión y Liberación*, 1987.
- *Decisión para la existencia*, 1988.
- *Curso básico de cristianismo/2. Los orígenes de la pretensión cristiana*, 1989.
- *Curso básico de cristianismo/3. 1. La pretensión permanece*, 1991.
- *Curso básico de cristianismo/3. 2. El signo eficaz de lo divino en la historia*, 1993.
- *Está, porque actúa*, 1994.

**Ensayos**  
**93**

**This One**



**NX4W-PD6-EJU3**





LUIGI GIUSSANI

# El templo y el tiempo

Dios y el hombre

**E**ncuentro  
**E**diciones**E**

Título original  
Il tempo e il tempio  
Dio e l'uomo

© 1995  
Fraternità di Comunione e Liberazione

Primera edición española  
© 1995  
Ediciones Encuentro, Madrid

Traducción  
J. Prades, R. Gerez, C. Giussani, M. Lapuerta,  
J. M. García, J. M. Oriol

Revisión  
José Miguel Oriol

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa  
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro  
Cedaceros, 3-2.º - 28014 Madrid - Tels. 532 26 06 y 532 26 07

## INDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCION.....	7
Capítulo 1	
DIOS: EL TIEMPO Y EL TEMPLO.....	11
Capítulo 2	
RECONOCER A CRISTO .....	45
Capítulo 3	
DIOS Y EL HOMBRE .....	91
Capítulo 4	
EN EL TIEMPO Y EN EL TEMPLO, EL SUJETO: EL YO .....	119
APENDICES .....	141

Este volumen recoge cuatro meditaciones ofrecidas por el autor durante algunos Retiros espirituales de los *Memores Domini* (ver nota 1) («Dios: el tiempo y el templo», noviembre de 1994; «Dios y el hombre», marzo de 1995; «El *Sujeto* en el tiempo y en el templo: el yo», mayo de 1995) y los Ejercicios espirituales de los universitarios de Comunión y Liberación («Reconocer a Cristo», diciembre de 1994).

## INTRODUCCION

Los cuatro textos que componen el presente volumen recogen otras tantas meditaciones pronunciadas entre noviembre de 1994 y mayo de 1995. No obstante, su contenido refleja pensamientos, intuiciones y reflexiones que se remontan a muy atrás en el tiempo. No exagero si digo que para mí estos textos representan una especie de breve síntesis ideal de lo que he intentado comunicar a los jóvenes durante todos estos años, compartiendo con ellos necesidades y esperanzas.

La vocación es un tema central en la experiencia de cualquier cristiano. No me refiero a la vocación religiosa en sentido específico —de la que también se habla, sin embargo, en estas páginas—, sino a lo que es, para un cristiano, la vida misma; la cual encuentra todo su significado en ser respuesta a una llamada. Dios ha decidido salir al encuentro del hombre haciéndose hombre, para comunicarse así al mundo y

a los hombres de cada época. En esto consiste toda la originalidad del cristianismo y su carácter específico respecto a las demás religiones: en que la relación con el Infinito no está establecida, imaginada y concebida por el hombre, sino que está determinada por la presencia, misteriosa y real, del mismo Dios en la historia humana.

A propósito de esto hay tres aspectos que me apremia subrayar:

1. Ante todo el método de la relación entre Dios y el hombre. La implicación de Dios en la vida del hombre se produce siempre a través de un punto preciso, carnal, dentro del tiempo y el espacio, en el que tiene lugar la interferencia del Misterio. Esta es la noción de templo. Se trata de reconocer el método que Dios ha elegido para darse a conocer al hombre, el método de su iniciativa misteriosa, pero real, para entablar relación con el hombre. Y el hombre que, por gracia, se da cuenta con sorpresa de esto puede, con su libertad, responder a ello mirando a ese comienzo nuevo, que no es obra suya, que le ha sucedido y que se revela como algo que corresponde profundamente a sus exigencias y a sus expectativas.

Andrés y Juan se toparon con aquel hombre, que vestía como todos los demás, pero que era muy diferente de ellos: aquel día y a aquella hora precisa se introdujo en su vida un factor que les hizo renacer, que les hizo ser distintos consigo mismos y con los demás. Le siguieron. La vocación de todo cristiano, de todo bautizado, es como la llamada de los apóstoles; no depende de nosotros, ni requiere condiciones par-

ticulares, sino que se produce mediante el encuentro con una presencia excepcional en un lugar y un momento determinados: el templo, dentro del tiempo. Este método tiene implicaciones cotidianas, en cada instante. Ya nada es inútil, y todo revela que en última instancia tiene una positividad.

2. En todo aquel que empieza a seguir así el método de Dios surge una moralidad nueva, un sentimiento nuevo de la vida: sentimiento de seriedad, de responsabilidad, de creatividad, de libertad, que poco a poco tiende a penetrar y abrazar toda la existencia, la suya y la de los demás. Es una nueva moral que se enfrenta a la tragedia del mundo; que no nace ni depende de leyes descubiertas mediante análisis y que estén basadas en ellos, sino que brota de la fascinación, secundada, que ha producido en nosotros un encuentro. La moral comienza en el hombre por obra de Otro, a quien el hombre reconoce.

Es un sentido nuevo de la moral, que surge de aceptar esa presencia, imprevisible pero real, tal como le sucedió a Simón cuando respondió a Cristo que le había preguntado: «Sí, tú sabes que te amo». Para el hombre llamado, es decir, para el bautizado, la vida es por tanto ofrecimiento de cada instante, de cada gesto, de cada palabra, de cada dolor, para la gloria de Cristo, para que Cristo sea reconocido. Y la gloria de Cristo es un término del mundo presente, se refiere a la historia; no se produce en el más allá, sino en el más acá. En última instancia, pues, la vocación consiste en reconocer a Cristo la capacidad de salvar el tiempo presente. Justamente lo que, por el contrario,

trata de negar toda la época moderna en sus más elevadas expresiones.

3. Esta fecundidad en el tiempo y el espacio es lo que da origen a un nuevo pueblo en la historia, un pueblo que se convierte en protagonista de la historia.

Para el cristiano la vida consiste en la respuesta a un Tú que está presente, respuesta que es más eficaz que cualquier esfuerzo y más sólida que cualquier coherencia posible. De esto deriva una concepción nueva de sí, que se renueva todos los días al superar los esquemas del mundo y valorar todo lo que la realidad tiene de bueno, de verdadero y de justo. El hombre valora todo aquello con lo que se encuentra solamente si está seguro del camino; entonces cualquier cosa que recoge le resulta útil para construir. Por eso el ecumenismo es un problema auténticamente cristiano: cuando hay claridad acerca de la verdad suprema, del rostro de Cristo, mirándole a Él todo aquello con lo que nos encontramos muestra que tiene algo bueno. Mucho más que una tolerancia indiferente, el ecumenismo es amor al reflejo de la verdad que se encuentra en todo el mundo. Es un factor de paz, de construcción de una morada humana, de una casa que pueda servir además de refugio a la desesperación extrema. Es una potenciación de todos en función de todos: por ello comporta siempre un juicio claro, también acerca de los compañeros de camino, para que el abrazo sea unitario, potente, sin reticencias, y todos podamos caminar juntos hacia el reino de los cielos «que satisface toda la fiesta que el corazón desea» (Jacopone da Todi).



Capítulo primero

## DIOS: EL TIEMPO Y EL TEMPLO



La conversación de esta mañana va a consistir en un diálogo que quiero entablar con los que vais a hacer la *profesión*<sup>1</sup> esta tarde. Pero más profundamente, aunque exista el peligro de que sea recibido sordamente, pretende ser un diálogo que sirva de reclamo para quie-

---

<sup>1</sup> En la experiencia de los *Memores Domini*, la «profesión» es un compromiso para toda la vida de adhesión a los ideales en los que la Iglesia ha identificado tradicionalmente la realización de la verdadera humanidad, que ha sido engendrada por la muerte y resurrección de Cristo y que continuamente se renueva mediante el Bautismo. Los *Memores Domini* viven la dedicación a Cristo y a la Iglesia en virginidad. Es una experiencia que ha nacido en el seno del movimiento de Comunión y Liberación. La asociación *Memores Domini* (comúnmente llamada «Grupo Adulto» en CL) se propone llevar a cabo una presencia misionera precisamente por medio de la forma de vida de la virginidad, para devolver la fe a la vida de los hombres yendo a su encuentro en cualquier parte, pero, de modo particular, en los diversos ámbitos del mundo del trabajo: escuela, oficina, fábrica. Los *Memores Domini* viven tendencialmente juntos en «casas», en compañía de tres a doce personas.

nes ya han pasado años, muchos años, llamados como vosotros, por don de Dios, a vivir esa gran posibilidad que constituyen las cuatro paredes de la *casa*. Por tосquedad de espíritu, cosa que produce una falta de inteligencia y de sensibilidad, puede que su tiempo haya transcurrido con distracción, lo que no llega a constituir, sin embargo, una objeción tan radical como para llegar a ser una traición, palabra que indica exactamente lo contrario que profesión. «Profesar» es afirmar ante el mundo, mientras que «traicionar» es negar frente al mundo. «Frente al mundo» es sinónimo de «delante de Dios», porque es en el mundo donde conocemos a Dios, es en el mundo donde caminamos hacia Él, es en el mundo donde glorificamos a Cristo, y es en el mundo donde construimos el reino de Cristo. El mundo no es Dios, pero es el lugar de Dios: este mundo.

Quisiera que lo que vamos a decir esta mañana comenzase lentamente a gotear en vuestras almas, originariamente áridas, con una aridez llena de sed, y desnudas, porque necesitan revestirse del verdor, del frescor de esa «casa» a la que nos referíamos anoche como el trozo de tiempo y de espacio, como el trozo de mundo, como el trozo de historia que os *interesa*, que os atraviesa y entra en vuestro ser, como el lugar en el que precisamente se demuestra, se expone y se muestra, como en una exposición, Cristo en cuanto Rey del universo.

Pues bien, ¿cuál es la ley de esta casa que antiguamente solía indicarse con los términos «morada» o «templo»? La ley es la descripción de un mecanismo estable, de una dinámica estable, como decía hace muchos años cuando daba clase de religión; dada una

vida, la ley es la descripción del dinamismo de esa vida: señala por qué la vida crece, cuándo crece y cuánto crece.

La ley. ¿Cuál es la ley del dinamismo que hace que la casa verdaderamente sea casa? ¿Cuál es la ley de la dinámica de desarrollo de la casa? Todo lo que Dios permite es para que haya desarrollo, vida, para que haya una historia, un destino; de Sus manos todo sale como una semilla, como una promesa. ¿Cuál es la ley de la dinámica del ser y el desarrollo de la casa? Espero que esté clara la pregunta.

Pues bien, hay un libro que se ha escrito para recordar a la humanidad precisamente este acontecimiento, el advenimiento del entero organismo que Dios ha suscitado para que exista y permanezca en el mundo como el punto de referencia y la meta del desarrollo, el punto de partida y la finalidad de todo. Hay un libro escrito para recordar a la humanidad el advenimiento de este gran organismo cuya ley buscamos, la ley que lo engendra, la ley que lo protege de todo lo demás y que le permite vencer todas las resistencias, que no las elimina pero permite que las venza para llevarlo a su plenitud, al día de la justicia en la gran hora de Cristo, el día del Apocalipsis. Este libro —claro está— es la Biblia. En efecto, toda la historia del pueblo hebreo es un preaviso de lo que le iba a suceder a toda la humanidad. Por eso, leyendo con inteligencia y humildad —y con afecto hacia el misterio del Ser, hacia el misterio del Padre— la historia del pueblo israelita, se pueden observar muy bien las líneas de desarrollo, las indicaciones de la meta. San Pablo llama a la historia del pueblo hebreo «el gran

pedagogo», el gran maestro que Dios creó, formó, ayudó y destinó para preparar a la humanidad<sup>2</sup>.

Fijaos en que la preparación que significa el pueblo israelita para el gran Acontecimiento, esta pedagogía que representa, vale más para nosotros, que hemos venido después, que para la gente de entonces, que no conoció o no reconoció el significado que tenía el pueblo de Israel. Pero este pueblo, con su historia, fue hecho por Dios como pedagogía, como introducción para iluminar la naturaleza de su intervención en el mundo, para alumbrar la naturaleza de su intervención en la historia. Aquella preparación está más hecha para nosotros que para la gente de entonces. Está hecha para todos, pero para los de entonces fue como vislumbrar algo en medio de las tinieblas; para nosotros es, en cambio, la comprobación de una jornada serena, de una jornada en la que la luz ha aparecido ya y el sol ha recorrido ya un largo trecho de camino, quizá trazando su surco por el espacio de nuestra distracción, pero ha hecho recorrido. En cualquier momento puedes redimirte y caer en la cuenta de aquello en lo que nunca habías reparado. Y la palabra «casa» es central para esta toma de conciencia, para este descubrimiento, para este retorno tuyo.

Bien, el reino de Cristo es como un gran organismo que ha tenido una ley para su ser y su desarrollo: una ley que lo crea, que establece su principio y, por consiguiente, su crecimiento, hasta alcanzar su destino, su finalidad, que es la gloria plena de Cristo. Podemos llamar a esta ley la ley de la *elección* o *predilección*.

---

<sup>2</sup> Cfr. Gal 3, 6-25.

Para que Cristo sea todo en todos, para que Cristo aparezca como todo en todos, para que la gloria de Cristo se manifieste como la forma y el contenido de todas las cosas —«todo consiste en Él»<sup>3</sup>—, para que se muestre así, hay una predilección o elección que lleva a cabo Dios, el Misterio, el Padre. Fuera de esta predilección y elección únicamente puede haber una masa de pordioseros, de mendigos, que recogen las sobras que caen de la mesa de los hijos, exactamente como decía la cananea: también los perros pueden alimentarse con las sobras que caen de la mesa de los hijos.

Acerquémonos, pues, al progresivo enriquecimiento del contenido objetivo que tiene este gesto del Padre, del Misterio, que se llama predilección, elección o llamada. Todo empieza con esto. Porque la gran llamada, la gran elección, la gran opción que Dios ha tomado para realizar su designio en el mundo fue la llamada o elección de Cristo, aquel hombre que decía: «Yo hago siempre lo que veo hacer a mi Padre. No hago otra cosa que lo que veo que mi Padre hace». Releed a propósito de esto los capítulos V, VI, VII y VIII del evangelio de san Juan: «Yo para esto he sido *enviado*»; predilección, elección, misión.

Pero, una vez anotada, casi temerosa y furtivamente, esta premisa de la gran llamada que lo recoge y lo explica todo —el mundo, la vida de todos y cada uno de los hombres y de los pueblos, los mismos movimientos de los pueblos, sus mismos desplazamientos masivos, tienen como finalidad, dijo san Pablo

---

<sup>3</sup> Cfr. Col 1, 17 y Jn 1, 3.

en el Areópago de Atenas, la búsqueda de Dios, es decir, la búsqueda del designio que Dios tiene sobre su existencia, sobre su dinámica histórica<sup>4</sup>—, una vez dejada aparte, o mejor, inscrita en la bóveda del cielo que ilumina nuestros pasos, esta misteriosa y eterna elección de Cristo, veamos cómo dentro de la historia, en esta historia que lleva el nombre del mes y el número del año en que tú naciste, en que yo nací, en esta historia, en la historia de los hombres, en la historia del mundo, en la historia-historia, veamos cómo esta elección, esta llamada que luego se convertirá, como diremos, en misión, se puede traducir en *elenco*, en el sentido griego de esta palabra.

\* \* \*

*Primero.* La elección de la Virgen María, el escoger a esta joven de 15-17 años para que fuese la primera morada de Dios en el mundo, para que crease el primer *templo* de Dios en el mundo, del Dios verdadero y vivo, para que fuera la primera *casa* de Dios en el mundo. María, tú eres la primera casa de Dios en el mundo, el primer contexto, el primer ámbito, el primer lugar en el que todo lo que había era de Dios, de Dios que venía a vivir entre nosotros. Todo lo que tú eres —¡todo!—, es para Dios, es morada Suya. No hay ninguna falsedad en ti: «*Gratia plena*». El don de Dios, Su elección, te ha purificado por entero; más aún, más que purificarte, te ha creado pura por entero: «*Gratia plena*». Por eso eres bellísima, porque la belleza es el esplendor de la verdad: ¡Bellísima!

---

<sup>4</sup> Cfr. Hechos 17, 26-28.



Y Nazaret, la casa de Nazaret, que es lo que más impresiona al peregrinar a Palestina; entre todas las cosas que se ven me parece que lo más impresionante es cuando uno, desde poco más arriba, lee abajo: «El Verbo se hizo carne aquí» (*Verbum caro hic factum est*); ¡aquí, aquí!, ¡en esta «casa»! La casa de Nazaret fue el primer desarrollo de esa otra casa que era el seno de María, que es María. Fue el primer desarrollo de aquella personalidad penetrada enteramente por Cristo, que era totalmente *para* Cristo: hecha, existente, viva, viviente, creativa, llena de gracia, para que Cristo fuera reconocido. La casa de Nazaret fue el primer desarrollo de esa casa que es la Virgen. ¡Y pensar, amigos, que tres amigos nuestros han establecido una casa en Nazaret este año! ¿No es acaso esto una señal que debería espabilarnos? ¿No es una señal de Dios, para quien nada sucede en vano, ¡y y menos aún estas cosas, figuraos!? ¿No es una señal de que quiere que despertemos todos, que despierten todos los *Memores Domini* para cumplir su misión en el mundo con más inteligencia, con más afecto, con más creatividad y presencia, y no con ese carácter opaco en el que dejan hundirse la mayor parte de sus jornadas? Cualquier frase que parezca, hoy, una recriminación por mi parte, amigos míos, es por respeto hacia vosotros, ¡es un reclamo para vosotros, un buen augurio que os deseo! Que no quede como una recriminación que hago a vuestros compañeros mayores y, por consiguiente, a mí mismo.

\* \* \*

*Segundo.* Mirad que estos puntos son como cuadros para meditar, como trozos de historia en los que

reflexionar y con los que ensimismarse, porque todo lo que está vivo hoy lo está porque es desarrollo de lo que acabamos de recordar, que está presente ahora, por lo tanto, y tiene la misma relación con el hoy que tiene la raíz con su planta. Hemos hablado de esta realidad de la casa de Nazaret, de esta morada de Nazaret, una realidad de espacio y tiempo en la que todo era para Cristo. Pues bien, ¿quién es el mediador, el demiurgo que hace que todo lo que existe en su ámbito sea para Cristo? El hombre, *¡el hombre que ha sido llamado!* Este es quien renueva el mundo, quien participa en la redención del mundo; él es el redentor del mundo que se ve en la práctica: el hombre llamado, el hombre elegido, ¡tú si respondes!

La realidad de la casa de Nazaret se ha extendido por todo el mundo. Está extendida: ¡nosotros ya podemos decir esto! San Pablo decía: «se extiende», «se está extendiendo»<sup>5</sup>. Nosotros en cambio podemos decir que se ha extendido ya por todo el mundo: tenemos dos casas en Siberia, una casa en Moscú, dos en Nueva York, casas y casas en América del Sur, en Kenia, en Uganda...

La realidad de la casa de Nazaret se ha extendido por todo el mundo por medio de la elección de hombres que forman todos juntos como una forma única —la Iglesia—, como una realidad única: el cuerpo de Cristo que se dilata en el tiempo y el espacio, Aquél que nació de María la Virgen en su continuo nacer dentro del mundo. Es la Iglesia, el acontecimiento que se hace presente en el mundo, que se mantiene

---

<sup>5</sup> Col 1, 5-6; Rm 1, 8.

presente en todos los momentos, años, meses, días, horas y minutos de su historia: es la Iglesia, cuerpo misterioso de Cristo.

Este segundo punto tiene un *nota bene*. Amigos míos: ¡de cuánta emoción, de cuánta conmoción, de cuánto remordimiento, de cuánto arrepentimiento, de cuánto dolor y cuánta alegría está conscientemente hecha cada palabra que os digo! ¡En tantos años de vida! ¡Y no sólo vale esto para mí sino también para vuestros compañeros mayores que tienen la responsabilidad de guiar a vuestras personas y vuestra compañía! Cada palabra que digo quisiera ser la última palabra sobre las cosas a las que apunto, sobre el tiempo del que hablo, sobre la realidad del hombre caminante, sobre el mundo y sobre la historia; quisiera servir para definir nuestro destino, para definir vuestro destino en este mundo y al término de este mundo, cuando finalmente Él sea todo en todos, y todo el mundo le vea y diga: «¡Teníais razón vosotros!».

Pero ya lo dicen, muchos lo dicen ya. Quizá les hayáis escuchado también vosotros: la carta que leeré al terminar, si tenemos tiempo, servirá de ejemplo admirable entre los miles que hay. Estas frases que os parecen un simple modo de hablar son cosas inmensas que hay que mirar y descubrir, abrazar y amar, en las que hay que penetrar haciendo un largo viaje (mucho mejor que todos los viajes turísticos que podáis soñar y que todas esas peregrinaciones que sirven para encubrir, como pretexto, apetencias turísticas).

Veamos, pues, el *nota bene*. ¿Cuál es la fuerza que permite este desarrollo continuo, el continuo desarro-

llo de ese organismo, la continua permanencia, renovación y multiplicación de esas moradas, de esas casas? Es decir, ¿cuál es la fuerza que permite que la Iglesia se dilate y se extienda? Lo que permite este continuo desarrollo es el Hecho, el Huésped de aquella casa que fue el seno de María. Este Huésped, Rey del Universo, «*cunctorum dominator alme*»<sup>6</sup>, este Huésped de la casa que fue el seno de María, murió en la cruz para que sucediera esto, y resucitó para que todos comprendieran que Él es el Rey del Universo. Y después de algunas semanas subió al cielo, es decir, descendió a las profundidades de donde nacen todas las cosas, donde se engendra todo, donde se crea todo, instante tras instante, todo.

Y desde allí envía al mundo su Espíritu, que es Espíritu creador: «*Veni, creator Spiritus*». La meta y el sentido de esta *creación de su Espíritu* —que penetra como el viento en la realidad mundana, en la realidad del tiempo y del espacio, que penetra en ella transformándola continuamente— es la *dilatación de Su Iglesia*, la multiplicación de Sus casas, de Sus moradas. Esta es la historia que lleva consigo el sentido de la historia del mundo. Y nosotros estamos entre los que han sido llamados; no hay aquí ninguno que no lo haya sido, ni siquiera tú, aunque estés a punto de irte. Vale más esto, son mucho más decisivas y creadoras, operativas y juzgantes estas palabras que ninguna otra cosa que pueda decir cualquier hombre o mujer.

\* \* \*

---

<sup>6</sup> «*Christe, cunctorum dominator alme*», Himno de la dedicación del Templo, en *Analecta Hymnica Medii Aevi*, vol. 27, edición de C. Blume, Leipzig 1897, p. 265. El texto integral en latín y su traducción castellana se encuentran en el Apéndice 1 de este volumen.

*Tercero.* Esa gran morada que es la Iglesia se encarna —por usar el término con que suele definirse el gran Acontecimiento original para el que todo ha nacido y del que nace todo: el Verbo se encarnó en el seno de una joven mujer—, la gran morada de la Iglesia se encarna, es decir, se realiza, se torna existente en *terminales capilares* (igual que las venas terminan en vasos capilares finísimos) que le permiten así hacerse presente en cada ambiente particular, en todos los ámbitos escogidos por el designio de Dios: al Tibet le está prometido, pero no ha sido elegido todavía.

Esa morada grande que es la Iglesia se encarna, se traduce en terminales capilares que están dentro de cada ámbito particular que ha sido elegido. Y, sobre todo, dentro de las casas, de las moradas. Tomemos estas casas, estas moradas en las que dichas terminales lo son verdaderamente y definen, haciendo que se comprenda, la naturaleza del ámbito en que viven, del pueblo al que pertenecen. Estas casas, o moradas, pueden ser de dos especies:

a) la casa de aquellos que están llamados a formar una familia y por consiguiente (¡atención!) a plasmar —eso es la familia— el instrumento generador del que sale el sujeto de toda la acción histórica, el protagonista del plan de Dios, que es el hombre. Esta es la vocación normal, sin la cual se acabaría la historia: la familia es la raíz del desarrollo perenne de la historia, casa de Jesús, morada del Hijo del Hombre;

b) el monasterio, que es la palabra etimológicamente más significativa que haya, pues deriva de *monos*, solo, solitario, soledoso, solo. Porque la relación de la humanidad con Dios, con el Misterio, se concreta

en conciencia, libertad y amor en el hombre singular: se traduce en un nuevo «yo». Pero «monasterio» quiere decir muchos «yos» que viven juntos. Incluso en el caso del eremita, pues tiene un carácter provisional que por consiguiente no puede ser ley. Todos estos *monoi*, de una manera u otra, documentan y expresan que son una sola cosa entre sí dentro de la Iglesia de Dios: por ello se juntan. Y he aquí la segunda palabra análoga a la palabra monasterio: «convento» —converger, convenir, juntarse— o compañía, familia, casa.

Monasterio, convento o casa, según las diversas modalidades de la llamada: el que se vaya con el padre Emmanuel se va a un convento, la que se va con la madre Rosy entra en un monasterio, y el que se va con Dario entra en una casa.

Monasterio, convento o casa: hechos, creados, contruidos, engendrados por quienes han sido elegidos como piedras vivas. Y ¿elegidos para qué? Elegidos como piedras vivas para formar, para engendrar una existencia experimentable para todos, con la cual se demuestre, por su misma forma visible, que sólo Él es. En el monasterio, en el convento o en las casas, estas piedras vivas, los que han sido llamados y elegidos, lo han sido para *demostrar* con la misma forma visible de su vida —tú que profesas hoy estás llamado a demostrar con la forma visible de tu vida, simplemente con la forma visible de tu vida— que sólo Él es, es decir, que Cristo es el Rey del universo: «*Christe cunctorum dominator alme*», «*omnia in ipso constant*» todo consiste en Él, y es para Él.

Monasterio, convento o casa son, por lo tanto, un lugar creado para que quienes habitan en él procla-

men delante de todos, en cada instante —pues toda su vida está hecha para esto—, que Cristo es lo único por lo que merece la pena vivir, que Cristo es lo único por lo que vale la pena que exista el mundo. Esto es tan verdadero como que dos y dos son cuatro: que Cristo es lo único por lo que merece la pena que el mundo exista, que Cristo es lo único por lo que merece la pena que la historia tenga lugar.

¿Qué pensáis vosotros? ¿Habéis oído a los mayores que viven con vosotros en vuestras casas? ¿Les habéis oído proclamar eso delante de todos, en cada momento? «¡Estarían locos, serían unos locos!» Pues no, no están locos; estarían locos si no tuvieran conciencia de ello. Pero toda su vida consiste en esto: proclamar delante de todos en cada instante que Cristo es lo único por lo que merece la pena vivir es la forma misma de su vida. Es, de hecho, la forma de su vida prescindiendo —lo repetiré dos veces—, prescindiendo de la coherencia que tenga su existencia. Casi a pesar de ellos.

Este es el *valor objetivo* de la vocación: que la *forma* de su vida juega en el mundo a favor de Cristo, lucha por Cristo dentro del mundo. ¡La misma forma de su vida! Por eso, cuando hicieron su profesión hicieron un gesto grandioso, el más grande de su existencia. Si todas sus jornadas, sus instantes, todos los instantes de sus vidas, sus pasos, si todo su caminar no se mantiene en esta dedicación, si faltan, si fallan —que es el concepto de «pecado»—, si su dedicación decae, siguen luchando igual a causa de la forma objetiva de su vida: porque llevan una vida consagrada a Jesús. Es una vida cuya forma está gritando que «Jesús lo es

todo». Proclaman esto delante de todos, de todos los que les ven, de todos los que entran en relación con ellos, de todos los que les escuchan, de todos los que les miran.

Así, pues, los que habitan en un monasterio, en un convento o en una casa están llamados a ser *profetas*. Es la profecía en medio del mundo, porque ser profeta quiere decir gritar delante de todos (*pro-femi*), proclamar ante todo el mundo que Cristo es todo. Y decir que «Cristo es todo» es ser profeta del futuro, porque si Cristo es todo, ¿qué será de tus traiciones de ayer y de hoy? Por consiguiente, tiende a cambiar la vida de ahora para que no tenga lugar el infierno de mañana, la carencia de sentido en el mañana.

Profetas. Como Moisés, sobre quien debéis leer, en el capítulo III del Éxodo, el momento en que Dios le llamó y él respondió enseguida: «¿Pero quién soy yo para hacer esto? ¿Quién soy yo para poder hacer esto en el mundo?» En el mundo, porque se trata de la historia del mundo. Y tu protagonismo es algo que, si no se diera, le faltaría a la historia del mundo, ¡a la historia del mundo! O bien como Isaías, que en el capítulo VI de su libro responde «Heme aquí, envíame», con la espontaneidad, la vivacidad, la riqueza y el esplendor de un adolescente. O Jeremías, en su capítulo XX, que representa muy bien a vuestros compañeros ancianos, y también menos ancianos, y que quizás os represente a vosotros mismos en pocos meses si no imploráis la vivacidad todos los días, si no la empuñáis todas las mañanas cuando os levantéis de la cama y no la oponéis a cualquier tentación. (En cambio, si la imploráis, entrará en el mal del error



cometido para excavarlo y dar nueva vida a la carne: vuestra carne será como hierba fresca). Pues bien, Jeremías dice en su capítulo XX: «¿Por qué me he metido yo en esto? Pero, ¿quién me ha llamado? ¿Por qué me habrás llamado? ¡Casi maldigo el día en que mi madre me parió! ¡Pero mira en qué batalla he terminado! ¡Qué continua opción tengo que tomar! ¡Qué renuncia!» Y parece que es así; pero cuando descubras, antes o después, que «parece» renuncia lo que no es renuncia, sino posesión más profunda —no renuncia sino posesión más profunda—, entonces dejarás de tener vergüenza de ti mismo; tendrás admiración por el Altísimo, tendrás admiración por Cristo, y te sentirás inundado de ternura hacia tu cuerpo, tu corazón y tu espíritu. De una ternura que no existe a tu alrededor, a no ser como cobertura del instinto, como una máscara de la instintividad. La ternura es una magnitud conmovida de la mirada que está abierta de par en par al infinito, es la dilatación del corazón que abraza el infinito, que lo abraza todo. «Cristo todo en todos»; es una fórmula que con el tiempo llega a convertirse cada vez más en experiencia, ¡cada vez mayor experiencia!

Tú, que profesas hoy, eres profeta «para dirigir nuestros pasos —nuestros pies de pobres hombres— por el camino de la paz»<sup>7</sup>. Solamente tú podrás desear verdadera y conscientemente a tus hermanos los hombres que pasan por tu lado, que están contigo en el tranvía, que te encuentras por la calle, que te hostigan, te favorecen o te son indiferentes, solamente tú sabrás desear-

---

<sup>7</sup> Lc 1, 76-79.

les: «*Sint dies laeti placidaeque noctes*», conforme a la expresión del «*Christe cunctorum dominator alme*» (que podría ser un himno de san Ambrosio, tanto el texto como la música, porque su forma suprema de predicar, de evangelizar, era el canto: con palabras y música; podría ser de san Ambrosio, porque es una gran obra, una gran poesía, grande y grandiosa). Tenemos que llevar a todos los hombres este deseo: «*Sint dies laeti placidaeque noctes*». *Noctes placidae*, tranquilas, en paz, no subvertidas por el veneno de la tentación, porque la caída se aproxima por el tormento que produce el miedo de los acontecimientos. *Dies laeti*, alegres como una jornada soleada, aunque sea fría, pues es ardiente, como los días de marzo que describe María Bárbara Tosatti en su poesía<sup>8</sup>. Bien, ésta es la profecía.

\* \* \*

*Cuarto.* Los llamados a la virginidad representan y componen la figura del profeta, sobre la que he adelantado las reflexiones apenas expuestas.

Porque la figura del virgen es la figura del profeta. La figura del virgen es por su propia naturaleza la figura del profeta: no te preocupes por serlo, porque ya lo eres; si profesas lo eres, si decides ser de Cristo en la virginidad, eres profeta. No hables de la profecía más que para tomar conciencia de lo que eres, no para describir una meta a la que llegar. Los llamados a la virginidad representan de hecho la figura del profeta.

---

<sup>8</sup> M. B. Tosatti, «Resurrezione», en *Canti e Preghiere* (Cantos y Oraciones), Brescia 1945, pp. 29-30. El fragmento poético al que se refiere el autor se encuentra en el Apéndice 2 de este volumen.

Esta figura del profeta, o del virgen, es el milagro mayor de los milagros. ¿Por qué reconocen los hombres a Cristo? ¿Cómo reconocen que Cristo es Dios? ¿Qué les hace empezar a temblar, a dudar y decir: «Pero tú, de dónde vienes, quién eres<sup>9</sup>»? (Y lo sabían todo de Él, pues estaba registrado como nacido en Belén; conocían todos los detalles de su casa porque habían estado allí muchas veces). Los milagros; por medio de los milagros. El profeta y el virgen son el milagro mayor de todos los milagros.

En efecto, como estudiaréis en la Escuela de Comunidad<sup>10</sup>, si es que ya no lo habéis estudiado (de paso: si ya habéis leído esas páginas sobre el milagro y no las recordáis es que sois necios), el milagro es un acontecimiento que requiere por fuerza recordar a Dios. Por fuerza: es un acontecimiento que nos obliga a referirnos a Dios. Aunque no se crea —se podrá seguir diciendo que no—, pero aunque no se crea se ve uno obligado a pensar en Dios. La Escuela de Comunidad distingue tres casos, tres diferentes niveles de milagro.

El primer nivel es la creación, como dice san Pablo a los Romanos: al observar la creación todos los hombres comprenden que existe Algo diferente<sup>11</sup>. El segundo nivel se da cuando el milagro es un hecho

---

<sup>9</sup> Lc 8, 22-25; Jn 10, 24.

<sup>10</sup> L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Tomo 2: *El signo eficaz de lo divino en la historia*, Encuentro, Madrid 1993, pp. 134 y 137-139. Por Escuela de Comunidad se entiende la catequesis permanente —lectura y explicación de un texto, meditación personal y reuniones comunitarias— del movimiento de Comunión y Liberación.

<sup>11</sup> Cfr. Rm 1, 19-20.

que brota en mi vida, en mi existencia, a través del cual Dios quiere llamarme, quiere cambiarme, invitándome a ser distinto, diciéndome: «Yo soy favorable a ti. Tú eres mío y yo te ayudo. ¿Por qué temes?». O bien: «¿Por qué me traicionas?». En este segundo sentido, el milagro es un suceso de mi vida que me ha llevado a pensar en Dios, que me obliga a pensar en Él. El milagro, en sentido amplio, es un acontecimiento de carácter excepcional que me obliga a recordar a Jesús, y que, cuando pienso en Él de nuevo, vuelve a obligarme a pensar en Jesús sin poder hallar otra explicación. Y, conmigo, todos mis amigos, todos los que me quieren, los cercanos a mí, también comprenden. Y también comprenden mis vecinos de ahora a quienes se lo cuento; si no son unos superficiales también ellos se quedan impresionados, menos que yo, pero también se asombran. En cambio, el tercer nivel es cuando el acontecimiento resulta tan evidente, recuerda a Dios con tal grandeza objetiva, con tal fuerza y tal ausencia de «explicación posible» en otros términos, que se puede exponer a todo el mundo, a los hombres de todos los tiempos, incluidos los científicos de cualquier época, como ocurre con ciertos milagros de Lourdes o de Fátima. Pero la Iglesia de Jesús, la casa de Jesús —y análogamente nuestras casas— no vive un año sin experimentar la presencia de estos grandes milagros.

Ahora bien, ¿por qué los llamados a la virginidad representan el *milagro de los milagros*? Porque no hay milagro más grande que el hecho de que un hombre dedique toda su vida a Cristo sacrificando los instintos y tendencias naturales que Dios ha puesto en él, y

que los atravesase y supere al dar su vida a Cristo. «¡Qué bonita eres! ¿Estás casada?», dice él con ciertas esperanzas. «No». «¡Ah!». «Pero yo no me caso». «¿Qué? ¿Por qué?». «Porque Jesucristo es más grande que todo: me hace amar a todos, hace que me sienta amada como nadie podría hacerlo, hace que lo valore todo, incluido tú, amigo». Y aquel pobre se marcha un poco —digamos— con el rabo entre las piernas... por acercarnos a la imagen que tendríamos que usar. No hay milagro más grande: es el milagro humano por excelencia, en el cual el mismo hombre se convierte en factor del milagro, en sujeto y objeto del mismo milagro. Pero, además, ese hombre tiene a esa chica todo el día allí cerca en la oficina. Y entonces, quizá, lo intenta de nuevo. Y así «*si parrà sua nobilitate*», es cuando se pone a prueba la nobleza de la muchacha, esto es, su fidelidad. La vocación de la que ella le habló es un hecho que por fuerza habla de «Dios» o de «Jesús» para poderse explicar; de modo que el otro, al verla, tiene que pensar de nuevo en Jesús y en Dios por fuerza, aunque, lleno de rabia, quiera dar un vuelco a la situación.

No obstante, para que esta figura cumpla su vocación profética —para que tú, amigo mío, realices tu vocación profética— hace falta:

- 1) Que vivas la *fe* más que los demás (esperemos que en *Si può vivere così?*<sup>12</sup>, que es la narración de un

---

<sup>12</sup> L. Giussani, *Si può vivere così?*, Milán 1994. De próxima publicación en castellano en Ediciones Encuentro.

año entero de diálogo con los novicios del primer año, repaséis lo que quiere decir la fe y cómo nace ésta). La fe es afirmar una Presencia cuyo origen no se ve, cuya consistencia no se ve; se ven síntomas terminales de sus gestos: ciertos datos, determinados resultados, que son efectos terminales de sus gestos.

Volvamos al libro del Exodo, en su capítulo segundo. Moisés era un asesino; y fue llamado a conducir a su pueblo. Tú eres profeta porque estás llamado a la virginidad, eres profeta porque eres virgen, aunque tus días estuvieran llenos a rebosar de errores.

Éste es más o menos el razonamiento que hacen los escritores del Antiguo Testamento, especialmente en los Salmos, cuando dicen: Señor, sé fiel. Tú eres fiel a Tu alianza. Por Tu nombre, es decir, por la dignidad de Tu designio, por la dignidad Tuya que se manifiesta en Tu designio, por Tu dignidad de triunfador, de vencedor, de dominador de todo, de Rey del universo, aunque yo me equivoque, aunque me haya equivocado, no me abandones. Castígame por lo que he hecho, pero no rompas Tu alianza, manténme en tu camino<sup>13</sup>.

Por eso, cualquier momento es bueno. Cualquier tiempo es bueno porque es una ocasión para recuperarse, una ocasión para el dolor y la recuperación. Así el pasado se convierte en fuente de riqueza para el presente; la equivocación del pasado es como si no hubiera existido: no ha existido jamás. Como Milosz le hace decir a Miguel Mañara: «Todas estas cosas no

---

<sup>13</sup> Cfr. Sal 54, 3; Sal 85; Sal 89, 31-38; Sal 115, 1; Sal 118, 18; Sal 119, 89-90.

han existido jamás. Sólo Él es»<sup>14</sup>. Esta es la única fuerza, la única fuente de plenitud y de alegría para el hombre en la tierra: «Sólo Él es».

2) Que sepa *dar razón* de su fe mejor que los demás. Precisamente porque su llamada le hace ser capaz de dar más razones, de describir mejor, más ampliamente, con mayor densidad, los efectos de Su presencia en la vida, el cambio operado en su vida. «Está, porque actúa»; «Está, puesto que cambia»; «Está, cuando cambia», me decía uno de vosotros. Está, porque cambia: mejor aún. Uno es pecador durante toda la vida, pero cambia toda su vida: ¡qué cosa infinita!

3) Sobre todo —estad atentos a estas palabras— que haga de su fe la *forma de su obrar*, tanto al comer como al beber, tanto si está despierto como dormido, tanto al vivir como al morir<sup>15</sup>. Que convierta su fe en la forma de sus actos, de modo que cada uno de éstos se vea tendencialmente perfeccionado por la finalidad que persigue, por la conciencia de la que deriva, como es perfecto el sentido último de la historia: Jesús, el hombre Jesús, Dios.

*Nota bene* para este punto cuarto (tened paciencia, termino en veinte minutos; pero os digo a vosotros, a los que hacéis hoy la profesión, que no encontraréis nada ni a nadie que os muestre la verdad de vosotros mismos y de vuestra vida con tanta pasión y tan cons-

---

<sup>14</sup> Cfr. O. V. Milosz, *Miguel Mañara*, Encuentro, Madrid, 1991, p. 57.

<sup>15</sup> Cfr. 1 Cor 10, 31; 1 Ts 5, 10; Rm 14, 8.

cientemente como lo hace quien tiene la responsabilidad de los *Memores Domini*). Puesto que la *caridad* es el don conmovido de uno mismo, es amar al otro a través de la donación conmovida de sí (espero que lo descubráis en el libro que he citado antes)<sup>16</sup>, puesto que la caridad es amar a la otra persona mediante el don conmovido de uno mismo, y puesto que es también afirmar al otro en su destino —don de sí al otro y amor al destino del otro, por lo tanto: donación de mí al otro, entender mi vida como servicio al otro, al camino del otro, y afirmación continua del destino de luz y de paz que le espera («para guiar nuestros pasos por el camino de la paz»)—, *no hay caridad mayor que la virginidad*.

No hay caridad mayor que la virginidad (si la Madre Teresa de Calcuta estuviera aquí golpearía con su mano la mesa diciendo «¡Es verdad!»). Porque en la virginidad yo me doy al hombre, aún al más miserable que se me acerque, pues ya no hay diferencia entre el miserable y el que no lo es. Me entrego a mí mismo para facilitar el camino del otro, al afirmar continuamente y recordarle el destino para el que está hecho: Jesús; recordando continuamente a Jesús. Y así, o somos unos impostores o, al recordárselo al otro, nos lo recordamos también a nosotros mismos.

De este modo, la virginidad es el culmen de la regla moral para todos los hombres, que están llamados a practicarla conforme a uno u otro tipo de vocación. La virginidad es también la regla moral culminante para el que tiene la otra vocación. El que Jesús

---

<sup>16</sup> L. Giussani, *Si può vivere così?*, op. cit., pp. 272 ss.



lo sea todo —«*cunctorum dominator alme*»—, que sea la fuente de la paz y la alegría en la vida, del equilibrio, de la actitud constructiva, es tan cierto para mi padre o mi madre como para mí. Pero yo estoy llamado, simplemente por la forma de mi vida, a recordárselo a mi padre y a mi madre. Por eso nuestros padres, cuando nos ven, vuestros padres, cuando os ven, cambian: cambia su mirada hacia vosotros. Y aunque se queden irritados o contrariados por lo que hacéis, se sienten impresionados por ello.

La virginidad es el culmen de la regla moral para cualquier hombre. Que está llamado a practicarla conforme a uno u otro tipo de vocación, ya que la vida entendida como vocación es la vida que está llamada a colaborar de un determinado modo en la historia del universo. La vida está llamada a colaborar en la historia del universo, es decir, en el advenimiento del reino de Cristo, lo quiera o no, consciente o inconscientemente.

Así se comprende también la diferencia inmediata, visible, sensible, perceptible con los sentidos, que hay entre las dos vías: la virginidad es más significativa. Que una persona sea padre o madre es algo justo, naturalmente comprensible. Pero la virginidad es más significativa. Un padre y una madre que tratan de vivir la virginidad en su relación —hablamos, en efecto, de la castidad matrimonial— es una cosa más significativa todavía que el hecho de ser padre y madre. Son padre y madre en el nombre de Cristo: es la intención que se dan a sí mismos, a todo lo que hacen. Pero si esto alcanza a la pureza en sus relaciones, entonces se vuelve verdaderamente más significativo.

La virginidad es más significativa y resuena inmediatamente. La otra vía sufre la tribulación de la carne, como decía San Pablo: «Sufiréis tribulación en la carne; yo quisiera que la evitarais»<sup>17</sup>. La tribulación de la carne estorba más. Por eso he llegado a hablar —con escándalo de muchos— de «freno»: la carne se vuelve un freno<sup>18</sup>. Como en el *Noli me tangere* del Beato Angélico, en ese detalle que representa a la Magdalena dirigiéndose a Jesús. Apenas le ve, es decir, apenas cae en la cuenta de que es Jesús, pues antes creía que era el jardinero, se abalanza sobre Él. Y Jesús la para con la mano. Se ven las dos manos de la Magdalena y la mano de Jesús deteniéndola: es la imagen que siempre hemos puesto de la posesión virginal, que tiende a la totalidad. Mientras este tender a la totalidad se mantenga a un palmo del rostro del otro posee verdaderamente, mucho más que si se abalanzara sobre ese rostro; cuando se abalanza sobre el rostro la mano se torna semejante a la garra de un animal. La otra vía sufre la tribulación de la carne, es decir, sufre la contradicción permanente de esa sed de posesión que es la constante material de toda relación no virginal.

\* \* \*

*Quinto.* El momento de la *profesión* marca la fecha en la que Cristo sitúa en su Iglesia, delante de todo el pueblo, creyente y no creyente, a los que Él ha llama-

---

<sup>17</sup> 1 Cor 7, 28.

<sup>18</sup> L. Giussani, *Está, porque actúa*, Encuentro, Madrid, 1994, pp. 75-76.

do, a los que ha elegido para ser *enviados* a todo el mundo. No sois enviados a la casa de la calle tal o cual, a vuestra ciudad. Sois elegidos para enviaros a todo el mundo (¡lo bello viene ahora!) a ejercer, como profesión de vida —deberíais escribirlo libremente en vuestro documento de identidad—, no como padres o madres de familia, no como administradores o arquitectos, ni como dirigentes u obreros: vuestra profesión de por vida será la proclamación profética de todas estas cosas que hemos dicho, sencillamente con la forma de vuestra vida, esto es, con la forma que adopta el que no se casa para poder penetrar en algo distinto, para entrar en ese fenómeno de total espon-salidad con todos y con todas las cosas que es lo que promete la realidad de Cristo, tal y como aparece ante la mirada y el corazón de los creyentes.

Profesión de vida: no ya padre o madre de familia, administrador o arquitecto, dirigente u obrero, sino la virginidad. «Tu ¿qué haces?». «Mi forma de vida es la proclamación profética», la proclamación profética de todas estas cosas.

Ahora bien, ¿cómo se desarrolla este trabajo?, ¿cómo se ejerce esta profesión? El trabajo que implica esta profesión no deja tregua en ningún momento; todos los actos son un *ofrecimiento-a* (todos los actos verdaderos). ¡Dios mío, apresúrate a cumplir la promesa que me has hecho al darme la vocación! Este «apresúrate» lo repetirás durante diez años, veinte, cincuenta, setenta, cien años si Dios te dejara. Y, al final, todo aquel que haya permanecido fiel al camino emprendido experimentará el cumplimiento de la promesa, a pesar de todas las tribulaciones de la carne,

que en caso contrario permanecerán en él como pretensión totalmente engañosa (no como sucede en la otra vía, porque en la otra vía la pretensión de poseer es una constante material, es ley y contenido material de la misma vocación).

\* \* \*

*Sexto.* Hay una diferencia significativa entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento el profeta podía quedarse todavía dubitativo a la hora de responder a Dios, no en el sentido de la duda que suele acompañar a la dinámica de la adhesión (esto lo tenemos todos), sino en el sentido de un rechazo inicial de la vocación: «No soy capaz, ¿quién soy yo? Pero si yo he cometido...» En cambio, no hay traza de ninguna de estas cosas, de estas objeciones, en el «sí» que Simón le dice a Jesús en el capítulo vigésimo primero del evangelio de Juan. Y él podía muy bien haber puesto esas objeciones, pero no hay traza alguna de ellas. «Tú ¿me amas?». «Sí, sí, Tú sabes que te amo». En el Nuevo Testamento el profeta dice «sí» a un acontecimiento presente. Igual que Cristo no tuvo incertidumbre entre el sí y el no: su vida fue por entero un sí al Padre<sup>19</sup>.

Es como si en el Antiguo Testamento el hombre se inclinara para servir a Dios, para servir a Yahvé. En cambio, en el Nuevo Testamento el hombre ama a una Presencia. «Simón, ¿tú me amas?». «Sí»<sup>20</sup>. Y los segundos que pasaron entre la pregunta de Jesús y el

---

<sup>19</sup> Cfr. 2 Cor 1, 19-20.

<sup>20</sup> Jn 21, 15.

«sí» de Simón no eran de duda o incertidumbre; eran el tiempo necesario para atravesar todos sus recuerdos y anularlos para poder decir «sí», la fórmula que expresaba verdaderamente su corazón.

La opción de la virginidad es una llamada a decir que «sí» en última instancia, con independencia incluso de los propios errores. La opción de la virginidad es una llamada a decir que «sí», y este «sí» es en última instancia independiente incluso de nuestros errores, como el «sí» de Simón, que nunca recordaremos suficientemente. Todos los días deberíamos representarnos esa escena, pues ¡nos sucede a nosotros!

Se puede vivir esta ineluctabilidad que implica la elección de la virginidad, este carácter ineluctable que tiene el «sí», de forma desmemoriada, con reservas, con reticencia e incluso con escepticismo, condenándose de este modo a ver desaparecer la alegría. O bien se puede vivir, aunque sea a saltos, a un ritmo como sinusoidal —arriba y abajo, arriba y abajo—, con una memoria intensa, con una tensión continuamente renovada, asegurando de este modo a la relación que se entabla con toda la realidad (con tu padre, tu madre, tus hermanos, tus amigos, tu antigua novia, tu antiguo novio) una creatividad que hace que la realidad colabore a nuestra alegría, doblegando a la realidad misma para que colabore en nuestro gozo. La realidad se torna por entero colaboradora de nuestro gozo. Hasta el mal se convierte en colaborador de nuestra alegría: *«omnia cooperantur in bonum»*, todo coopera al bien<sup>21</sup>. Y es san Agustín quien añade: *«etiam*

---

<sup>21</sup> Cfr. Rm 8, 28.

*mala*»<sup>22</sup>; hasta nuestro mal se ve obligado a convertirse en colaborador de nuestra alegría. En esta alegría es donde se pone en práctica, donde se realiza plenamente la fórmula de la creación que consiste en la gloria del Padre. La fórmula de la creación es «*omnis creatura bona*»<sup>23</sup>, toda criatura es fuente de gozo. Incluso la muerte: «*cupio dissolvi*», deseo morir para estar con Cristo, dice san Pablo<sup>24</sup>, porque en realidad así queda disuelta la muerte. La virginidad está en contra de la muerte. La muerte queda disuelta y Cristo reina totalmente: «*Christe cunctorum dominator alme*».

Eliot dice en su drama *La reunión de familia* (que me ha facilitado don Giorgio): «En un mundo de prófugos (pues todo el mundo huye frente a la necesidad inevitable de establecer un sentido para su vida, de saber cuál es el sentido de la vida, aquello por lo que en última instancia hacemos todo lo que hacemos) la persona que toma la dirección contraria parece que huye»<sup>25</sup>. Este es el caso del virgen en el mundo actual: es el que se interesa por la naturaleza y por el destino de las cosas, *por* el hombre, para que el hombre goce, y *por* la manifestación gloriosa de la verdad, que es Cristo. Al virgen no se le escapa, por consiguiente, la admiración aguda por las flores del campo, por las hojas de los árboles, por las agujas de los pinos y por el número de agujas de

---

<sup>22</sup> Cfr. san Agustín, *De libero arbitrio*, III, cap. 9; *De gestis Pelagii*, XIV, cap. 36; *Epistola* 131.

<sup>23</sup> Cfr. Gn 1, 31.

<sup>24</sup> Cfr. Fil 1, 21-23.

<sup>25</sup> T. S. Eliot, «*La riunione di famiglia*» (*La reunión de familia*) en *Opere*, Milán 1986, p. 434.

pino que hay sobre la tierra («¡ Quién sabe, mamá, qué hará Dios para conocer el número de agujas de pino que hay sobre la tierra!» fue una justa exclamación que hice ante mi madre cuando tenía cinco años). El virgen se interesa por todo, por todo; no hay nada que no le afecte, no hay nada que escape a su observación, y, cuanto más crece, más se convierte en niño que lo observa todo. El niño, con su curiosidad, no deja trozo o aspecto de cada cosa que tiene en la mano, aunque sea pequeño, sin intentar agarrarlo.

«En un mundo de prófugos, la persona que toma la dirección contraria parece que huye». Lo nuestro no es una renuncia al mundo; es el comienzo de un camino hacia la posesión del mundo entero, para que nuestra vida protagonice el advenimiento del reino de Cristo.

\* \* \*

Quiero leer, para concluir, la carta que mencioné antes y que veréis publicada en el próximo número de *Tracce* dentro de la sección de cartas de los lectores. El director de la revista lo ha titulado así: «El rostro bueno del Misterio».

«Querido don Giussani»... Yo no conocía a este chico, y tampoco él me conocía a mí directamente. Pensad en el mediador, en la persona que ha mediado entre él y yo, porque, del modo que fuera —no sé si estaba casado o no—, era alguien que vivía la virginidad ante los ojos de este chico que se estaba muriendo, pues, en efecto, dos días después de escribirme esta carta murió. Estaba enfermo de Sida.

«Querido don Giussani: le escribo llamándole 'querido' aunque no le conozco, nunca le he visto ni le he oído hablar. Sin embargo, a decir verdad, puedo decir que le conozco en cuanto que, si he entendido algo de *El sentido religioso*<sup>26</sup> y de lo que me dice Ziba (el mediador, por tanto, era uno llamado a la virginidad), 'le conozco por fe' y, añadido ahora yo, gracias a la fe. Le escribo únicamente para darle las gracias. Gracias por haberle dado sentido a mi árida vida. Soy un compañero de estudios de Ziba, con quien siempre he mantenido una relación de amistad pues, aunque no compartía su postura, siempre me ha sorprendido su humanidad y su disponibilidad desinteresada. En esta atormentada vida creo que he llegado al paso final, llevado por ese tren que se llama Sida y que no perdona a nadie. Ahora, decir esto ya no me da miedo. Ziba me decía siempre que lo importante en la vida es tener interés en algo verdadero y seguirlo. Yo he buscado este interés muchas veces, pero nunca era el verdadero. Ahora he visto el verdadero, lo veo, lo he encontrado y comienzo a conocerlo y a llamarlo por su nombre: se llama Cristo. No sé siquiera qué quiere decir eso ni cómo puedo decir estas cosas, pero cuando veo el rostro de mi amigo o leo *El sentido religioso*, que me está acompañando, y pienso en Vd. o en las cosas que Ziba me cuenta de Vd., todo me parece más claro, todo, incluso mi mal y mi dolor. Mi vida, que estaba ya aplastada y estéril, como una piedra lisa por la que todo resbalaba como el agua, ha cobrado

---

<sup>26</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid, 1987.



repentinamente un sentido y un significado que expulsa los malos pensamientos y los dolores; es más, que los abraza y los vuelve verdaderos, haciendo de mi cuerpo, larvoso y pútrido, un signo de Su presencia. Gracias, don Giussani, gracias porque me ha comunicado esta fe o, como Vd. lo llama, este Acontecimiento. Ahora me siento en paz, libre y en paz. Cuando Ziba rezaba el *Angelus* delante de mí, yo blasfemaba en su cara, le odiaba y le decía que era un cobarde, porque lo único que sabía hacer era decir aquellas estúpidas oraciones. Ahora, cuando intento balbucearlo con él, comprendo que el cobarde era yo, porque no veía la verdad que tenía delante, a un palmo de mi nariz. Gracias, don Giussani: es lo único que un hombre como yo puede decirle. Gracias, porque puedo decir con lágrimas en los ojos que morir así tiene ahora sentido, no porque sea más bonito —tengo mucho miedo de morir—, sino porque ahora sé que hay alguien que me quiere, que incluso yo puedo quizá salvarme y que también yo puedo rezar para que mis compañeros de habitación encuentren y vean lo que yo he visto y encontrado. Así me siento útil, fíjese, usando solamente la voz me siento útil; con la única cosa que todavía puedo usar bien, puedo ser útil; yo, que he desperdiciado mi vida, puedo hacer el bien por el simple hecho de rezar el *Angelus*. Es impresionante, pero aunque fuese una ilusión, es algo tan humano y razonable, como Vd. dice en *El sentido religioso*, que no puede dejar de ser verdad. Ziba ha puesto en la cabecera de mi cama una frase de santo Tomás: 'La vida del hombre consiste en el afecto que principalmente le

sostiene y en el que encuentra su mayor satisfacción'<sup>27</sup>. Creo que mi mayor satisfacción ha sido haberle conocido escribiéndole esta carta, pero será aún mayor cuando, por misericordia de Dios y si El quiere, yo le conozca a Vd. allí donde todo será nuevo, bueno y verdadero. Nuevo, bueno y verdadero como la amistad que Vd. ha llevado a la vida de muchas personas y en la que puedo decir que 'yo también estaba'. También yo, en esta mísera vida, he visto y he participado en este acontecimiento nuevo, bueno y verdadero. Rece por mí; yo seguiré sintiéndome útil durante el tiempo que me quede, rezando por Vd. y por el movimiento. Andrea, Milán»<sup>28</sup>.

---

<sup>27</sup> Cfr. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, II, IIae, q. 179, a. 1, *Respondeo*: «Unde etiam in hominibus vita uniuscuiusque hominis videtur esse id in quo maxime delectatur et cui maxime intendit...».

<sup>28</sup> Esta carta fue publicada en *Tracce*, n. 11, Milán, diciembre 1994, en su versión original italiana. La primera versión castellana se publicó en *Litterae Communionis*, Madrid 1995, n. 1, p. 4.

Capítulo segundo  
**RECONOCER A CRISTO**



La meditación de esta mañana terminaba con una frase lapidaria de Kafka: «Existe un punto de llegada, pero ningún camino»<sup>1</sup>. Es innegable: hay algo ignoto. Los geógrafos antiguos trazaban prácticamente una analogía entre lo ignoto y la famosa «*terra incognita*» que cerraba sus grandes mapas; en los márgenes del pergamino señalaban: tierra desconocida. En los márgenes de la realidad que el ojo abarca, que el corazón siente, que la mente imagina hay algo ignoto. Todos lo sienten. Todo el mundo lo ha sentido siempre. En todas las épocas los hombres lo han sentido tanto que hasta lo han imaginado. En todas las épocas los hombres han intentado, a través de sus elucubraciones o de su fantasía, imaginar, descubrir el rostro de lo ignoto. Tácito, en su *Germania*, describía así el senti-

---

<sup>1</sup> «Hay una meta, pero no un camino» (F. Kafka, *Il silenzio delle sirene. Scritti e frammenti postumi* (1917-1924), Milán 1994, p. 91).

miento religioso que caracterizaba a los antiguos teutones: «*secretum illud quod sola reverentia vident, hoc deum appellant*»<sup>2</sup> (esa cosa misteriosa que intuían con temor y temblor, a esto llamaban Dios, y a esto es a lo que siguen llamando Dios). Todos los hombres de todos los tiempos, sea cual sea la imagen que se hayan formado de ello, *hoc deum appellant*, llaman Dios a esta realidad ignota ante la que pasan las miradas de una mayoría indiferente, pero también las de muchos otros apasionados. Indudablemente, entre los apasionados están aquellos trescientos que desfilaron hace poco con el cardenal Martini desde San Carlo hasta el Duomo de Milán. ¡Trescientos representantes de religiones distintas! ¿Y cómo se puede llamar, con un denominador común, a eso que trataban de expresar y honrar con su participación en la gran iniciativa del cardenal de Milán? Un *secretum illud*, algo misterioso, tierra incógnita, algo no conocible, ¡no conocible!

Me gustaría recordar ahora un ejemplo que se encuentra en el segundo volumen de la Escuela de Comunidad<sup>3</sup>. Quien lo haya leído ya lo conoce. Imaginaos el mundo de los hombres, la historia humana, como una inmensa llanura, y que en esta inmensa llanura hay una inmensa multitud de sociedades, de empresas constructoras, especialmente preparadas para construir caminos y puentes. Cada una en su rincón, desde su rincón, trata de lanzar a partir del punto en que está, desde el momento efímero en que

---

<sup>2</sup> Tácito, *Germania*, IX, 2.

<sup>3</sup> L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid, 1989, pp. 42-43.

vive hasta el cielo bordado de estrellas un puente que una los dos términos, conforme a la imagen de Víctor Hugo en su bello poema de *Les contemplations* titulado «Le Pont» («El Puente»)<sup>4</sup>. En él se imagina a un individuo, a un hombre mirando, sentado en la playa por la noche, una noche estrellada, que se fija en la estrella más grande, aparentemente más cercana, y piensa en los millares y millares de arcos que habría que levantar para construir ese puente, un puente que jamás se podría tender, que jamás se podría realizar. Imaginaos, pues, esta llanura inmensa, toda ella abarrotada de intentos por parte de múltiples grupos, grandes y pequeños, e incluso por parte de algún que otro solitario, como en la imagen de Víctor Hugo, cada uno aplicando el proyecto que ha imaginado, que ha soñado. De repente se oye en la inmensa llanura una voz potente que dice: «¡Parad! ¡Parad todos!». Y todos, los obreros, los ingenieros y los arquitectos, interrumpen su trabajo y miran hacia el lugar de donde proviene la voz. Es un hombre que, alzando sus brazos, continúa: «Sois grandes, vuestro esfuerzo es noble, pero este intento vuestro, aunque sea grande y noble, resulta triste; por eso tantos lo abandonan y no piensan más en ello, se vuelven indiferentes. Es grande, pero triste, porque jamás llega a su término, jamás consigue llegar hasta el final. Sois incapaces de ello porque no tenéis poder para alcanzar ese objetivo. Hay una desproporción que no puede colmarse entre

---

<sup>4</sup> V. Hugo, «Le Pont», en *Les Contemplations*, París, 1857. El fragmento poético al que alude el autor se encuentra en el Apéndice 3 de este volumen.

vosotros y la última estrella del cielo, entre vosotros y Dios. No podéis imaginaros el Misterio. Ahora dejad ese trabajo tan duro e ingrato, y seguidme: Yo os construiré ese puente; es más, ¡Yo soy ese puente! ¡Porque Yo soy el camino, la verdad y la vida!»<sup>5</sup>.

Estas cosas no se comprenden en su riguroso valor intelectual si uno no se ensimisma en ellas, si uno no trata de ensimismarse con el corazón. Imaginaos, por ejemplo, que estáis en unas dunas cercanas al mar, y veis un corrillo de personas del pueblo vecino que están escuchando a uno de ellos hablar, uno que está allí en medio del grupo al que está hablando. Vosotros pasáis por allí para ir a la playa a la que os dirigís; pasáis cerca, y mientras pasáis y miráis con curiosidad, oís decir al individuo que está en medio: «Yo soy el camino, la verdad, la vida. Yo soy el camino, la verdad...». El camino que no se puede conocer del que hablaba Kafka: «Yo soy el camino, la verdad, la vida». Imaginaos, haced un esfuerzo de imaginación, de fantasía: ¿qué haríais? ¿qué diríais? Por muy escépticos que seáis no podríais evitar que vuestros oídos se sintieran atraídos hacia allí y, por lo menos, miraríais con extrema curiosidad a ese individuo que, o bien está loco, o dice la verdad: *tertium non datur*. O está loco o es verdad lo que dice. Tanto es así que sólo ha existido un hombre, uno, que haya dicho esta frase, uno solo en toda la historia del mundo, ¡del mundo! Un hombre que hablaba en medio de un grupillo de gente, muchas veces en medio de un grupillo de gente, y muchas otras en medio de una muchedumbre.

---

<sup>5</sup> Cfr. Jn 14, 6.



Así pues, en la gran llanura todos suspenden el trabajo y ponen atención a esa voz, mientras él repite continuamente las mismas palabras. ¿Quiénes fueron los primeros en sentirse molestos con ello? Los ingenieros, los arquitectos, los dueños de las diversas empresas constructoras, que dijeron casi de inmediato: «¡Venga chicos, al trabajo, al trabajo! ¡Obreros, al trabajo! ¡Ese es un fanfarrón!». Era una alternativa radical, *tranchant*, a su proyecto, a su creatividad, a sus ganancias, a su poder, a su renombre, a sí mismos. Era la alternativa a ellos mismos. Después de los ingenieros, los arquitectos y los jefes, también los obreros, medio riendo, con más dudas, desviaron la mirada de aquel individuo, hablando sobre él durante algún tiempo y tomándolo a broma, o diciendo: «Quién sabe, vete a saber quién es, ¿estará loco?». Pero algunos, en cambio, no. Algunos oyeron un acento que no habían oído jamás, y cuando el ingeniero, el arquitecto o el dueño de la empresa les decía «Vamos, deprisa, ¿qué hacéis ahí?, ¿qué estáis mirando todavía ahí?», ellos no respondían: seguían mirándole. Y él caminaba. Entonces se fueron con él. Entre ciento veinte millones eran doce. Pero aconteció: *es un hecho histórico*.

Lo que Kafka dice («ningún camino») no es cierto históricamente. Paradójicamente se podría decir que es cierto teóricamente, pero no históricamente. ¡El misterio no se puede conocer! Esto es cierto teóricamente. ¡Pero si el misterio llama a tu puerta...! «Si alguno me abre yo entraré y cenaré con él»<sup>6</sup>. Estas son

---

<sup>6</sup> Ap 3, 20.

palabras que se leen en la Biblia, palabras de Dios en la Biblia. Pero es, además, un hecho que ha acontecido.

\* \* \*

El capítulo primero del evangelio de san Juan, que es la primera página literaria que habla de ello —además del anuncio general: «El Verbo se ha hecho carne», aquello de lo que toda la realidad está formada se ha hecho hombre—, contiene el recuerdo de los que inmediatamente le siguieron, de los que resistieron la presión que les hacían los ingenieros y los arquitectos. En una página uno de ellos ha anotado sus primeras impresiones y los rasgos de aquel primer momento en que el hecho sucedió. En efecto, el primer capítulo de san Juan contiene una serie de apuntes que son precisamente notas sacadas de su memoria. Siendo él uno de los dos primeros discípulos, ya anciano, recuerda los apuntes que perduraban en su memoria. Porque la memoria tiene su propia ley. La ley de la memoria no es una continuidad sin espacios en blanco, como ocurre, por ejemplo, en una creación imaginaria, de ficción. La memoria literalmente «toma apuntes» como estáis haciendo ahora vosotros: una nota, una línea, un punto, y este punto engloba muchas cosas, de modo que la segunda frase parte ya de las muchas cosas supuestas en el primer punto. Las cosas están más supuestas que dichas; sólo se narran algunas como puntos de referencia. Por esto yo, a mis setenta años de edad, releo ese pasaje por enésima vez sin ningún síntoma de cansancio. Os reto a imaginar algo que sea de por sí más grave, que tenga más peso, en el sentido latino

de *pondus*, que sea más grande, más desafiante para la existencia del hombre, que esté más repleto de consecuencias en la historia que esto, que este hecho, a pesar de su fragilidad aparente:

«Aquel día estaba Juan allí de nuevo con dos de sus discípulos. Fijando su mirada en Jesús que pasaba dijo...». Imaginad la escena. Tras 150 años de espera, por fin, el pueblo hebreo, que siempre, a lo largo de toda su historia, durante dos milenios, había tenido algún profeta, alguno reconocido por todos, tras 150 años, por fin, tenía un nuevo profeta: se llamaba Juan el Bautista. Hablan también de él otros escritos de la antigüedad; está, pues, documentado históricamente. Toda la gente —ricos y pobres, publicanos y fariseos, amigos y contrarios— iban a oírle y a ver cómo vivía, al otro lado del Jordán, en tierra desierta, comiendo langostas y hierbas silvestres. Tenía siempre un corro de personas a su alrededor. Entre estas personas estaban también aquel día dos que habían ido por primera vez y que venían, por así decirlo, del campo: del lago, que estaba bastante lejos y se encontraba fuera de la influencia de las ciudades importantes. Estaban allí como dos pueblerinos que van por primera vez a la ciudad, turbados, mirando con ojos asombrados a todo lo que sucedía a su alrededor y, sobre todo, mirándole a él. Estaban allí con la boca abierta y con los ojos abiertos de par en par para mirarle, para oírle, atentísimos. De repente, uno del grupo, un hombre joven, se marcha tomando el sendero que bordea el río para ir hacia el norte. Y Juan el Bautista, de improviso, con la mirada fija en él, grita: «¡He ahí el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo!».

La gente no se movió, porque estaba acostumbrada a oír de vez en cuando al profeta expresarse con frases extrañas, incomprensibles, sin nexo aparente entre ellas, sin contexto; por eso la mayor parte de los presentes no hizo caso de ello. Pero los dos que venían por primera vez, que estaban allí pendientes de todas las palabras que decía Juan, que miraban sus ojos y los seguían hacia donde él dirigía su mirada, vieron que se fijaba en aquel individuo que se iba, y se marcharon detrás. Le seguían manteniéndose a distancia, por temor, por vergüenza, pero extrañamente, profundamente, oscuramente y sugestivamente movidos por la curiosidad. «Aquellos dos discípulos, oyéndole hablar así, siguieron a Jesús. Jesús se volvió y al ver que le seguían dijo: '¿Qué buscáis?'. Le respondieron: 'Rabí, ¿dónde vives?' Les dijo: 'Venid y lo veréis'». Esta es la fórmula, *la* fórmula cristiana. El método cristiano es éste: «Venid y lo veréis». «Y fueron, vieron dónde vivía, y se quedaron con Él aquel día. Eran alrededor de las cuatro de la tarde». No especifica cuándo se fueron, o cuándo empezaron a seguirle. Como decía antes, todo el párrafo, y también el siguiente, está compuesto de apuntes: las frases terminan en un punto que da por descontado que ya se saben muchas cosas. Por ejemplo: «Eran alrededor de las cuatro de la tarde»; pero, ¿quién sabe cuándo se fueron, cuándo se marcharon de allí? Sea como fuere, eran las cuatro de la tarde. Uno de los dos que habían oído las palabras de Juan el Bautista y habían seguido a Jesús se llamaba Andrés y era hermano de Simón Pedro. Se encontró, en primer lugar, con su hermano Simón... Dejan a Jesús y el primero con el que Andrés

se encuentra es con su hermano Simón que volvía de la playa, de pescar o de repasar las redes para pescar, y le dice: «Hemos encontrado al Mesías». No narra nada, no cita nada, no documenta nada: es cosa ya sabida, está claro, ¡son apuntes de cosas que todo el mundo sabe! Pocas páginas se pueden leer con tanto realismo y veracidad, tan sencillamente verídicas, donde ni una sola palabra se añade al puro recuerdo.

¿Cómo pudo decir: «Hemos encontrado al Mesías»? Jesús, al hablar con ellos, les diría esta palabra propia de su vocabulario. Porque decir espontáneamente que aquél era el Mesías, tan seguros como de que «dos y dos son cuatro», hubiera sido de otro modo imposible. Pero se ve que estando allí durante horas escuchando a aquel hombre, viéndole, mirándole hablar —¿Había alguien que hablase así? ¿Quién había hablado así hasta entonces? ¿Había alguien que hubiese dicho esas cosas? ¡Nunca se habían oído! ¡Nunca se había visto a alguien como Él!—, lentamente se iba abriendo paso en su ánimo la expresión: «Si no creo en este hombre no puedo creer en nadie, ni siquiera en mis propios ojos». No es que lo dijeran, ni que lo pensaran; lo sintieron, no lo pensaron. Aquel hombre diría, pues, entre otras cosas, que Él era el que tenía que venir, el Mesías que tenía que venir. Y fue tan obvio el carácter excepcional de su anuncio (de su afirmación), que ellos lo asumieron como si fuese algo sencillo —¡de hecho era algo sencillo!—, como si fuese algo fácil de entender.

«Y Andrés le llevó adonde estaba Jesús. Jesús, con la mirada fija en él, le dijo: 'Tú eres Simón, el hijo de Juan. Tú te llamarás Cefas, que quiere decir piedra'».

Los judíos solían cambiar el nombre de uno para indicar el carácter, o para indicar algún hecho que le había sucedido. Imaginaos, pues, a Simón yendo con su hermano, lleno de curiosidad y un poco de temor. El hombre a cuyo encuentro le conduce su hermano le mira fijamente. Aquel hombre le estaba mirando ya desde lejos. De qué modo le miraría que comprendió su carácter hasta la médula: «Tú te llamarás Piedra». Pensad en uno que se sienta mirado así, que se sienta alcanzado en lo más profundo de sí mismo por alguien que acaba de conocer, absolutamente extraño. «Al día siguiente, Jesús quiso partir hacia Galilea...». Se trata de media página compuesta de este modo, a base de breves alusiones y de puntos en los que se da por descontado que lo que había sucedido lo sabían todos, que era algo evidente para todos.

«Existe un punto de llegada, pero ningún camino». ¡No! El hombre que dijo «Yo soy el camino» es *un hecho histórico que ha acontecido* y cuya primera descripción está en esta media página que he empezado a leer. Y cada uno de nosotros sabe que ha sucedido. Nada ha sucedido en el mundo tan impensable y tan excepcional como aquel hombre del que estamos hablando: Jesús de Nazaret.

\* \* \*

Pero aquellos dos, los dos primeros, Juan y Andrés —Andrés, muy probablemente, estaba casado y tenía hijos—, ¿cómo hicieron para quedar cautivados tan de repente y reconocerle? No existe otra palabra que pueda emplearse adecuadamente más que ésta de reconocerle. Diré que, si este hecho sucedió, recono-

cer a aquel hombre, reconocer quién era aquel hombre, no de manera exhaustiva y detallada pero sí que era algo excepcional, algo fuera de lo común —absolutamente fuera de lo común—, que ningún análisis podía deducir, reconocer esto debía ser fácil. Si Dios se hiciese hombre y viniese a vivir entre nosotros, si viniese ahora, si se hubiese colado entre el gentío actual, si estuviese aquí entre nosotros, reconocerle, *a priori* lo digo, debería ser *fácil*, debería ser fácil reconocer su valor divino. ¿Por qué sería fácil reconocerle? Por su carácter excepcional, por una excepcionalidad incomparable. Yo tengo delante algo excepcional, a un hombre excepcional, sin comparación posible.

¿Qué quiere decir excepcional? ¿Qué significa? ¿Por qué te impacta lo excepcional? ¿Por qué sientes como «excepcional» una cosa que es excepcional? Porque *corresponde* a las expectativas de tu corazón, por muy confusas y nebulosas que sean. Corresponde de repente —¡*de improviso!*— a las exigencias de tu alma, de tu corazón, a las exigencias irresistibles e innegables que tiene tu corazón, como nunca lo habrías podido imaginar ni prever, porque no existe nadie como ese hombre. Lo excepcional es, pues, paradójicamente, que aparezca, que se manifieste lo que es más natural para nosotros. Y ¿qué es lo más natural para mí? Que lo que deseo suceda. ¡Más natural que esto! Que aquello que más deseo suceda: esto es lo natural. Toparse con algo que es absoluta y profundamente natural, porque corresponde a las exigencias del corazón que la naturaleza nos ha dado, es sin embargo absolutamente excepcional. Es como una contradicción extraña: lo que sucede corrientemente

nunca es excepcional, realmente excepcional, porque no logra responder adecuadamente a las exigencias del corazón. Se roza lo excepcional cuando algo hace latir al corazón por la correspondencia que creemos que tiene con un determinado valor, pero el día siguiente lo negará, el año siguiente lo anulará.

Es el carácter excepcional con el que se presenta la figura de Cristo lo que hace fácil reconocerle. Hace falta imaginar, como he dicho antes; es necesario ensimismarse con estos acontecimientos. Si pretendes juzgarlos, si quieres juzgarlos, no digo comprenderlos, sino juzgarlos sustancialmente, determinar si son verdaderos o falsos, es la sinceridad de tu ensimismamiento la que te permitirá ver como verdadero lo que es verdadero y no como falso, y que tu corazón no dude de lo verdadero. Es fácil reconocer su ontología divina porque es excepcional, porque corresponde al corazón: uno *asiente* y no se alejaría nunca, lo que es signo de su correspondencia con el corazón. No se alejaría nunca y le seguiría toda la vida, como de hecho le siguieron ellos los otros tres años que vivió.

Pero imaginad a aquellos dos escuchándole durante varias horas y que luego deben volver a casa. Él les despide y ellos se marchan callados, en silencio, porque les invade la impresión que han tenido de presentir el misterio, de sentirlo. Y después se separan. Cada uno se va a su casa. No se despiden. No es propiamente que no lo hagan sino que lo hacen de otro modo: se despiden sin hablar porque están llenos de lo mismo, los dos son una sola cosa de tan llenos como están de lo mismo. Andrés entra en su casa, pone el mantel y su mujer le dice: «Pero, Andrés, ¿qué pasa? Estás diferente, ¿qué te



ha sucedido?». Imaginemos que él, abrazándola, rompiese a llorar y que ella, turbada, siguiese preguntándole: «Pero, ¿qué tienes?». Él seguía abrazando a su mujer, que no se había sentido abrazada así en toda su vida: ¡Era otro! Era él pero era otro. Si le hubiesen preguntado «¿Quién eres?», habría dicho: «Me doy cuenta de que soy otro... Después de haber oído a ese individuo, a ese hombre, soy otro». Amigos, esto, sin muchas sutilezas, es lo que sucedió.

No sólo es fácil reconocerle, no sólo fue fácil reconocer su excepcionalidad —porque «si no creo en este hombre ya no podría creer siquiera en mis ojos»<sup>7</sup>—, sino que también fue fácil comprender qué tipo de moralidad, es decir, qué tipo de relación nacía de Él. Porque la moralidad consiste en tener una relación con la realidad en cuanto creada por el misterio, es la relación justa, ordenada con la realidad. Fue fácil, les resultó fácil comprender qué sencilla era la relación con Él, qué sencillo era seguirle, ser coherentes con Él, coherentes con su presencia: consistía en adherirse a su presencia.

\* \* \*

Hay otra página de san Juan que cuenta estas cosas de un modo espectacular: es en el último capítulo de su evangelio, el vigésimo primero. Aquella mañana estaba la barca llegando ya a tierra y no habían pescado nada. Cuando estaban aún a varios centenares de metros de la orilla se dieron cuenta de que había un hombre allí, erguido —había preparado una pequeña

---

<sup>7</sup> Cfr. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., pp. 76 y 92.

hoguera y, por eso se le veía a cien metros de distancia—, que les interpeló de una forma que ahora no detallo. Juan es el primero que dice: «¡Es el Señor!». Pedro se lanza sin pensárselo al agua y en cuatro brazadas alcanza la orilla: y es el Señor. Mientras tanto llegan los demás, pero nadie habla. Se ponen todos en corro, en silencio. Permanecen callados porque todos sabían que era el Señor resucitado: había muerto y se les había aparecido ya varias veces después de haber resucitado. Esta vez había preparado para ellos pescado asado. Todos se sientan y comen. En el silencio casi total que pesaba sobre la playa, Jesús, recostado, miró al que tenía a su lado, que era Simón Pedro. Le miró fijamente y Pedro sintió sobre él —imaginemos cómo lo sintió— el peso de aquella mirada, porque se acordaba de su traición de pocas semanas antes, y de todo lo que había hecho —hasta el punto de que Jesús le había llamado una vez Satanás: «Apártate de mí, Satanás, escándalo para mí, para el destino de mi vida»<sup>8</sup>—. Se acordaba de todos sus defectos, porque cuando uno se equivoca gravemente una vez le viene también a la mente el resto, incluso lo menos grave. Pedro se sintió aplastado bajo el peso de su impotencia, de su incapacidad para ser hombre. Y aquel hombre recostado allí a su lado se pone a hablar y le dice: «Simón (imaginaos cómo debía temblar Simón), tú, ¿me amas?».

Si intentáis ensimismaros ahora con esta situación temblaréis al pensarlo, sólo al pensarlo, al pensar en esta escena tan dramática. Y es dramática pues describe muy bien lo humano, expone con claridad lo humano,

---

<sup>8</sup> Mc 8, 33.

lo exalta, porque el drama exalta los factores humanos, mientras que la tragedia los aniquila. El nihilismo conduce a la tragedia; en cambio este encuentro introduce en la vida el drama, pues el drama es la relación que se vive entre un yo y un tú.

Entonces, como un suspiro, apenas como un suspiro, respondió. Su respuesta fue apenas musitada, como un suspiro. No se atrevía, pero...: «No sé cómo, pero sí, Señor, yo te amo; no sé cómo pero es así» (como decía el vídeo que algunos de nosotros hemos visto hace pocas semanas)<sup>9</sup>. «Sí, Señor. No sé cómo, no puedo decirte cómo, pero...».

En resumidas cuentas, era facilísimo mantener, vivir la relación con aquel hombre. Bastaba adherirse a la simpatía que provocaba, una *simpatía profunda*, parecida a la simpatía vertiginosa y carnal que siente el niño hacia su madre, que es simpatía en el sentido más intenso del término. Bastaba adherirse a la simpatía que provocaba. Porque, después de todo lo que le había hecho, y de su traición, le oyó preguntar tres veces: «Simón, tú, ¿me amas?». Y él, la tercera vez, dudó. Había quizá también duda en la pregunta, y respondió más extensamente: «Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te quiero. Mi simpatía humana es para ti; mi simpatía humana es tuya, Jesús de Nazaret».

Aprender de algo excepcional es tenerle simpatía: ésta es la lógica del conocimiento y la lógica de la moralidad que la convivencia con aquel individuo

---

<sup>9</sup> Los textos y las imágenes de ese vídeo han sido publicados en *30 Días*, año IX, n. 89, Madrid 1995, pp. 33-48, inserto central bajo el título «Simón», ¿tú me amas?».

requería, sólo esto. Aprender, en última instancia, es sentir simpatía. Como el niño con su madre; puede equivocarse mil veces al día, cien mil veces al día, pero si se le separa de su madre, ¡ay de él! Si el niño pudiera comprender la pregunta «¿Amas a esta mujer?» y responder, pensad con qué alaridos diría que «sí». Cuanto más se hubiese equivocado, más gritaría que «sí» para afirmarlo. Estoy hablando como hombre a hombres que, por ser jóvenes, tenéis menos prejuicios; o mejor, estáis «llenos» de prejuicios, pero son los de los adultos.

¿Qué es, entonces, en el fondo, lo que esta moralidad de la simpatía hacia él exige que tú hagas, que tú lleves a cabo? *Observarle*, ese observarle activo que se llama seguir. *Seguirle*. De hecho, al día siguiente del primer encuentro, Juan, Andrés y Pedro volvieron con Él. Y Él volvió con ellos al tercer día, porque vivía en un pueblo cercano. Comenzó a ir a pescar con ellos, y por la tarde iba a buscarles a la playa cuando repasaban las redes. Pronto empezó a ir de vez en cuando a los pueblos del interior, se pasaba por ahí y les decía: «¿Venís conmigo?». Algunos iban y otros no; pero más tarde terminaron por ir todos. Empezaron a ir algunas horas, después algunas horas más y luego el día entero. Después Él empezó a pasar fuera también las noches y le siguieron, olvidando su casa... ¡Pero no es que olvidaran su casa! Había algo más grande que su casa, había algo de lo que nacía su casa, de lo que nacía el amor a su mujer, que podía salvar el amor con que miraban a sus hijos y les veían con preocupación hacerse mayores; había algo que salvaba todo esto más que sus pobrísimas fuerzas y su pequeñísima imaginación.

¿Qué podían hacer ellos frente a los años de carestía o frente a los peligros con los que se topaban sus hijos? ¡Le siguieron! Todos los días escuchaban lo que decía; todo el mundo estaba allí con la boca abierta y ellos con la boca más abierta aún. No se cansaban de oírle.

Además, era bueno. «Tomó a un niño, le estrechó contra sí y dijo: 'Ay de aquél que haga el menor daño al más pequeño de estos niños'»<sup>10</sup>. Y no hablaba de no hacer daño físico a los niños, pues se tiene por lo general un poco más de reparo en hacerlo —ahora no, y éste es otro triste síntoma de nuestros tiempos—, sino que hablaba de escandalizar a los niños, que es —aunque nadie lo piense— hacerles daño. Era bueno. Cuando vio aquel funeral, enseguida se informó: «¿Quién es?». «Es un adolescente que perdió a su padre hace poco tiempo». Su madre iba gritando y llorando detrás del féretro, no ritualmente como se solía hacer entonces sino como hace la naturaleza del corazón de una madre cuando se expresa libremente. Se abrió paso hasta ella y le dijo: «Mujer, ¡no llores!»<sup>11</sup>. Pero, ¿hay algo más injusto que decirle a una mujer viuda cuyo hijo ha muerto, «Mujer, no llores»? Y, sin embargo, era señal de una compasión, de un afecto, de una participación en el dolor que no tenía límites. Le dijo al hijo: «¡Levántate!». Y le restituyó su hijo. Pero no podía devolverle el hijo sin decir algo antes: habría quedado como un profeta y taumaturgo lleno de gravedad, como un hombre capaz de obrar milagros. «Mujer, ¡no llores!», le dijo. Y le restituyó su hijo. Pero primero le dijo: «Mujer, ¡no llores!».

---

<sup>10</sup> Mt 18, 2-6; Mc 9, 36-42.

<sup>11</sup> Lc 7, 11-14.

Imaginaos esto durante un año o dos, imaginad que le hubierais escuchado todos los días, que hubierais sentido esa bondad suya, que hubierais visto ese poder suyo sobre la naturaleza, una naturaleza que parecía estar a su servicio.

\* \* \*

Aquella tarde se fue en la barca con ellos y se hizo de noche. De repente se levantó un viento impetuoso y se desencadenó una tempestad terrible sobre el lago de Genesaret; y estaban a punto de irse a pique. La barca estaba llena de agua y Él dormía; estaba tan cansado que ni siquiera sentía la tempestad y dormía en popa. Uno de ellos dijo: «¡Maestro, despiértate, despiértate, que nos hundimos!». Y Él alzó la cabeza, extendió la mano, «incredó al viento y al mar y sobrevino una gran bonanza». Aquellos hombres —termina el Evangelio— llenos de temor se decían unos a otros: «¿Pero, *quién es éste?*»<sup>12</sup>.

Esta pregunta da comienzo al problema de Cristo en la historia del mundo y hasta el fin del mundo; esta precisa pregunta que se encuentra en el capítulo octavo del evangelio de san Lucas. Era gente que le conocía muy bien, que conocía a su familia; le conocían como la palma de su mano, le seguían ¡hasta el punto de que habían abandonado su casa! Pero era tan desproporcionado el modo de actuar de aquel hombre, tan inconcebible, tenía tal soberanía, que entre sus amigos surgía espontáneamente la pregunta: «¿Quién es éste?» Es decir: «¿Qué es lo que hay detrás de él?» No hay nada que desee más el hombre que esta «incom-

---

<sup>12</sup> Cfr. Mt 8, 23-27 y Lc 8, 22-25.

prensibilidad». No hay nada que desee más ardientemente, aunque sea con temor, sin ser consciente, que esta presencia inexplicable. Porque esto es Dios. Esta es la señal que enlaza al hombre con el misterio.

De hecho, es la misma pregunta que le harían sus enemigos al final de su vida antes de matarle. Pocas semanas antes de matarle, discutiendo con Él, le dijeron: «¿Hasta cuándo vas a tenernos en vilo? —y literalmente— Dinos de qué parte vienes y quién eres»<sup>13</sup>. Tenían su empadronamiento, era alguien que se había empadronado en el registro hacía treinta y tres años. De ningún otro hombre que haya existido en el mundo se ha podido decir «¿Pero quién es éste que hace estas cosas?», aferrados por el estupor y la desproporción entre lo que se imagina como posible y la realidad que se tenía delante.

Se comprende, entonces, que aquella vez que dio de comer a más de cinco mil hombres, sin contar a las mujeres y los niños —quitándoles el hambre misteriosamente—, desapareciera después porque querían hacerle rey. Tocados en lo económico dijeron «¡Este es realmente el Mesías que tenía que venir!»<sup>14</sup>, volviendo así, de repente, a la mentalidad común con la que habían vivido siempre, que todos tenían, pues, como les habían enseñado sus jefes, el Mesías tenía que ser un hombre poderoso que habría de dar a Israel, su pueblo, la supremacía sobre el mundo.

Huyó de ellos, y muchos intuyeron que había ido a Cafarnaún. Hicieron entonces el periplo del lago para

---

<sup>13</sup> Jn 10, 24.

<sup>14</sup> Jn 6, 14-15.

alcanzarle a la caída de la tarde del sábado. Y fueron a la sinagoga, pues era aquél el lugar donde podían encontrarle. Él tomaba siempre como punto de partida para hablar el pasaje bíblico que se le proponía al pueblo aquel día, a partir del rollo que escogía el sirviente. En efecto, estaba justamente allí, en la sinagoga, hablando. Y les estaba diciendo que sus padres habían comido el maná, pero que Él daba de comer algo mucho más grande, su palabra, y que su palabra era verdad. Les daba de comer la verdad, les daba de beber la verdad, la verdad de la vida y del mundo.

Entonces se abre la puerta del fondo y entra aquel grupo que le estaba buscando, que, por decirlo así, le había perseguido. Le buscaban. Le buscaban por un motivo equivocado, porque querían hacerle rey. No porque estuvieran impresionados por el signo que constituía Él mismo, por el misterio de su persona, que el poder de sus gestos aseguraba, sino porque buscaban en Él un interés material. Era un motivo equivocado, pero le buscaban. Le buscaban pues, en efecto, había nacido para que todo el mundo le buscara.

Se conmovió, y de repente —pues, siendo hombre como nosotros, las ideas le venían igual que a nosotros a partir de las circunstancias— le vino a la mente una idea fantástica. Cambió el sentido de lo que estaba diciendo y exclamó: «¡No os voy a dar sólo mi palabra sino que os daré a comer mi cuerpo y a beber mi sangre!»<sup>15</sup>. ¡El pretexto! Por fin los políticos, los periodistas y los «telepresentadores» de entonces tuvieron un pretexto: «Está loco, ¿quién puede dar a

---

<sup>15</sup> Jn 6, 48-54.



comer su carne?». Cuando decía algo que le apremiaba y la gente no entendía o se escandalizaba por lo que decía, Él no daba explicaciones sino que repetía y repetía: «En verdad os digo, quien no coma mi carne no podrá empezar a comprender la realidad, no podrá entrar en el reino del ser para comprender la realidad, no podrá entrar en las entrañas de la realidad, porque esto es lo verdadero». Se marcharon todos: «Está loco, está loco» decían, *durus est hic sermo*, «tiene una forma de hablar estrambótica»<sup>16</sup>. Hasta que en la penumbra de la tarde se quedó Él solo con los doce de siempre. Ellos estaban también en silencio y cabizbajos. Imaginaos la escena en la pequeña sinagoga de Cafarnaún, que es como un aula escolar de 30 ó 40 plazas. «¿También vosotros queréis marcharos? No retiro lo que he dicho: ¿también vosotros queréis iros?». Y Simón Pedro, el testarudo Pedro, dice: «Maestro, tampoco nosotros comprendemos lo que dices, pero, lejos de ti, ¿adónde iremos? Tú tienes palabras que dan sentido al vivir»<sup>17</sup>. Kafka: «Existe un punto de llegada, pero ningún camino». Aquel hombre era el camino. «Si nos vamos de tu lado, ¿adónde iremos? ¿Cuál será el camino, cuál puede ser el camino? ¡El camino eres Tú!».

\*\*\*

Aquellos dos, Juan y Andrés, y aquellos doce, Simón y los demás, se lo dijeron a sus mujeres, y algunas de esas mujeres se fueron con ellos. Llegó un

---

<sup>16</sup> Jn 6, 60.

<sup>17</sup> Jn 6, 67-68.

momento en que muchas se fueron con ellos para seguirle: abandonaban sus casas y se iban con ellos. También se lo dijeron a otros amigos, que no abandonaban necesariamente sus casas, pero que compartían su simpatía hacia aquel hombre, que compartían su actitud positiva de asombro y de fe en Él. Y esos amigos se lo dijeron a otros amigos, y luego a otros amigos, y más tarde a nuevos amigos aún. Así pasó el primer siglo, y estos amigos invadieron con su fe el siglo segundo al tiempo que también invadían geográficamente el mundo. Llegaron hasta España a fines del siglo primero y hasta la India en el siglo segundo. Y luego los del siglo segundo se lo dijeron a otros que vivieron después de ellos, y éstos a otros, como una gran corriente que se fue agrandando, como un gran río que crecía, hasta que llegaron a decírselo a mi madre, ¡a mi madre! Y mi madre me lo dijo a mí cuando era pequeño, y yo también digo: «Maestro, tampoco yo comprendo lo que dices, pero si nos vamos de tu lado, ¿adónde iremos? Sólo tú tienes palabras que corresponden al corazón». Que es la ley de la razón: la ley de la razón es confrontar todo con el corazón. Los criterios de la razón son las exigencias de mi naturaleza, las exigencias del corazón.

Me han contado de una amiga nuestra que, al leer uno de nuestros textos —ella no es católica—, observaba: «Aquí he encontrado la palabra corazón usada de manera distinta a como la entiendo yo, porque yo entiendo que el corazón es el punto de referencia del sentimiento: yo tengo un determinado sentimiento, y tú tienes otro. Mientras que aquí no: ese corazón del que se habla en *El sentido religioso* es igual para todos,

es igual para mí que para ti»<sup>18</sup>. Si el corazón es la sede de la exigencia de lo verdadero, de lo bello, de lo bueno, de lo justo, de la sed de felicidad, ¿quién de nosotros puede sustraerse a estas exigencias? ¿Quién? Constituyen nuestra naturaleza, la mía y la tuya: por eso estamos más unidos que «ausentes», que extraños unos a otros como nos sentimos normalmente. Y el último coreano, el último hombre de Vladivostok, el último hombre de la región de la tierra más lejana y perdida está unido a mí justamente por esto.

Aquella tarde nació un flujo humano, una corriente humana que ha llegado hasta *ahora*, hasta *mí*. Al igual que mi madre pertenecía a este flujo también pertenezco yo, y al decírselo a muchos amigos les hago participar de él también a ellos.

Aunque ya la hayáis leído en *Litterae Communionis*, vuelvo a leer —porque no es perder el tiempo— la carta, que descubrí tarde, desgraciadamente, de un joven enfermo de Sida que murió dos días después de haberme escrito. «Querido don Giussani: Le escribo llamándole ‘querido’ aunque no le conozco, nunca le he visto ni le he oído hablar. Sin embargo, a decir verdad, puedo decir que le conozco en cuanto que, si he entendido algo de *El sentido religioso* y de lo que me dice Ziba, ‘le conozco por fe’ y, añadido ahora yo, gracias a la fe. Le escribo únicamente para darle las gracias. Gracias por haberle dado sentido a mi árida vida. Soy un compañero de estudios de Ziba, con quien siempre he mantenido una relación de amistad pues,

---

<sup>18</sup> Cfr. L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 16-20.

aunque no compartía su postura, siempre me ha sorprendido su humanidad y su disponibilidad desinteresada [que es el único modo en que podemos proclamar a otro y a todo el mundo que «Cristo es verdadero»]. En esta atormentada vida creo que he llegado al paso final, llevado por ese tren que se llama Sida y que no perdona a nadie. Ahora, decir esto ya no me da miedo. Ziba me decía siempre que lo importante en la vida es tener interés en algo verdadero y seguirlo. Yo he buscado este interés muchas veces, pero nunca era el verdadero. Ahora he visto el verdadero, lo veo, lo he encontrado y comienzo a conocerlo y a llamarlo por su nombre: se llama Cristo. No sé siquiera qué quiere decir eso ni cómo puedo decir estas cosas, pero cuando veo el rostro de mi amigo o leo *El sentido religioso*, que me está acompañando, y pienso en Vd. o en las cosas que Ziba me cuenta de Vd., todo me parece más claro, todo, incluso mi mal y mi dolor. Mi vida, que estaba ya aplastada y estéril, como una piedra lisa por la que todo resbalaba como el agua, ha cobrado repentinamente un sentido y un significado que expulsa los malos pensamientos y los dolores; es más, que los abraza y los vuelve verdaderos haciendo de mi cuerpo, larvoso y pútrido, un signo de Su presencia. Gracias, don Giussani, gracias porque me ha comunicado esta fe o, como Vd. lo llama, este Acontecimiento. Ahora me siento en paz, libre y en paz. Cuando Ziba rezaba el *Angelus* delante de mí, yo blasfemaba en su cara, le odiaba y le decía que era un cobarde, porque lo único que sabía hacer era decir aquellas estúpidas oraciones. Ahora, cuando

intento balbucearlo con él, comprendo que el cobarde era yo, porque no veía la verdad que tenía delante, a un palmo de mi nariz. Gracias, don Giussani; es lo único que un hombre como yo puede decirle. Gracias, porque puedo decir con lágrimas en los ojos que morir así tiene ahora sentido, no porque sea más bonito —tengo mucho miedo de morir—, sino porque ahora sé que hay alguien que me quiere, que incluso yo puedo quizá salvarme y que también yo puedo rezar para que mis compañeros de habitación encuentren y vean lo que yo he visto y encontrado. Así me siento útil, fíjese, usando solamente la voz me siento útil; con la única cosa que todavía puedo usar bien, puedo ser útil; yo, que he desperdiciado mi vida, puedo hacer el bien por el simple hecho de rezar el *Angelus*. Es impresionante, pero aunque fuese una ilusión, es algo tan humano y razonable, como Vd. dice en *El sentido religioso*, que no puede dejar de ser verdad. Ziba ha puesto en la cabecera de mi cama una frase de santo Tomás: ‘La vida del hombre consiste en el afecto que principalmente le sostiene y en el que encuentra su mayor satisfacción’. Creo que mi mayor satisfacción ha sido haberle conocido escribiéndole esta carta, pero será aún mayor cuando, por misericordia de Dios y si Él quiere, yo le conozca a Vd. allí donde todo será nuevo, bueno y verdadero. Nuevo, bueno y verdadero como la amistad que Vd. ha llevado a la vida de muchas personas y en la que puedo decir que ‘yo también estaba’. También yo, en esta mísera vida, he visto y he participado en este acontecimiento nuevo, bueno y verdadero. Rece por mí; yo seguiré sintiénd-

dome útil durante el tiempo que me quede rezando por Vd. y por el movimiento. Un abrazo. Andrea, Milán»<sup>19</sup>.

Dos mil años quedan fundidos por esta carta. No fue ayer, *es hoy*, y no es hoy sólo para mí, sino que es hoy también *para ti*, sea cual sea la postura que tengas: ¡Cámbiala, si tienes que cambiar! También yo comprendo todas las mañanas que la debo cambiar, porque soy responsable de muchas cosas que Él ha puesto en mis manos. Digo solamente que este acontecimiento o esta presencia es una presencia de ahora, ¡de hoy! Ese flujo humano del que hemos hablado lo llevo yo hoy a tu vida. No hay otra cosa que Dios, sólo Dios, ayer, hoy y siempre. Un acontecimiento grande, decía Kierkegaard, únicamente puede ser *presente*, porque lo que nos puede cambiar no es algo pasado, no es un muerto. Si algo nos cambia, es que está presente: «Está, porque cambia», dice un texto nuestro.

Pero no tenemos solamente esta bellísima carta. Habréis leído (en los periódicos o en *Litterae*) la oración que han escrito los amigos nuestros de Turín que han perdido a todos sus familiares en la reciente tragedia del Piamonte<sup>20</sup>. «En esta hora tremenda y grande queremos dar gracias al Señor, Dios y Padre nuestro, por habernos dado, en Cristo, a Francisco, Cecilia, Lucía y la pequeña Cecilia. A través de ellos Tú,

---

<sup>19</sup> Ver *Litterae Communionis*, Madrid, enero 1995, n. 1, p. 4.

<sup>20</sup> Se refiere a las gravísimas inundaciones y hundimientos provocados por las lluvias torrenciales que asolaron el norte de Italia en el otoño de 1994.

Cristo, has comenzado a darte a conocer a nosotros con el Bautismo, la educación, la adhesión de Lucía al movimiento y la llegada de Cecilia, acogida como un milagro. Haz, Cristo, que ahora que ellos están en Ti mientras Tú haces toda la realidad, nos ayuden a reconocerte cada vez más en todos los instantes de la vida»<sup>21</sup>. Después de dos mil años sigue estando ahora. Para Alberto y Mario está aquí ahora. ¡Pídele a gritos a Él, que está aquí ahora, que venza tu frialdad, tu ignorancia, tu distancia!

Cuando era niño y me ponía enfermo, y estaba en la cama con fiebre, veía a la gente lejana, lejana; la habitación y las paredes las veía lejos, lejos; veía los muebles lejísimos; y tenía miedo de quedarme solo en aquel espacio anchísimo y altísimo, hasta el punto de que cuando mi madre entraba en la habitación la veía pequeñísima, casi inexistente. Es una patología lo que hace que Le veamos lejano, porque Él es Dios, el Presente. «Es», Él «es», *porque está presente*. Lo que no está en nuestra experiencia presente, lo que de algún modo no estuviese en nuestra experiencia presente, no existe, no existiría.

Hay un tercer testimonio que quiero citar. Siete amigos nuestros, cuatro mujeres *Memores Domini* y tres sacerdotes, dos de los cuales proceden del seminario romano de monseñor Massimo Camisasca, todos del movimiento, están viviendo en la gran Siberia, concretamente en Novosibirsk. Es la diócesis, y la parroquia, más grande del mundo: va desde

---

<sup>21</sup> Ver *Litterae Communionis*, Madrid, enero 1995, n. 1, pp. 8-9.

Novosibirsk hasta Vladivostok, 5.000 kms. Ellos recorren toda esta zona, haciendo 400 kms. cada semana. Recientemente se ha celebrado el primer Sínodo católico de Siberia en Vladivostok, ciudad que está cerca del Japón en el extremo oriental del continente. Y los obispos han invitado también a nuestros amigos. Están allí desde hace tres años y tienen ya un grupo de amigos que se han bautizado. Algunos participan de la vida de CL. Y uno de ellos ha contado lo que le ha sucedido en su vida. Es un muchacho de 17 años.

«He conocido el movimiento justo después de mi encuentro con la Iglesia católica. Entonces no sabía prácticamente nada de la vida cristiana y comprendía todavía menos. Me encontré con una compañía de gente bastante joven, donde había sobre todo estudiantes y algunos italianos que hablaban el ruso poco o nada. Les oía hablar de la vida, del trabajo; hablaban de su experiencia cristiana, de su primer encuentro con Cristo; y también cantaban y se divertían. Luego íbamos juntos a Misa, y a veces a rezar Vísperas. Tuve la impresión de que eran buenos amigos, pero realmente había algo que me resultaba extraño: ¿Por qué habían venido estos extranjeros desde tan lejos? ¿Por qué habían venido hasta un sitio como éste donde hace tanto frío y la vida no es tan confortable como en su país? ¡Y, además, gente tan joven, tan distintos unos de otros, y aún así tan amigos! Y ¿por qué juntos? Probablemente justo en esto o también en esto consiste la gracia del primer encuentro: cuando tú, intuitivamente, sientes aquello de lo que tienes necesidad en la vida, sientes algo



que te corresponde, que es bueno, que despierta en ti curiosidad y deseo, de forma que a cada rato revives ese primer encuentro sin reconocer hasta el fondo por qué. Pues, en efecto, sólo más tarde he empezado a intuir y a comprender que en esta compañía está presente Alguien frente al que todos se inclinan y que une a gente que a primera vista no podría jamás estar junta. Para mí fue una especie de 'momento extraordinario' cuando reconocí la presencia de Cristo, cuando la descubrí en esa compañía. Reconocí que Jesús me ama [como Andrea], que me ama mucho a través de esta gente que Él mismo ha puesto a mi lado y que me acompaña. Hace ya tres años que estoy en el movimiento de CL y esto me ayuda. Puedo decir que ahora siento gusto de vivir y esto me parece realmente importantísimo [lo contrario de lo que predomina hoy: la pérdida del gusto de la vida como síntoma del carácter macabro de la cultura actual]. De hecho todos los aspectos de mi vida son ahora distintos: el trabajo, el descanso, el estudio, las vacaciones. Y ver el sentido que tienen todos esos aspectos de la vida, reconocer que Dios se ha hecho acontecimiento en nuestra vida: esto es el cristianismo. Nada sucede por casualidad, nada sucede simplemente porque sí, y cada momento de la historia puede atestiguar la presencia de Cristo aquí y ahora. Tengo muchos amigos, conozco a mucha gente y experimento cada vez más dolor por el hecho de que no hayan tenido aún la gracia del primer encuentro que permite acoger Su presencia y empuja a seguirla. Quisiera comunicar a todos los que conozco el deseo de experimentar el gusto de

esta vida ['gusto': un término tan natural, tan carnal y tan divino; es el anticipo de la felicidad eterna, de ese gusto eterno que es el objetivo del vivir]. Es verdad que mi experiencia es todavía pequeña, pero yo pido que en todos los aspectos de mi vida pueda dar testimonio de Cristo, *presente aquí y ahora*. Josif»<sup>22</sup>.

En efecto, al igual que Josif, la sorpresa más grande para mí, cristiano, es experimentar ahora, encontrar, ahora, la correspondencia con el corazón que Él significa. Cuando aquel periodista se acercó a una hermana de la Madre Teresa de Calcuta en la India y le hizo algunas preguntas, entre otras cosas —y era una hermana jovencísima, que no llegaba a los veinte años— ella dijo: «Me acuerdo de que recogí una vez a un hombre por la calle y le traje a morir a nuestra casa». «Y ¿qué dijo aquel hombre?». «No murmuró, no blasfemó; dijo solamente: 'He vivido en la calle como un animal pero estoy muriendo como un ángel, amado y cuidado. Hermana, estoy volviendo a la casa de Dios', y murió. No había visto nunca una sonrisa como la que vi en el rostro de aquel hombre»<sup>23</sup>. El periodista replicó: «¿Por qué incluso cuando hacéis los sacrificios más grandes parece como si en vosotras no se viera esfuerzo, como si no tuvieseis cansancio?». Entonces intervino la Madre Teresa: «Es a Jesús a quien le hacemos todo lo que hacemos. Nosotras

---

<sup>22</sup> Ver *Litterae Communionis* —Tracce, n. 10, Milán, noviembre 1994, p. 19.

<sup>23</sup> Ver *Il Sabato*, n. 15, 1 febrero 1986, p. 8.

amamos y reconocemos a Jesús hoy»<sup>24</sup>. Hoy: ayer ya no existe. Lo que había ayer, o está hoy, o ya no existe.

Siento no poder leerla entera porque es demasiado larga, pero quiero citar también al menos un trozo de esta carta de Gloria<sup>25</sup>, una amiga nuestra, joven profesora, que se ha ido con Rose a Africa, a Kampala, y que dice: «Nada me es inmediato [nada me resulta conveniente, nada me resulta fácil]. Y en ciertos momentos he experimentado que me era imposible estar ante esta gente enferma, sucia, sin el mínimo de condiciones higiénico-sanitarias. [Pero, ¿quién le hace obrar así? ¿El recuerdo de algo que sucedió hace dos mil años? ¡No! Una presencia de ahora. Algo que está aquí ahora]. Una mañana, mientras me despedía de Rose, ella me dijo: ‘Pide a la Virgen que no te espantes de ver el modo en que Cristo se te va a presentar’. Con estas palabras en el corazón me fui con Claudia a la cárcel de menores. Todo me producía horror: el olor, la suciedad, la sarna, los piojos. Y en ese momento comprendí que mi petición coincidía con la postura de mi persona». Cuando estaba inclinada sobre el enfermo o sobre el niño encarcelado, cuando estaba inclinada así, en esa postura, su petición, la petición de ser, que es la petición del corazón del hombre —porque, aunque uno no lo piense, clama por esto: pide ser, pide ser feliz, pide lo verdadero, el bien, lo bueno, lo justo, lo bello—, esta petición era su

---

<sup>24</sup> Ver *Il Sabato*, n. 22, 30 mayo 1987, p. 4.

<sup>25</sup> El texto completo de la carta se encuentra en *Litterae Communionis*, Madrid 1994, n. 6, pp. 18-19.

misma postura, su petición coincidía con la misma postura que estaba asumiendo.

Pero la noticia más grande de estos últimos tiempos, seguramente la mayor de toda nuestra historia, es lo que ha sucedido en Brasilia. Os ruego que leáis en *Litterae* el relato del asesinato de Edimar, un chaval del mundo de los delincuentes de Brasilia, más de una vez asesino, porque pertenecía a una banda de asesinos. Al comienzo del curso pasado llega a su clase una profesora libanesa perteneciente a los *Memores Domini*, que actualmente está en Brasil. Habla nuestro lenguaje. Edimar se siente profundamente turbado; también él quiere tener los ojos llenos de azul como los suyos, y no oscuros, negros y sucios como los tiene él. Se propone cambiar. El jefe de la banda comprende que hay algo que no marcha e inmediatamente le pone a prueba y le ordena ir a matar a una persona. Edimar dice: «Yo no mato a nadie más». Y el jefe le responde: «Entonces te mato yo». Y lo mató. Es el segundo mártir de nuestra historia<sup>26</sup>.

\* \* \*

Ahora bien, ¿cuál es la fórmula que sintetiza por entero la figura de Cristo en sí misma, como hombre que fue empadronado al nacer en el registro de Belén y que ahora sigue presente para solicitar y exigir la vida y el corazón de cada uno de nosotros, con el fin de que a través nuestro el mundo entero le reconozca,

---

<sup>26</sup> Ver *Litterae Communionis*, Madrid, 1994, n. 5, pp. 28-30.

que sea más feliz, que toda la gente del mundo sea más feliz, conozca el «porqué» de todo y pueda morir como Andrea? La fórmula sintética que describe por completo la dinámica de Jesús es que fue «*enviado*» por el Padre.

¿Por qué Jesús, siendo Dios, Verbo de Dios, la expresión de Dios, y por lo tanto el origen del mundo, se hizo hombre? ¿Por qué entró en las entrañas de una joven de 15 años, fue engendrado en esas entrañas, nació, se hizo niño, adolescente, joven, hombre de treinta años, y habló como le hemos oído hablar? ¿Por qué ha sacudido a Andrea, o a nuestros amigos de Villa Turro, los enfermos de Sida que cuidan otros amigos nuestros, o a Edimar? ¿Por qué se hizo hombre y actúa así en la historia? ¿Por qué se hace presente en la historia de este modo? Para llevar a cabo el designio de Otro. Él utiliza, Él mismo utiliza la palabra extrema que indica el origen de todo, de donde nace por tanto la vida: el Padre. Su vida se define como *llamada del Padre* para llevar a cabo una *misión*: la vida es *vocación*.

Esta es la definición cristiana de la vida: *la vida es vocación*. Y vocación es cumplir una misión, desarrollar la tarea que Dios determina para cada uno a través de las circunstancias banales, cotidianas, instante tras instante, que Él permite que tengamos que atravesar. Por eso Cristo es el ideal de nuestra vida: en cuanto que ésta es intento de respuesta, deseo de responder a la llamada de Dios. Vocación, llamada de Dios, proyecto que el Misterio tiene sobre mí. Porque yo en este instante, si soy sincero, si lo pienso, comprendo que no hay nada tan evidente —ni siquiera tú

que estás a dos metros de mí— como el hecho de que yo no me estoy haciendo a mí mismo en este instante: no me doy el pelo, no me doy los ojos, no me doy la nariz, no me doy los dientes, no me doy el corazón, no me doy el alma, no me doy los pensamientos, no me doy los sentimientos. Todo me es dado para que cumpla Su designio —un designio que no es el mío— a través de todas las cosas, a través del escribir, a través del hablar, a través del *Angelus*, como decía Andrea, a través de todo, de todo. «Ya comáis, ya bebáis»<sup>27</sup>, dice san Pablo, poniendo la comparación más banal que se pueda imaginar; «ya veléis, ya durmáis»<sup>28</sup>, «ya viváis, ya muráis»<sup>29</sup> —dirá de nuevo en otros pasajes—, todo es para gloria de Cristo, es decir designio de Dios.

*Cristo es el ideal de la vida.* Aquél al que oían Juan y Andrés era el ideal de la vida. Por eso su corazón se sobresaltó, por eso se marcharon a casa en silencio, por eso aquella noche Andrés abrazó a su mujer como nunca la había abrazado antes, sin saber qué decir. Habían encontrado el ideal de la vida. Pero los pobre-cillos no podían expresarlo inmediatamente de este modo. Lo dijeron pocos años después. Desde entonces fueron a decirlo por todo el mundo: Cristo es el ideal de la vida.

¿Qué quiere decir que Cristo es el ideal de la vida? Quiere decir que es el ideal del modo en que tratamos

---

<sup>27</sup> 1 Cor 10, 31.

<sup>28</sup> 1 Ts 5, 10.

<sup>29</sup> Rm 14, 8.

a toda la naturaleza, el ideal del modo en que vivimos el afecto, en que por consiguiente concebimos, miramos, sentimos, tratamos, vivimos la relación con la mujer y con el hombre, con nuestros padres y con nuestros hijos. Es el ideal con el que nos dirigimos a los demás y vivimos nuestras relaciones con ellos, es decir, con la sociedad en su conjunto y como compañía de hombres. Y ¿cuál es la característica que infunde este ideal en el modo que tenemos de tratarnos unos a otros, de tratar a todo, desde la naturaleza —y con esta palabra quiero indicar todo lo que existe, porque puedo tratar mal, injustamente, a este micrófono, como hice antes sin darme cuenta— hasta mi padre y mi madre? Esa característica está descrita por dos palabras que tienen la misma raíz, pero una es el principio y la otra es el fin de la trayectoria de nuestros actos.

La primera es la *gratitud*. ¿Por qué? Por lo que he dicho antes: nada es tan evidente en este momento, para mí o para ti, como el hecho de que no te estás haciendo a ti mismo, que todo te es dado, que hay Otro en ti que es más tú que tú mismo, que naces de una fuente que no eres tú. Esa fuente es el misterio del ser. Así comprendemos, análogamente, que todas las cosas están hechas por Otro. Tú, hombre, eres la conciencia de la naturaleza: el yo es el nivel en que la naturaleza toma conciencia de sí misma. Al igual que yo tengo conciencia de que no me hago a mí mismo, soy consciente de que tampoco la naturaleza se hace a sí misma: es dada, algo dado, don. Por eso lo primero es estar agradecido: la gratitud es el fundamento y la premisa de cada acto, de cada actitud.

¿Qué es lo que insinúa esta gratitud en todos mis actos? Insinúa un aspecto, un matiz, un aura de *gratuidad*. Pura gratuidad, aquélla de la que hablaba Ada Negri, como tantas veces hemos recordado, en un incomparable poema suyo<sup>30</sup> que expresa esto de una manera que yo no sé decir mejor: «Amas, y no piensas en ser amada: a cada / flor que brota o fruto que madura / o niño que nace, al Dios de los campos / y de las estirpes das gracias en tu corazón». Amas, te gusta la flor no porque la huelas sino porque existe. Miras el fruto que madura no porque lo muerdas sino porque existe. Miras al niño no porque sea tuyo sino porque existe. Esto es la *pureza* absoluta. Por favor, haced un esfuerzo para ensimismaros con esta pureza absoluta. Un aliento de esta pureza, de esta gratuidad, entra en nosotros aunque ni siquiera nos demos cuenta, entra en cada uno de nuestros actos de modo casi natural. Porque cualquier actitud que yo tenga hacia ti, si no lleva dentro esta gratuidad, una pincelada de esta gratuidad, es deforme, es una relación ruinoso, caduca y falsa, es una relación que está ya empezando a arruinarse, a deshacerse. Únicamente esta gratuidad pura no deforma, sólo esta gratuidad permite no deshacer nada, mantener vivas todas las cosas del pasado, mantener en el presente todas las cosas nacidas en el pasado. Y así mi sujeto se enriquece en el presente con todo lo que hizo ayer y antes de ayer, y ya nada es inútil, como decía nuestro amigo Andrea dos días antes de morir.

---

<sup>30</sup> A. Negri, «Mia Giovinezza», en *Mia Giovinezza*, Milán 1995, p. 78. El poema se encuentra en el Apéndice 4 de este volumen.



Por eso el *resultado* de seguir a Jesús como ideal de la vida, el resultado de la vida entendida como vocación —como dice el Evangelio— es el ciento por uno, el *céntuplo aquí*<sup>31</sup>: las cosas se vuelven más fuertes. Se hace más fuerte mi relación contigo. Es como si hubiésemos nacido juntos, aunque no te conocía, hasta hace pocos años no te conocía. Y no tengo ningún tipo de interés, en el sentido de buscar una contrapartida o un provecho. Ninguno. No es por provecho por lo que estamos juntos. Y me encuentro muy a gusto contigo, a pesar de lo que pienses, porque no es por esto por lo que soy amigo tuyo. Se trata, pues, de una riqueza mayor en todas las relaciones: en el modo de ver las flores, en el modo de mirar las estrellas, en el modo de mirar las plantas, las hojas, en la manera de soportarme a mí mismo, que pretendo con osadía de vosotros que permanezcáis aquí todavía cinco minutos más, en la forma en que pienso en mis culpas de ayer o de antes de ayer. «Señor perdóname, perdóname porque soy pecador»: decir esto no me defrauda, no me deprime, me vuelve más verdadero. Si no hablara así sería menos verdadero, ya que soy, de hecho, pecador.

De esta riqueza deriva una capacidad de *fecundidad* que no tiene nadie; de fecundidad, esto es de comunicación de la propia naturaleza, de la propia riqueza, de la propia inteligencia, de la propia voluntad, del propio corazón, del propio tiempo, de la propia vida. Es decir, «daría la piel por cada uno de vosotros»: cada uno de nosotros lo diría por cada uno de los

---

<sup>31</sup> Cfr Mc 10, 29-30.

demás. Y lo dice de hecho. Si no lo dice es porque no lo ha pensado nunca, y si no lo ha pensado es porque no ha pensado nunca cayendo en la cuenta de la presencia de Cristo. Si parte de esto lo dirá: «Daría incluso la piel, ¡pero Jesús, ayúdame, eh!». Se trata de una fecundidad nueva en el trabajo, de una pasión por el trabajo que no es para buscar provecho o por gusto o para perseguir una incidencia particular en el resultado de mi presencia en la sociedad; es amor al trabajo como acción que perfecciona, tenga el resultado que tenga. Se trata de una fecundidad que es amor a dar lo que soy, a darme a mí mismo, es decir, a darse uno mismo a los hijos: amor a todo lo que entra y entrará en relación con los hijos, amor a los otros, pues también ellos son hijos, a todos los hombres, al pueblo. Es fecundidad en el trabajo, fecundidad con los hijos, fecundidad para la vida del pueblo. En resumen, el ideal de la vida se traduce en el bien de los otros, en el bien para los demás: el bien de todos, vuestro bien, mi bien. Esta es la finalidad para la que Dios ha hecho el mundo: el bien de todo, el bien. Lo contrario del libro que ha escrito Bobbio<sup>32</sup>, un ensayo sobre el mal serio y conmovedor, creo yo, por algunas de sus páginas. Pero el proyecto de un padre es el bien de su hijo. El ideal de la vida pasa a ser el bien.

\*\*\*

---

<sup>32</sup> N. Bobbio, «Gli dei che hanno fallito. Alcune domande sul problema del male», en *Elogio della mitezza e altri scritti morali*, Milán 1994.

Ahora os pido que estéis especialmente atentos estos últimos cinco minutos, porque lo que voy a decir es lo más peliagudo de todo lo que hemos hablado hoy, es la consecuencia más extrema del tema de hoy. Hay una forma de vocación que llama a tomar un camino inopinado e inopinable, impensado e impensable para la mentalidad corriente y que se llama, perdonad si lo digo inmediatamente, *virginidad*. Es una forma de vocación que nos atraviesa, como la luz atraviesa el cristal. Es una forma de vocación que atraviesa las exigencias más naturales, tal y como se presentan en la experiencia de todos. Los que toman este camino tienen las exigencias naturales que tenemos todos: pues bien, esta forma de vocación atraviesa las exigencias más naturales, tal y como se presentan en la experiencia, satisfaciéndolas paradójicamente con un potencial nuevo.

En ellos, con esta vida, con esta forma de vocación, el *trabajo* se convierte en *obediencia*. Porque cada quien va a su trabajo por muy diversos motivos, entre los que está también ese aliento que hemos llamado gratuidad. Pero en el caso de éstos todo su trabajo se convierte en gratuidad, tiende a convertirse en gratuidad totalmente. ¿Por qué vas a tu despacho de abogado? ¿Por qué vas a tu clase como profesor? Que llegue el sueldo a fin de mes, o el hacer carrera, o el hecho de que en todo caso haga falta trabajar, son motivaciones que con el tiempo desaparecen realmente; sólo subsiste la voluntad de hacer el bien a los demás: que se cumpla la voluntad de Dios. Es decir, el trabajo se convierte en obediencia. ¿Qué es la obediencia? La obediencia es actuar para afirmar a Otro.

¿Qué es la acción? La acción es el fenómeno mediante el cual se afirma el yo, mediante el cual se afirma a sí mismo, se realiza. Para realizarme a mí mismo la acción que ejerzo no la hago para mí sino para Otro: esto es la obediencia. La ley de la acción es Otro, es afirmar a Otro, es un amor al Verbo, es amor a Cristo. El trabajo es amor a Cristo.

Del mismo modo que el trabajo se convierte en obediencia, el amor a la mujer o al hombre se ve exaltado. Un hombre cuya humanidad es exaltada, en el sentido físico del término, es un hombre que se erige en toda su estatura, con toda la altura de su persona. La mujer se ve exaltada como *signo* de la perfección, del atractivo para el que está hecho el hombre. Es lo que intuyó Leopardi. Hubo un momento en su vida, aunque después decayó, en que intuyó que el rostro de la mujer era un signo. Había amado a muchas mujeres, pero en aquel momento intuyó que no se trataba de este o de aquel rostro, sino que era otro rostro con la «R» mayúscula, era una mujer con la «M» mayúscula —para la que compuso un himno bellísimo— lo que buscaba. El amor a la mujer queda exaltado al ver a ésta como signo de la perfección y del atractivo que tiene lo bello, lo bueno, lo verdadero y lo justo, que es Cristo. Porque la perfección, la fuente del atractivo, la fuente de lo bello, del bien, de lo verdadero y de lo justo es el Verbo de Dios. Como decía Leopardi en el himno *A su mujer*<sup>33</sup>, lo que tras-

---

<sup>33</sup> G. Leopardi, «Alla sua donna», en *Poesie e prose*, Milán 1972, pp. 46-47 (ed. cast., *Poesía y Prosa*, Madrid 1990). El poema y su traducción se encuentran en el Apéndice 5 de este volumen.

luz en la belleza de un panorama de la naturaleza, en la belleza de un sueño o de un rostro, es lo divino que está en la fuente de todo. En el rostro del otro —del otro por excelencia, como es la mujer para el hombre y viceversa— trasluce lo divino, trasluce de manera inefable, que no se consigue decir. Quien ha llegado a decirlo mejor, creo yo, ha sido Leopardi, que tampoco lo llegó a decir del todo, pero que estuvo a punto. Perdonadme, pero para que no os resulten abstractas estas cosas os voy a leer una carta que le ha mandado a una chica uno que fue su novio. Habían estado juntos tres años. Pasados esos tres años ella intuyó que tenía vocación a la virginidad y le dijo que había decidido comprobarlo, asistiendo a un período de «verificación» vocacional.

Su antiguo novio le escribe así: «Querida, sólo quiero encerrar unas pocas palabras pues todo está ya contenido en nuestros corazones para siempre [¡para siempre! Nada queda eliminado]. Estoy conmovido, es decir, asombrado, maravillado por lo que está sucediendo en tu vida, o mejor, por quien está haciendo que suceda. Es una alegría que con el tiempo me conducirá al destino de bien que te ha tomado consigo. Incluso el dolor que me asalta, algunas veces con más fuerza que otras, por cómo te traté en algunos momentos de nuestra relación, se ve aliviado por la misericordia que lo vuelve más verdadero. Sigue siendo un misterio que, sin embargo, ya empieza a revelarse. Toda la plenitud de la relación que hemos vivido entre nosotros, de ese tramo de historia que hemos recorrido juntos, se explica mejor así. Me gusta creer que cada instante que has pasado conmigo, incluso

frente a mi incapacidad, no se va a perder [¡es para siempre!] y que haya servido, es decir, que haya sido utilizado por Cristo para acompañarte hacia Él. Te pido perdón, o sea, te pido que me dones lo que tú mendigas, con la certeza de que has dado un mayor amor a mi persona perteneciendo a los *Memores Domini*, de que me has querido más así que habiéndote casado conmigo. Te agradezco tu espera y le pido a la Virgen que siempre te rodeen rostros de esperanza como ahora tienes en torno a ti, para que en cada paso tuyo te protejan y te amen. Te he regalado un icono de Cristo, signo de Su encarnación [un concepto que la ortodoxia tiene bien claro] con el fin de que te conforte siempre Su presencia y para que te acuerdes de pedir por mí, por la tarea que ahora se me ha confiado de amar a Elisabetta, por mis familiares y nuestros amigos, pero sobre todo para que no abandone ese abrazo del Espíritu Santo que es el movimiento y su misteriosa centinela».

Es uno que ha entendido. ¿Os dais cuenta de cómo ha entendido? El trabajo se convierte en obediencia; el amor a la mujer se convierte en signo supremo de la perfección del atractivo que ella ejerce sobre nosotros, de la felicidad que nos espera; y el pueblo, en lugar de ser sujeto de una historia humana llena de luchas y litigios, se convierte en una continuidad de gente, en un flujo, en un río de conciencias que lentamente se iluminan cediendo, al menos en la muerte, a la gloria de Cristo.

Esto es la *caridad*; estos cambios se llaman caridad. El trabajo, cuando se convierte en obediencia, se llama caridad. El amor a la mujer, cuando se convier-

te en signo de la perfección final, de la belleza final, se llama caridad. Y el pueblo que se convierte en historia de Cristo, en reino de Cristo, en gloria de Cristo, es caridad. Porque la caridad es mirar a lo presente, a toda presencia, con el ánimo cautivado de pasión por Cristo, de ternura por Cristo. Se produce un gozo y una alegría que sólo son posibles en estas condiciones. Gozo y alegría son dos palabras que en caso contrario habría que arrancar del vocabulario humano, porque de otro modo resultan imposibles. Existe el contento, la satisfacción, todo lo que queráis, pero el gozo no existe, porque el gozo exige la gratuidad absoluta, que sólo es posible con la presencia de lo divino, con el anticipo de la felicidad. Y la alegría es su explosión momentánea, cuando Dios quiere, para alentar y sostener el corazón de una persona o de un pueblo en momentos educativamente significativos.

Pero, perdonad, que el trabajo se convierta en obediencia, que el amor a la mujer se convierta en signo, como intuyó Leopardi, que el pueblo no sea un gentío informe de caras sino el reino de Cristo que avanza, esta caridad es *la ley para todos*, no solamente para los que son vírgenes. Es la ley para todos, sí, de todos. La virginidad es una forma de vida visible que recuerda a todos el mismo ideal de todos, y para todos, que es Cristo, lo único por lo que merece la pena vivir y morir, trabajar, amar a la mujer, educar a los hijos, gobernar y ayudar a un pueblo. Es para todos, pero algunos son llamados al sacrificio de la virginidad justamente para que estén presentes, entre los demás, recordando este ideal que es para todos. Ya deberíais haber estudiado en el tercer volumen (tomo 2) de la

Escuela de Comunidad<sup>34</sup>, si es que habéis llegado hasta ahí, el concepto de milagro. El milagro es un acontecimiento —como se define allí— que remite a Dios de manera inexorable, un fenómeno que te hace pensar en Dios a la fuerza. El milagro de los milagros, más que todos los milagros de Lourdes, más que todos los milagros de cualquier santuario del mundo, el milagro de los milagros, es decir, el fenómeno que de manera inexorable te obliga a pensar en Jesús, es una chica guapa de veinte años que abraza la virginidad.

La Iglesia es el lugar de este camino y de todas las influencias operativas, fecundas y florecientes sobre la gente que camina unida en la compañía que Dios crea, compañía en la que todos los caminos van juntos. La Iglesia es el lugar en el que toda esa gente se enriquece, se da y se enriquece con el don de los demás. La Iglesia es un lugar de humanidad conmovedora, es el preciso lugar de la humanidad, donde la humanidad crece, donde se incrementa, expurgando continuamente lo que entra en ella de espurio, porque somos hombres; pero es humana, pues los hombres son humanos cuando expurgan lo espurio y aman lo puro. La Iglesia es algo verdaderamente conmovedor.

La lucha con el nihilismo, contra el nihilismo, consiste en vivir esta conmoción.

---

<sup>34</sup> L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, tomo 2, op. cit., pp. 134 y 137-139.



**Capítulo tercero**  
**DIOS Y EL HOMBRE**



«He aquí que yo establezco un camino nuevo en el mundo. ¿No lo veis? Ya ha comenzado»<sup>1</sup>. Tampoco lo vemos nosotros muchas veces, aunque somos sus artífices inmediatos, sus protagonistas decisivos: Él se sirve de esta pala que soy yo, desgastada por el tiempo, perezosa, reacia a ser agarrada por sus manos, por aquellas dos manos Suyas. Ser agarrado por aquellas dos manos es el único calor de la vida, el único calor seguro, que hace que te entren ganas de abrazar a todos, con todas las distinciones posibles e imaginables, pero, en el fondo, a todos por igual.

Comprendéis entonces la angustia que sentiría si no me abandonara en aquellas dos manos que sostienen esta pala que soy yo. Para nosotros, que os hemos traído el mensaje (pues el mensaje ha pasado a través de nuestra carne, de mi carne y mis dientes, de mis

---

<sup>1</sup> Is 43, 19.

ojos y mi corazón, a través nuestro que somos responsables ante Dios y ante Cristo del hecho de que vuestra vida haya sido minada por este mensaje, por esta invitación, por este impacto continuo, por este reclamo continuo), no poder realizar —o que parezca que no puede realizarse— en cada uno de vosotros cuanto hemos dicho a propósito de la *obediencia* sería una angustia, un dolor insoportable, una impotencia aplastante. Para ser obedientes es necesario que aquél a quien se obedece tenga la caridad de compartir los sacrificios que pide, de compartir con vosotros los sacrificios que os llama a realizar. Después de haberos invadido con Sus palabras, con Su memoria, con Su presencia, sería casi una desesperación, si no se convirtiera en abandono en sus manos —esas manos que sostienen el mango de esta azada que soy yo—, no poder seguiros uno a uno compartiendo con vosotros cada gesto, cada impulso previsor, cada espera, compartiendo también con vosotros la debilidad de cada pensamiento escéptico y nihilista, compartiendo con vosotros un paso tras otro como si nosotros fuéramos madres y vosotros sus hijitos.

¡Así es cómo pensamos siempre en vosotros y así os miramos! Y si tenéis bien claro este martirio nuestro, tendréis más claro que sin Él —Él, no yo— no podéis hacer nada. ¡Sin su Espíritu, sin la fuerza de su Espíritu, no hay nada en vosotros, nada permanecería en vosotros, nada! Todo os resultaría hostil, negativo; todo se volvería negativo, como el tiempo. Para vosotros el tiempo no sería distinto del tiempo de todos en general, en el que cada instante lleva hacia la muerte, cada instante corrompe, engaña y corrompe, corrompe y engaña.

Es un sentimiento, una pasión que casi oprime nuestro corazón. Creo hablar en nombre de todos los que están llamados a compartir de manera inmediata conmigo esta responsabilidad por la respuesta que todos vosotros debéis dar con nosotros a Dios. No a un Dios abstracto: a Jesús, en este mundo. Estoy convencido de que comprendéis esto. No lo digo por emoción, por comunicaros una emoción; lo digo para comunicaros una razón, la razón más inmediata para ser como Juan, recostado sobre el hombro de Jesús en la última cena, tal como veíamos en la imagen del manifiesto de Pascua<sup>2</sup> de 1990, o como Simón en el capítulo 21 de san Juan.

«Sin mí no podéis hacer nada»<sup>3</sup>. Entonces la memoria de Ti es todo, y esta memoria es mendigarte. Debemos presionar en la envoltura de cada hora de nuestras jornadas para que se rompa y deje que se colme esa hora de abandono en Ti, de esta certeza de Ti, de esta espera matemáticamente —¡qué feo!—, amorosamente segura, que es el amor Tuyo hacia mí y mi amor hacia Ti como una espera cierta.

\* \* \*

He aquí sumariamente una importante reflexión que quiere resumir el contenido de las meditaciones anteriores, para indicar en síntesis las consecuencias más impresionantes de esos textos.

---

<sup>2</sup> Texto para meditar acompañado por una imagen, que cada año —a partir de 1982— el movimiento de Comunión y Liberación publica y difunde con ocasión de la Pascua de Resurrección.

<sup>3</sup> Jn 15, 5.

La cosa estaba ya prevista, amigos, ¡porque uno piensa siempre en ello! No es necesario tener un hijo que haya nacido del propio vientre para que esto sea verdad: ¡su madre piensa siempre en él! Y nosotros llevamos mucho más que un niño engendrado en nuestro vientre: llevamos el sentido de aquel niño, aquello por lo que vale la pena que una madre lleve en el vientre a su hijo y se preocupe por él durante años, años y años, para después resultar normalmente defraudada y desengañada con el paso del tiempo a lo largo de la vida. Pero cuando llega aquello que llevamos nosotros en el corazón —que, quién sabe cómo, a nosotros se nos ha dado, quién sabe cómo ha llegado a nuestro corazón—, cuando llevamos lo que tenemos ya en nuestro corazón, entonces es justo: es justo concebir, es justo temblar durante nueve meses, es justo temblar cuando el hijo nace, es justo abrazarlo, sea como sea, y acompañarlo hacia dentro de la vida (educación); acompañarlo hacia dentro de la vida, y, cada vez más de lejos, acompañarlo hasta la muerte.

Este anuncio nuestro, nuestro despertar, lo proclamamos al mundo entero: al mundo entero, que es el mundo de la casa, el mundo de la familia, de nuestra familia, el mundo de nuestro movimiento, el mundo de la diócesis, de la Iglesia local, el mundo de la Iglesia universal, el mundo de nuestra pobre y desgraciada patria\*, el mundo de esta Europa sanguijuela del mundo, el mundo del «mundo», que está des-

---

\* El autor se refiere a Italia; pero cualquier lector de lengua española puede aplicarlo adecuadamente a su país (*ndt*).

pertándose a derechos que sustituyen al paraíso y a Dios, pero cuando los hayan obtenido tendrán sólo una visión espectral de campos de muertos, como dice Eliot describiendo la religión del *niño reseco*<sup>4</sup>.

¡Ha sido pensado nuestro camino, y los pasos de estos días!

a) ¿Recordáis el fragmento que escuchamos ayer por la mañana? «*¡Ave, verum Corpus natum de Maria virgine; vere passum, immolatum in cruce pro homine; cuius latus perforatum fluxit aqua et sanguine! Esto nobis prae-gustatum mortis in examine*» («¡Salve, verdadero Cuerpo nacido de María Virgen, que padeció verdaderamente, inmolado en cruz por el hombre, de cuyo costado perforado fluyó sangre y agua! ¡Que podamos degustar de Ti como lo haremos en el momento de la muerte!»). Que yo deguste de Ti en la vida, Señor, como querré sentirte decir en el momento en que me juzgues al final.

Dios, *el Misterio que hace todas las cosas*, ese Misterio que los trescientos representantes de diversas religiones junto al Cardenal de Milán recordaron justamente a todo el mundo en aquella breve procesión hasta el Duomo, concebido de trescientos modos distintos, o mejor, imaginado, y después definido con temor y temblor: ese Misterio *se ha implicado con el hombre*.

¡Qué apuro cuando me llamaron por primera vez los bonzos del Monte Koya para hablar del cristianis-

---

<sup>4</sup> T. S. Eliot, *Coros de «La Piedra»* (ed. cast. en *Poesías reunidas 1909-1962*, Madrid 1994). El fragmento al que alude el autor se encuentra en el Apéndice 6 de este volumen.

mo en el centro cultural de la ciudad de Nagoya, que estaba lleno de gente como nunca, según me dijo el director! Durante nueve décimas partes de la conferencia, o más aún, hablé del Misterio que se revela en la armonía de las cosas, que es su tema, por lo cual adoran —¡adoran!— cada brizna de hierba, cada espina de cardo, cada pelo de la cabeza: saben que existe el Misterio, pero no conocen el camino para alcanzarlo y se lo imaginan así. Qué apuro cuando al final, faltando tres minutos, me dije: «¡Debo decirlo, debo decirlo!». Y lo dije: «Esta armonía universal, este Misterio que hace que el brote del cardo tenga valor, que la espina de la rosa tenga valor, que el corazón de una madre tenga valor, se ha implicado con el hombre como hombre. Entró como una semilla en el vientre de una mujer, de una joven: *se hizo hombre*, un hombre que hablaba en las plazas, que se sentaba a cenar; y le mataron por esto».

Le mataron por esto, y desde entonces le han seguido matando por esto. Porque los hombres están abiertos a aceptar el Misterio último que está implícito en el sentido religioso que constituye su razón, están abiertos ante las hipótesis que formulan más o menos poéticamente, o filosóficamente, pero son intransigentes e intolerantes frente a esta otra hipótesis. Les resulta intolerable concebir que Dios, el Misterio, se haya implicado con el hombre llegando a hacerse un hombre como tú o como yo; más aún, menos que tú o que yo, pues Él llegó hasta los treinta y tres años, mientras que tú, cualquier «tú» de los que estáis aquí salvo poquísimos, tienes más años.

El Misterio se ha implicado en nuestra existencia,



se ha convertido en factor protagonista de esta historia, y Él es quien nos ha llamado para convertirnos en protagonistas de la historia junto con —«con»— Él.

b) Después del *Ave, verum Corpus natum de Maria virgine*, hemos escuchado otro fragmento de Mozart: el *Kyrie, Eleison* de la Misa de la Coronación. «*Kyrie, Eleison*», «Señor, ten piedad». ¡Y qué impresión inmensamente mayor nos ha penetrado después en el corazón, si hemos estado atentos y recogidos escuchando el *Gospodi, pomilui* (*Kyrie, Eleison* en ruso) de Rachmaninov, de la Misa de san Juan Crisóstomo, de la Liturgia de san Juan Crisóstomo, que ha durado diez minutos (no os habéis dado cuenta, pero ha durado casi diez minutos; ocho minutos para ser exactos)! Pues ésta es la cosa más tremenda que se pueda concebir en la vida de la humanidad: que los protagonistas del mensaje que salva al mundo —los mensajeros de ese Hombre que se dejó atrapar durante los cortos años de su vida, que no quiso alargar su mano más allá de sus treinta y tres años sino a través de la tuya y de la mía—, justamente tú y yo, yo y tú, Le olvidamos cotidianamente. La traición fundamental es el *olvido*, la falta de memoria, el ir en contra de nuestro nombre («*Memores Domini*»), el que nos da derecho y nos define en la sociedad: «*memor Domini*».

c) Pero, acabado el *Kyrie*, hemos oído una vez más la música de Mozart: «*Laudate Dominum omnes gentes, collaudate Eum omnes populi, quoniam confirmata est super nos misericordia eius*» («Alabad al Señor todas las gen-

tes; alabadlo todos los pueblos, porque ha sido confirmada su misericordia sobre nosotros»). El *Kyrie, Eleison* acaba por tanto en el abrazo de un «sí», como el abrazo del padre al hijo pródigo<sup>5</sup>. Cotidianamente, todos los días, el hijo pródigo soy yo, y espero que tú también ¡porque la verdad del Señor domina por siempre, el designio del Padre se cumple!

«*Confirmata est super nos misericordia eius*»: el designio del Padre es la *misericordia*, una palabra imposible. Debería ser la primera palabra a borrar del vocabulario, a raspar del diccionario, porque el gozo y la alegría —esas otras dos palabras imposibles— dependen de ella: no dependen del estado de ánimo, sino de ella, de la misericordia, de Otro, ¡de Otro! Del seno de Otro nacemos misteriosamente, de un coro que está misteriosamente constituido por Otro, que está hecho por Él, y que canta encantadoramente a pesar de todo; hasta las hojas que caen forman parte de ese canto, e incluso su marchitarse se vuelve positivo. Es la *victoria* que reconoce la fe: «Ésta es la victoria que vence al mundo: la fe»<sup>6</sup>. La victoria del Misterio, del Omnipotente, del Padre, por la cual el hombre Jesús, conscientemente, el primero entre todos nosotros, aceptó morir asesinado injustamente: «Si es posible, que sea de otro modo, pero no se haga mi voluntad, sino la Tuya»<sup>7</sup>. Entre nuestra gente cuántos nos han dado testimonio antes de morir, directamente o a través de sus parientes, de este «hágase Tu voluntad», de

---

<sup>5</sup> Cfr. Lc 15, 20.

<sup>6</sup> 1 Jn 5, 4.

<sup>7</sup> Mt 26, 36-46.

que Su voluntad es misericordia, es la recomposición de todo, la salvación de todo. «*Omnis creatura bona*», toda criatura es buena y vuelve al bien, y la alegría vive en el corazón del hombre que acepta este designio misterioso, aparentemente contradictorio, cuyo destino, cuyo fin es aparentemente desconocido, pues nos resulta desconocido a nosotros —que incluso percibimos como desconocido lo que sucederá mañana—.

Éstos son los tres factores fundamentales del nuevo ser, de la ontología nueva que ha entrado históricamente en el mundo. Porque en la historia ha entrado una ontología. La ontología, en lugar de quedarse en el origen, ha penetrado en el tejido de la historia, rasgándolo como el velo del templo cuando murió Cristo. Pero de este desgarrón surgió una novedad más bella: la dimensión positiva de todo. Todo es abrazado por la misericordia, todo resulta preludio de una fiesta, de ese «reino celeste / que cumple toda la fiesta / que el corazón ha deseado»<sup>8</sup> (desde el primer curso del liceo vengo repitiendo esta frase de Jacopone da Todi).

\* \* \*

Ante este mensaje, ¿qué existencia se abre para nosotros, los llamados, los elegidos, nosotros a quienes Él ha movido y obligado a este camino? Oblí-

---

<sup>8</sup> Jacopone da Todi, «O novo canto», en *Laudi, trattati e detti*, Florencia 1953, vv. 73-74, p. 264: «regno celesto, che compie onne festo / che'l cuore ha bramato».

gado, ciertamente: obligados hasta tal punto que si no hubiéramos querido, habríamos huido. Si no quisiéramos renegaríamos de Él, porque ahora sería necesario renegar, si no lo aceptáramos. ¿Qué actitud, qué moralidad, qué existencia se abre para el hombre nuevo, para el hombre llamado, para el hombre que se ha vuelto perspicaz, el hombre que ha sido alcanzado por el anuncio, el hombre bautizado que se ha revestido de Cristo, que ha sido convertido en una cosa sola con Cristo (igual que parece una sola cosa mi vestido con mi cuerpo, conforme a la analogía paulina: «revestíos de Cristo»<sup>9</sup>)?

Dios se ha hecho carne para dar comienzo al ser nuevo, a la ontología nueva. Llama a la puerta bajo toda carne que Él elige y no es reconocido, no es aceptado. Nosotros le hemos reconocido, le hemos aceptado: se ha hecho reconocer, se ha hecho aceptar por nosotros. Pero después: «*Kyrie, Eleison*» ¡Señor, ten piedad! Desmemoria: la desmemoria que se concreta ontológicamente —¡ontológicamente!— en el pecado. Pero la misericordia de Dios ha confirmado que es victoriosa. La verdad del Señor, Su designio sobre el mundo prevalece para la eternidad.

Pero, entonces, ¿cuáles son las características de la existencia cristiana, es decir, de nuestro comportamiento, de nuestra actitud? ¿Cuál es nuestra moral, la nueva moral? «*Fac ut ardeat cor meum in amando Christum Deum ut sibi complaceam*»<sup>10</sup> («Haz que mi

---

<sup>9</sup> Gal 3, 27.

<sup>10</sup> Jacopone da Todi, *Stabat Mater*, vv. 28-30. El texto integral se encuentra en el Apéndice 7 de este volumen.

corazón arda de amor a Cristo para que pueda complacerle»). ¿Oísteis, ayer por la noche, el final de la primera parte del *Stabat Mater* de Dvorak? Aquella repetición continua de esta frase, que al principio es monótona, pero después resulta lo más impresionante de su música: «*Fac ut ardeat cor meum*», toda mi existencia, la totalidad de mi existencia.

La primera característica de la moralidad nueva es *que implica la totalidad de la existencia* (de modo que, cuando vas al peluquero, la forma de peinarte nace de esto; debe ser bella y buena, pero ¡para el Señor!). No se puede evitar este carácter totalizante. En cualquier circunstancia que estemos, estamos dentro, dentro de ese abrazo. No podemos poner un botón sin decir: «Te lo ofrezco».

Ésta es la gran ley: repetir, hasta que resulte familiar, casi continuo, por lo menos obvio, este «Te ofrezco» en cualquier gesto, porque de otro modo no tiene sentido ningún gesto. De hecho, cuando uno está desesperado ni tan siquiera cose el botón; va por ahí desabrochado (¡poco importa de donde sea el botón!). «*Fac ut ardeat cor meum* [la totalidad] *in amando Christum Deum*». Amar es afirmar a otro: que cada acto Le afirme, ¡que cada uno de nuestros actos Le afirme! La vida se convierte así en oración, la totalidad de la existencia se convierte en oración, en afirmación de Ti: olvido de uno mismo y, por tanto, reencuentro de sí entre los brazos de aquel Hombre («Mujer, ¡no llores!»)<sup>11</sup>.

La *única ley de la vida* es «Simón, ¿me amas?». «Sí, Señor, sí». No podéis pasar demasiados días sin sentir

---

<sup>11</sup> Lc 7, 13.

la necesidad de releer esa media página del capítulo 21 del evangelio de san Juan. «*In amando Christum Deum*»: es la única ley, no hay otra. Lo dice el mismo evangelio, y lo repite san Pablo: «*In amando Christum Deum ut sibi complaceam*»<sup>12</sup>, de modo que el fruto de mi tiempo, de mis energías, de mi respiración, de mi ser, de mi existir, sea para gloria Suya.

Junto al capítulo 21 hay que leer siempre los primeros versículos del capítulo 17 del evangelio de san Juan: «Padre, ha llegado la hora. Glorifica a Tu Hijo». Éste es el designio del Padre, ésta es la voluntad del Misterio. Sabemos exactamente —exactamente, como un frase precisa que hubiera pronunciado nuestro padre o nuestra madre— cuál es *la finalidad* de todo lo real para el Misterio: la gloria de Su vida junto al hombre, de Su implicación con el hombre, *la gloria del Hijo hecho hombre*. ¡La gloria del Hijo hecho hombre! Es decir, la gloria del Misterio es inexorable, es como un tanque que aplasta cualquier resistencia, pero la gloria del Misterio hecho hombre, de un hombre hijo de una mujer... Él puede ser combatido, puede ser asesinado. Entonces Le hace resucitar, pero puede ser de nuevo asesinado. Y el asesinato más corriente es el olvido total por parte de aquellos que le han conocido. ¿Qué decir del olvido de aquellos que han sido llamados a ser con Él protagonistas del Evangelio, de la buena nueva, del anuncio bueno —del hecho de que el Misterio es bueno, del rostro bueno que tiene el Misterio en el mundo—, de ese rostro bueno del Misterio que se

---

<sup>12</sup> Cfr. Col 1, 10; 2 Cor 5, 6-9.

llama misericordia? «He aquí que establezco un camino nuevo. Ya está, ¿no lo veis?». Que entre bien dentro de nosotros este lamento del profeta Isaías, que sea acogido en nuestro corazón cada mañana: cada mañana, cuando se desata el ataque de las tinieblas contra la luz, cuando la luz tiene que conquistar su puesto entre las tinieblas y no contentarse con el crepúsculo.

Tiempos nuevos, un tiempo nuevo que el Misterio ha permitido que se concretara y confirmara con la admisión de la importancia del nacimiento de Cristo por parte de todos, hasta el punto de que los años de los hombres se cuentan a partir de él: 1995. ¡Aunque, igual que Cristo fue asesinado, ciertamente llegará un tiempo en que la hégira nos cortará la cabeza a muchos de nosotros! Pero la resurrección es la respuesta del Misterio omnipotente a la pretensión de este mundo. Y la resurrección ha sucedido en este mundo, en una tierra determinada. Una piedra fue removida y un hombre apareció en aquella sala: «Paz a vosotros». Y ellos se quedaron asustados, creyendo ver un fantasma. «Paz a vosotros: dadme de comer, dadme de beber»<sup>13</sup>. Comer y beber, beber y comer: ¿no tienes otra cosa que hacer que comer y beber? ¡Siempre comes y bebes! Todos tus gestos fundamentales consisten en comer y beber. ¡Así es! Los más inexorablemente carnales.

\* \* \*

---

<sup>13</sup> Lc 24, 36-43.

Vamos a ver ahora en breve detalle, como punto tercero, cuáles son las características del hombre de estos tiempos nuevos, cuáles son las características de la existencia humana («*Fac ut ardeat cor meum in amando Christum Deum ut sibi complaceam*») en una época que ha convertido la presencia del Verbo hecho carne en algo nuevo («*Ave, verum Corpus natum de Maria virgine*») y en la que todo el mundo, aún sin saberlo, proclama su alabanza a Dios («*Laudate Dominum omnes gentes*»). Señalo estos puntos como programa para la Cuaresma. Que sean semillas arrojadas nuevamente en los terrones de nuestra conciencia para deshacer su aridez, para derrotar su sentimentalismo brutal y naturalista, para derrotar a la sugestión dentro de ella, el ceder a la sugestión de las fantasías del mal, de la negación del bien.

*Primero.* Un *sentimiento* absolutamente *nuevo* y fascinante de nosotros mismos. Debido a lo cual no puedo verme frenado ni siquiera por todo el mal que haya cometido, por el mal que haya hecho hoy y que siga haciendo. No puedo escandalizarme por nada de lo que he sido. Todo lo que he hecho hasta hace un instante «no ha existido jamás». Es necesaria la omnipotencia del Misterio para sacar de la nada la realidad, la criatura; y también es necesaria la fuerza del Misterio, la fuerza infinita y omnipotente del Misterio, para reducir a la nada una cosa que existe. ¡Esto sucede con los pecados, esto sucede con mis pecados: «Todo esto no ha existido jamás»!

Kierkegaard, una vez más de modo lapidario, saca una conclusión: «Mío no es lo que me pertenece, sino



aquello a lo que yo pertenezco»<sup>14</sup>. No dice: «Mío no es lo que me pertenece, sino lo que pertenece a otro», sino «*Mío es aquello a lo que yo pertenezco*». Por eso, las cosas son mías, y las personas son mías, pero yo pertenezco: cosas y personas pertenecen, en mí, a Otro —en mí, a Otro—. No pertenezco a ellas; esto sería lo más negativo, el equívoco más ridículo y al mismo tiempo más infame, más dañino. Personas y cosas me pertenecen, pero no yo a ellas. Yo Te pertenezco a Ti, Cristo. En mí, estas personas y cosas Te pertenecen. En mí, Te pertenecen: son mías, o Tuyas. «Mío no es lo que me pertenece, sino aquello a lo que yo pertenezco». Podría decirse que es la muerte del yo, pero, al contrario, es para poseer la verdadera vida del yo: *mi verdadera vida eres Tú*. Además, el primer milagro, el primero en sentido absoluto, es el descubrimiento del «tú». Pues el «tú» lleva detrás de sí, apenas apuntado, el perfil de la presencia de lo Infinito, de lo Eterno, de Jesús hombre —¡de Jesús, hombre!—.

Quiero insistir todavía sobre esto. Esta autoconciencia nueva es un sujeto nuevo que entra en el mundo, que está en el mundo —nosotros somos esos sujetos nuevos que están en el mundo— con una *autoconciencia diferente* de la que tienen todos los demás: mi yo eres Tú, todo lo que es mío lo es porque yo soy Tuyo —¡lo es porque soy Tuyo!—. San Pablo, en la primera carta a los Corintios, capítulo 7, anuncia este desapego impresionante, este giro de vértigo: «Os

---

<sup>14</sup> S. Kierkegaard, *Diario del Seduttore*, Roma 1993, p. 75 (ed. cast., *Diario de un seductor*, Barcelona 1988).

digo, pues, hermanos, que el tiempo apremia. Sólo queda que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen; los que compran, como si no poseyesen; y los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen, porque pasa la apariencia de este mundo». Don Eugenio Corecco, me dijiste el año pasado cuando salías de tu habitación, en aquel largo pasillo estrecho: «El tiempo apremia». Para ti ya se ha cumplido: que nuestros ojos sean capaces de ver siempre la brevedad de las apariencias.

*Segundo.* Esto nos permite comprender mejor una frase del poeta inglés Shelley, que ya escuchamos ayer, pero que es mucho más profunda de cuanto entendimos ayer: «Miramos al antes y al después y nos atormentamos por lo que no hay»<sup>15</sup>. Nos atormentamos porque el presente no tiene densidad; y miramos al antes y al después. Como frente a una tentación: ¿tomarla, agarrarla o no? ¿Tomar, como me apetece, a esta persona o no tomarla? Es un futuro, un mañana, un después, es dentro de un minuto, dentro de un segundo. Cuando la tomas, si cedes, te quedas insatisfecho, hasta el punto de que aprietas los dientes, aprietas impotente algo que se te escapa de las manos, muerdes una cosa que se te escapa de entre los dientes. «Miramos al antes y al después y nos atormentamos por lo que no hay». Sólo existe el Tú. Lo que hay es sólo Tú, el Tú del Ser, del cual esa persona es

---

<sup>15</sup> P. B. Shelley, *To a Skylark*, citado por G. K. Chesterton, *Perché sono cattolico* (Por qué soy católico), Milán 1994, p. 137.

expresión. Y el sacrilegio que yo cometo al morder con mis dientes, al apretar con mis manos, aunque sea con las manos y los dientes de la imaginación, este sacrilegio demuestra que lo que había esperado del «después» no está ya en el presente, no está ya presente ahora.

*Tercero.* El autor cristiano de la *Carta a Diogneto*<sup>16</sup>, en el año 150, escribe: «Tienen entre ellos un respeto inconcebible para los demás». Tienen entre ellos, los cristianos, *un respeto inconcebible* para los demás. «Respeto» deriva de la palabra latina *respicio*, que quiere decir mirar algo teniendo presente, con el rabillo del ojo, otra cosa: es una cosa distinta lo que se ve con el rabillo del ojo, y eso es lo que domina el centro de la observación. *Respicio*, respeto: mirar a una persona, mirar una cosa teniendo presente otra que domina desde el horizonte, como el sol. El sol está siempre como en el rabillo del ojo y centra nuestra mirada sobre todo.

Por tanto, estas tres cosas: una *autoconciencia nueva* —mío no es lo que yo tengo, sino aquello a lo que pertenezco—; la *insatisfacción* inexorable del instante en el que agarras, si agarras algo; y «una capacidad de respetar desconocida para los demás», un *respeto* por la persona, un respeto al otro, que está dominado por otra figura. Estás en el centro de mi mirada y de mi

---

<sup>16</sup> *Epístola a Diogneto*, cap. V. El texto griego se encuentra en *PG II*, coll. 1167-1186. El fragmento al que pertenece la cita se encuentra en el Apéndice 8 de este volumen.

corazón, pero en el horizonte último hay otra figura que mantengo presente con el rabillo del ojo, una figura que te ilumina, que te da vida, carne y huesos, que te confiere existencia: eres mía porque eres de Otro, y porque yo soy de ese Otro. Pues así es como yo soy del Otro: aceptando que tú eres también de ese Otro. Al reconocer que tú eres de Otro, yo soy de ese Otro.

\* \* \*

Una observación. El pecado es feo. La fugacidad es fea. Casi no te da tiempo de decir «¡Qué bello!», y ya ha pasado. Por eso es un engaño, y el engaño prevalece sobre la impresión que te ha producido lo bello. Para recordar lo bello, para reevocarlo, tienes que hacer un esfuerzo: evocas de nuevo algo que tú creas, que recreas; recreas en tu imaginación algo que no estuvo en la existencia. El pecado es feo porque es deforme como todo engaño. Una cosa bella, usada para engañarte, te mata. Aquí retorna una vez más el eco de «el tiempo apremia» de la primera carta a los Corintios.

Leamos un dicho de los Padres del desierto: «Un hermano interrogó al abad Poemen y le dijo: 'Padre mío, cuando un hermano mora conmigo, ¿dónde quieres que yo mire?' Él le dijo: 'Pon tus pecados sobre su cabeza y míralos'»<sup>17</sup>. Asesinato del otro y fealdad, fealdad hecha por ti; no está en la criatura, que es buena. «'Padre mío, cuando un hermano mora

---

<sup>17</sup> *Detti e fatti dei Padri del deserto* (Hechos y dichos de los Padres del Desierto), Milán 1975, p. 118.

conmigo, ¿dónde quieres que yo mire?' Él le dijo: 'Pon tus pecados sobre su cabeza y míralos'».

Pero es una novicia de los primerísimos años, recién entrada en una casa, la que nos da una aguda lección sobre el origen cronológico y fisiológico del mal, del pecado: «Hoy —escribe en una carta— pensaba que la falta de fe jamás se refiere a las declaraciones de creer en Jesucristo que formulamos teóricamente (teóricamente, Jesucristo es Jesucristo; es difícil que alguien ponga esto en duda entre nosotros); pero carecemos de fe todas las veces que no creemos en la promesa, es decir, en la experiencia del bien que hacemos». Carecemos de fe todas las veces que no creemos en la promesa del ciento por uno aquí abajo, del hombre nuevo y del céntuplo ahora, todas las veces que no creemos «en la experiencia del bien que hacemos». Porque si está presente, nos cambia. No creemos en la posibilidad del cambio como algo que ya se da. Esto es general. En cualquiera de vosotros que abordemos es difícil no sorprender este decaimiento, porque no creéis en el bien que ya hacéis y que de otro modo no haríais. Es como si fuese algo que hubiese que tolerar, o incluso soportar: hasta ese punto tiende la raíz del deseo hacia otra cosa, hacia lo efímero y lo engañoso.

«Y mientras se trate —continúa la carta— de preceptos morales que hay que seguir [respeto de la persona, negación del engaño, resistencia a la imaginación negativa y equívoca], mientras sean preceptos morales lo que hay que seguir todo va bien». ¡Es bello! La descripción del hombre nuevo es bella. «Pero cuando Él [rompiendo estas imágenes con una espada] declara

que me ama tanto, tanto, que da Su vida por mí, y que me desea tanto que me perdona siempre [¡que me desea tanto que me perdona siempre!], entonces, en ese momento, lo que parece una sencilla reserva acerca de mi existencia concreta, reserva fácilmente comprensible [por nuestra debilidad], se revela con el tiempo como el lugar del 'no'».

Este sentirnos inseguros, este sentirnos insatisfechos del bien que hacemos y que nosotros solos no haríamos —porque es Él quien nos da esta nueva y consistente autoconciencia, este nuevo sentido del otro, este nuevo sentido de la posesión, dramático, ya que lo que es mío es mío porque yo soy de Otro— produce una *reticencia*: ¡pero, quién sabe, quién sabe! Uno no dice «estoy insatisfecho», como diría si fuera sincero, sino que «no me persuade, no me convence». Esta reticencia —la palabra «reticencia» es realmente adecuada— que no es negación, esta reticencia comprensible por nuestra debilidad, con el tiempo, si dura demasiado tiempo, se convierte en el lugar del «no». Uno no dice abiertamente que «no» contra un Dios que se ha hecho hombre, contra Cristo y Cristo crucificado; no dice que «no» a la Navidad, o a la Pascua. Pero ¡mirad como vivís en casa! ¡No os afecta! La casa no tiene entonces ningún significado excepto el de ser un albergue de amigos, una pensión amigable, donde se puede pretender, donde sobre todo se pueden pretender las cosas, donde se espera que todo se nos dé hecho y donde se puede exigir cualquier cosa que parezca que nos falte: ¡lo necesito y me lo tenéis que dar!

Y el «no», como agudísimamente se dice un poco más adelante en la carta, ese «no» se dirige a los instrumentos de los que se sirve Jesús para llegar hasta nosotros. No es a Él, es a sus instrumentos (¡y que una chica de esa edad entienda estas cosas!): «Lo que parece una sencilla reserva... se revela con el tiempo como el lugar del 'no', es un acto real de falta de fe respecto al testigo que viene a mi encuentro en nombre de Cristo. Y así, esta reserva tan fácil muestra que es un impedimento real para el amor a Cristo, para la posibilidad de tener experiencia de Él». Si tú me traes el mensaje —Su presencia— en tu experiencia, si tú me lo traes, yo lo experimento. Pero si tú no me lo traes yo no lo experimento; es una idea que puedo leer en los libros, una formulación teórica. Por eso, una casa que ya no sea una fuente de experiencia de Él, ¿qué atractivo puede tener? (Podría tener atractivo si hubiera allí una chica, si hubiera también chicas, pero también en eso se es más libre fuera).

«Porque —sigue la carta— al dudar de esto [aquella reserva de antes], si evito dar crédito al modo y al lugar [¡entendéis qué clase de lógica!], si me impido [remacha] dar crédito al modo y al lugar en el que dice que acontece [en el que Jesús dice que acontece: 'Yo acontezco en la casa, Yo acontezco en tu amiga, Yo acontezco en el Grupo Adulto'], ¿de qué otro modo podría esperarle?» ¿De qué otro modo? Si me impido dar crédito al modo y al lugar en que Él dice acontecer, y lo dice porque el otro te lo dice, porque la casa te lo dice, porque el Grupo Adulto te lo dice, ¿de qué otro modo debería esperarle? ¿Con un sueño mío? Me doy cuenta enseguida de que es un sueño.

«He intentado responder a esta pregunta, pero sólo son intentos de imaginar. Aquí comienza la abstracción». ¡Una vocación, es decir, una vida entregada que se convierta en abstracción es imposible vivirla, es un absurdo! Porque la vida es lo más contrario a cualquier clase de abstracción; por eso los filósofos no entienden la vida y los poetas la tienen que cambiar con su imaginación.

Lo contrario de esta reticencia, lo que impide eso que esta chica llama «reserva» —y la tal reticencia es hacia Jesús porque es reticencia frente a aquellos a través de los cuales Él me ha llegado; es una reticencia hacia el lugar donde está el pozo del que comencé a sacar agua al principio— es un *impulso de «rendición»*. Este impulso de «rendición» te arranca, te separa de lo que eres. Es un impulso que sientes como si dejaras atrás tus vestidos: te ves desnuda, o desnudo, es decir, pobre. Tan pobre que no te importa que los demás se rían, que los demás se escandalicen, que te interpreten mal. ¡Aunque los demás se rían, se escandalicen y te malinterpreten, no te importa! Es un impulso de rendición que se llama «pobreza», o mejor, cuyo resultado imponente, existencial, es la pobreza. No lo parece, pero el amor a la pobreza, la aceptación obvia de la pobreza, es el indicio de que no hay reticencia, de que existe ese impulso de rendición. Pobreza real de coches, dinero, teléfono, vestidos, teatro, televisión, de lo que queráis, de todo aquello sobre lo que descargáis lo que os parece no tener, sobre lo que descargáis el deseo de aquello que os parece que no tenéis. Y así: «Lo que agarraste codiciosa, entre las manos se des-



hizo»<sup>18</sup>, entre las manos que agarran se deshace. («¿Dónde vas?» «Voy a salir». Va al cine. Sí, por el amor de Dios, ve al cine cuando quieras, pero no me impidas que te vea mal apenas llegues a casa. Sé que depende de la película. Una de mil. Se salva una entre mil. La proporción, ahora, no es mucho mayor). Entrar en relación con cosas y personas, o es un acto de deseo de conocer la belleza de Cristo, de conocer la verdad de Cristo, de compartir sufriendo la condena de Cristo, o es el modo de participar en su condena por parte del mundo y, en último término, en su asesinato intencionado. Pues el mundo es asesino —véanse las dos últimas líneas del primer capítulo de la *Sabiduría*: «El hombre busca la muerte»—. El mundo, por naturaleza, en última instancia es asesino.

\* \* \*

Hemos hablado de las características de la ontología nueva y también de las características de una existencia nueva: «*Fac ut ardeat cor meum in amando Christum Deum*». Todo el cambio de mentalidad que se produjo entre la Edad Media y la Edad Moderna está en la diferente interpretación de este terceto del *Stabat Mater*. Le repugna al hombre de hoy, le resulta nefando el «*Fac ut ardeat cor meum in amando Christum Deum ut sibi complaceam*», porque parece una abstracción que absorbe toda la vida, que se convierte en regla de vida. Y por el contrario, ¡no es así! Se trata

---

<sup>18</sup> O. Mazzonei, *Noi peccatori: liriche 1883-1936*, Bolonia 1930, p. 72. El fragmento poético al que se alude se encuentra en el Apéndice 9 de este volumen.

de una autoconciencia nueva, en la que el verdadero yo consiste en ser poseídos; de un respeto nuevo por el hombre, desconocido para los demás; de una densidad del instante, del presente, del puro presente, que da consistencia al instante, que no remite al ayer, que no es bello porque haga pensar en el ayer o en el instante siguiente. Es la victoria que el impulso de rendición —de adhesión— obtiene sobre la reticencia malvada, sobre la serpiente de la reticencia, que no dice «Dios no existe», sino «Si comes del fruto, serás como Dios»<sup>19</sup>, si comes del fruto, serás feliz.

Todo este elenco de cosas constituye el *pueblo nuevo*, que se puede caracterizar con estas palabras de san Agustín en el *De civitate Dei*: «*Ut videatur qualis quisque populus sit illa sunt intuenda quae diligit*»<sup>20</sup>. Para ver qué tipo de pueblo es (qué tipo de casa es, qué tipo de Grupo Adulto es, qué tipo de cristiandad es) hay que fijarse, descubrir, intuir (*intuenda*) las cosas que ama. Lo que amas es lo que te define. Santo Tomás dice: «La vida del hombre consiste en el afecto que principalmente le sostiene y en el que encuentra su mayor satisfacción». Éste es el criterio que define a un pueblo. Un pueblo: un hombre y una mujer que se casan, una familia, una casa del Grupo Adulto, un convento de frailes, un monasterio de monjes. Un pueblo como el medieval o un pueblo como el de los siglos XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX, o XXI, que está descristianizado como cuando vino Cristo —¡como cuando vino Cristo!—. Y nosotros estamos al mismo

---

<sup>19</sup> Gn 3, 4-5.

<sup>20</sup> S. Agustín, *De civitate Dei*, XIX, 24.

nivel del «sí» de san Pedro, estamos al nivel del *asombro* de Andrés y Juan, a ese nivel. Si estamos a ese nivel, con todos los pecados que podamos tener, vivimos la alianza, vivimos la promesa, y «quien tiene esta esperanza en Él, se purifica como Él es puro»<sup>21</sup>.

Un amigo nuestro nos da la regla que debemos llevar con nosotros, la recomendación que debéis llevaros a casa. Está tomada de los Padres del desierto: «Tú aplícate a hacer el bien y no temas tu debilidad»<sup>22</sup>. Yo añado: «en la desgracia o en la prosperidad», como dice la fórmula del matrimonio. Esto se ve en el presente. Esto define el presente: «Aplícate a hacer el bien». El primer bien es el reconocimiento de Jesús sin reservas. «No temas tu debilidad» en la circunstancia favorable o desfavorable. El presente, el tiempo presente, el instante presente es la prueba, la verificación.

«Te he buscado en el Santuario para contemplar Tu fuerza y Tu gloria»<sup>23</sup>. «Te he buscado en el Santuario», en el lugar que Tú has elegido para comunicarte. Te he buscado: en la casa, en el Grupo Adulto, en el movimiento, en la Iglesia. «Te he buscado en el Santuario para contemplar tu fuerza y tu gloria»: si yo no fuera débil no serías poderoso, no sabría que Tú eres poderoso, no sabría qué quiere decir que Tú seas poderoso. Y reconocer esto es hasta tal punto gloria Tuya que se convierte en mi alegría. «La gloria de Dios es que el hombre viva»<sup>24</sup>, que tenga alegría,

---

<sup>21</sup> 1 Jn 3, 3.

<sup>22</sup> *Detti e fatti...*, op. cit., p. 89.

<sup>23</sup> Sal 63, 3.

<sup>24</sup> «Gloria Dei vivens homo, vita autem hominis visio Dei» (S. Ireneo, *Contra las herejías*, IV, 20, 7: SCh 100/2, 648-649).

es el hombre en la plenitud de la vida, de la alegría. «Porque Tu gracia vale más que la vida»<sup>25</sup>. Repitámoslo juntos despacio: «Porque Tu gracia vale más que la vida».

Las cosas que hemos dicho son importantes y verdaderas para vivir. No seríamos nada, seríamos pobre gente en el peor sentido de la palabra, pobres gusanos, si no escucháramos estas palabras.

---

<sup>25</sup> Sal 63, 4.

Capítulo cuarto

EN EL TIEMPO Y EN EL TEMPLO  
EL *SUJETO*: EL YO



«*Hic dies, in quo tibi consecratum conspicias Templum, tribuat perenne gaudium nobis; vigeatque longo Temporis usu*»<sup>1</sup>. Que este día en el que miras al templo consagrado a Ti —una jornada de retiro, unos días de ejercicios, una hora cotidiana de silencio: éste es el tiempo en que el misterio del Padre mira al templo consagrado a Él—, que este tiempo nos conceda generosamente alegría perpetua y permanezca sólido —sólido: un día sólido, un tiempo sólido— para nuestro uso, para nuestra vida, por un largo espacio de tiempo. Que permanezca sólido, que dé solidez al carácter existencial concreto de nuestra vida y por un largo espacio de tiempo, cosa que es el sueño de cualquier vida (menos mal que éste no es el ideal, aunque sí el sueño de cualquier vida).

---

<sup>1</sup> «*Christe, cunctorum dominator alme*», op. cit. El texto completo se encuentra en el Apéndice 1 de este volumen.

«*Hic dies, in quo tibi consecratum conspicis Templum, tribuat perenne gaudium nobis; vigeatque longo Temporis usu*». Cuando os toque cantar esta undécima estrofa, esta penúltima estrofa del poema dirigido a Cristo que cantamos al comienzo de cada reunión de la casa, reflexionad en la humanidad con que se traduce en ella la divinidad.

Pero hay otra idea que quiero subrayar. No es que pretenda ser la síntesis de todo este tiempo lleno de gracia a lo largo del cual el Señor nos ha dictado *Dios: el tiempo y el templo, Reconocer a Cristo y Dios y el hombre*. Porque ha sido una secuencia maravillosa, una gracia del Espíritu dilatada y profunda como un gran lago que se extendiera sobre la tierra árida de nuestro corazón. Lo que Él nos ha dicho en este tiempo no puede sintetizarse en lo que voy a decir hoy. Lo que diré hoy pretende existencializar todo lo que se dice en esos textos. Y todo eso que hemos dicho adquiere carácter existencial en un lugar que no es un simple lugar, en un lugar espiritual, un lugar que, no obstante, está hecho de tierra, de carne, pero que es lugar espiritual porque también está hecho de alma: el *yo*. Es ahí, en el *yo*, donde se vive existencialmente todo lo que hemos dicho. Aquí, aquí, en las cuatro paredes; aquí, en el templo; aquí, en el lugar circunstanciado de la vocación; aquí es donde disuelven las aguas benditas las culpas de quienes han cometido pecado, de modo que dichas culpas perecen, perecen y se reducen a nada: «Todo eso no ha sucedido jamás»<sup>2</sup>. «*Genus et creatur Christicolarum*». Y, al mismo tiempo, el Espíritu

---

<sup>2</sup> Cfr. O. V. Milosz, *Miguel Mañara*, op. cit., p. 57.



En el tiempo y en el templo, el *sujeto*: el yo

—*Chrismate invictum*— crea una nueva *gens*, un nuevo *genus*, un nuevo género de criatura, que es más que hombre: *genus* «*Christicolarum*», la estirpe de los que reconocen, adoran, esperan y aman a Cristo. Una estirpe que cree en Cristo, que espera en Cristo, que ama a Cristo: «Pedro, ¿me amas?» ¡Tú! «Sí, Señor, te amo».

Esta síntesis a la que aludiremos con las breves aunque poderosas notas que vamos a decir hoy, debemos retomarlas todos y cada uno de nosotros para el conocimiento de nosotros mismos y para percibir donde estamos, en qué punto estamos, no ya como medida sino como horizonte. Al pararte en el camino desierto o florido que estés recorriendo, en el camino triste o alegre que estés atravesando, mira al horizonte. No midas lo que has hecho, no midas lo que te falta; mira al horizonte que es Cristo.

\* \* \*

Son dos consideraciones.

*Primera.* Ayer se dijo en una pequeña intervención la siguiente pregunta: «¿Por qué no sabemos nosotros aguantar la duración necesaria para construir, hasta que termine la construcción del camino? ¿Por qué no aguantamos la duración?» Y se dio la siguiente respuesta: no se construye si no se dice «Sigo a alguien que está vivo». Sigo, busco a uno que esté vivo. «Buscad todos los días el rostro de los santos y obtendréis consuelo de sus palabras»<sup>3</sup>, nos enseñaba don

---

<sup>3</sup> *Didachè*, IV, 2, en *I Padri apostolici*, Milán 1978, p. 32 (ed. cast. de J. J. Ayán, Madrid 1992).

Villa sobre las paredes de su casa, «ensuciando» la casa de la Curia... de luz (mientras que antes había tinieblas). «Sigo a alguien que está vivo. Entonces me junto a él —cierto: si alguien está vivo... ¡me juntaré con él!— y trato de convertirme en una sola cosa con él». No es en absoluto algo exagerado; es una definición que vale para cualquier relación auténtica, auténticamente emprendida. «Sigo a alguien que está vivo. Entonces me junto a él y trato de convertirme en una sola cosa con él». Esta frase reduce al mínimo de sencillez las condiciones necesarias para vivir la vocación.

Quiero detallar con atención lo que significa la palabra *vivo*.

1. Se ha dicho en una de nuestras casas: «Reconocer a Cristo como presencia que nos constituye». Esto es el acto de fe. *Vivo* quiere decir que *vive la fe*: reconocer a Cristo como presencia que nos constituye. Por eso es el objeto propio de la memoria, en la que se reconstituye su Presencia para constituirme de nuevo.

Prosigue lo dicho: «Este Cristo que eres tú —¡este Cristo que eres tú!—, ¿por qué se levanta por la mañana?» ¿Por qué va a trabajar? ¿Por qué actúa, de manera general? ¿Por qué obra? O mejor, ¿qué espera de todo lo que le mueve y le empuja hacia el futuro? «Nuestra vida, que está justamente contenta, hasta cierto punto satisfecha, no puede ser *intensa*». No puede tener esa intensidad que reclamaba Maspes en aquel inolvidable momento cumbre suyo, cuando se refirió en una carta, hablando del instante, a «la densidad del instante». «Nuestra vida, que está justa-

mente contenta, hasta cierto punto también satisfecha, no puede ser intensa, densa, sin que se responda a esta pregunta». ¿Por qué vino Cristo al seno de María? ¿Por qué vivió Cristo en su casa de Nazaret? ¿Por qué se movía Cristo para ir a trabajar al taller de su padre y al gran taller del Padre —con la P mayúscula— que eran los caminos de Judea, de Galilea, de Samaria y de Jerusalén?

«Es como si a nosotros nos faltara algo, que es el resultado de nuestro compromiso, el resultado del don que somos». Eso que nos falta es lo que, a pesar de todo, sostiene el don que somos, sostiene nuestro compromiso. Es lo que da razón del tiempo y del espacio, lo que da la razón proporcionada a la medida de la historia del hombre. Cristo vino para hacer todo esto, a dar su vida para la salvación del hombre: *propter nos homines*. «Es como si nuestra vida fuera un feto cuya cabeza no hubiese llegado todavía a su formación». Sin esa respuesta que nos dio Cristo, que nos da Cristo, es como si nuestra vida fuera un feto cuya cabeza no hubiera llegado todavía a formarse. La esperanza frente al presente es que se complete este presente, que se realice enteramente el presente, que se alcance su satisfacción completa. Es la esperanza que dicta la pasión por el mundo, el apremio porque los hombres no conocen a Cristo o, con una fórmula más amorosa, porque Cristo no es reconocido por los hombres.

Porque los hombres no reconocen a Cristo: por eso nos levantamos por la mañana, vamos a trabajar, intercambiamos nuestras primeras palabras, decimos palabras al principio fatigosas, forzadas, y luego cada

vez más sueltas, cada vez más deseosas de convencer a la gente con la que trabajamos. Finalmente retornamos cansados y volvemos a reposar para que al día siguiente todo vuelva a suceder de nuevo.

La finalidad es que Cristo sea reconocido por los hombres. Y entonces este amor lleno de apremio a Cristo, a los hombres y a su destino se convierte en la esperanza del presente, un presente que comienza por la fe, por darse cuenta de su Presencia, por darse cuenta de que esa Presencia me constituye y que los hombres no la reconocen, ¡que no es reconocida por los hombres! Toda la esperanza de mi vida, toda la espera de mi vida, lo que absorbe todo lo que hago —todo lo que hago, porque la acción es la forma en que el presente se convierte en esperanza para el futuro— consiste en que le conozcan, que todos los hombres le conozcan: ésta es la esperanza apremiante que completa la fe y la caridad del hombre vivo.

La primera característica del hombre vivo es, por consiguiente, la fe, con el desarrollo que ella origina: esperanza y apremio por Cristo y por los hombres<sup>4</sup>.

2. Pero hay una segunda característica, siempre misteriosa, dentro de este yo misterioso...

Ese yo que tienes en tus manos, entre tus dedos, bajo tus ojos que lo miran fijamente, con tu corazón que palpita por él o se queda en suspenso sin saber qué decir, ese yo, que en todo caso está vibrando entre tus manos bajo tu mirada fija y que suscita en tu corazón acentos que responden a las señales de la

---

<sup>4</sup> Cfr. 2 Cor 5, 14 ss.

vida, ese yo, sobre todo si le miras como creyente, reconoce que su consistencia está en Cristo, reconoce que Cristo es la presencia que lo constituye. Y, una vez que reconoce que Cristo es la presencia que lo constituye, enseguida se persuade, inmediatamente tiende a invadirle el apremio porque Cristo no es conocido, y la piedad hacia los hombres, signo y símbolo de la piedad consigo mismo.

Pero este yo —decía— tiene otra cosa misteriosa, que subraya san Agustín y que leíamos la primera noche: «No se nos exhorta a que no amemos [no se nos exhorta a no amar: ¡el que no ama está muerto!], sino a que escojamos el objeto de nuestro amor. Pero, ¿qué escogeremos si antes no somos *elegidos* [si no se nos indica ese objeto cuando se nos da la vida]? Porque nosotros no amamos si primeramente no somos amados. Escuchad al apóstol Juan: 'Nosotros amamos porque Él nos amó primero'»<sup>5</sup>.

3. La tercera característica de un hombre vivo es que un hombre que tenga toda la fe que queramos, que haya sido señalado por todos los ángeles descendidos del paraíso a propósito para gritar en la plaza del Duomo que ese hombre ha sido elegido, no valdría nada si ante todo no estuviera humanamente *cierto*, ¡cierto! «Ya que reconocemos a Aquél a quien ninguna criatura es capaz de resistir»<sup>6</sup>. Hay Uno, entre nosotros, a quien ninguna

---

<sup>5</sup> De los «Discursos» de san Agustín, obispo, *Liturgia de las horas según el rito romano*, II, Roma 1993, p. 642.

<sup>6</sup> De los «Discursos» de san Efrén, diácono, *Liturgia de las horas...*, op. cit., p. 663.

criatura es capaz de resistir. Y los milagros de la santidad jalonan la historia de esto formando sus puntas más altas, sus últimas crestas, formando una cadena de montañas que crea el Acontecimiento.

¡Ciertos! La certeza es una condición indispensable para tener vivacidad; sobre todo para tener una vivacidad que pueda imponerse como esperanza y, por lo tanto, servir de consolación y alegría a los ojos de los hermanos. ¡Dios mío, hasta qué punto es útil este reclamo a la certeza indispensable! Nosotros, que temblamos, que temblamos más de lo que creemos, nos hundimos dubitativamente en los «quién sabe».

Por eso debéis leer la primera parte del capítulo dieciocho del evangelio de san Lucas. («¿Debéis leer?») No comprendo por qué una meditación, cuando se dicta a otros, no deba servir también de meditación para quien la dicta). «Les dijo una parábola sobre la necesidad de orar siempre sin cansarse [por eso el yo vivo es uno que está seguro, que está seguro porque ora, pide, mendiga; su fuerza consiste en que mendiga]: “Había en una ciudad un juez que no temía a Dios y no respetaba a nadie. En aquella ciudad había también una viuda que iba adonde el juez y le decía: ‘Hazme justicia frente a mi adversario’. Durante cierto tiempo él no quiso, pero luego se dijo para sí: ‘Aunque no tema a Dios ni tenga respeto por nadie [como tantas administraciones de justicia], ya que esta viuda es tan molesta, le haré justicia para que no venga continuamente a importunarme’”. Y el Señor añadió: “¿Habéis oído lo que dijo el juez deshonesto? Para no ser importunado, le daré satisfacción enseguida. Pues ¿no hará justicia Dios a sus elegidos

que claman noche y día a Él y les hará esperar mucho? Os digo que les hará justicia prontamente [que les dará certeza, capacidad de estar seguros, prontamente]. Pero el Hijo del Hombre, cuando venga, ¿encontrará todavía fe en la tierra?"»<sup>7</sup>. No decimos esto «del mundo»; lo decimos de nosotros mismos que participamos más del mundo que de la Presencia que nos ha constituido. Participamos más del mundo que de la Presencia de la que estamos constituídos, ¡somos más del mundo que de Cristo! Nuestra memoria lo registra, lo registra muy bien: mirad el diagrama de vuestra memoria.

Por consiguiente, un hombre vivo es ante todo un hombre de fe. Cristo es la Presencia que me constituye. Y este yo constituido por Él es así porque ha sido elegido. La raíz de la verdad de mí mismo es que soy elegido. Y esto, cuando somos conscientes de ello, inunda de certeza. La certeza es la manifestación más evidente del hombre vivo. Para él Dios es verdaderamente el Padre, es todo; por encima del Padre no hay nada, sólo nada.

Y puesto que Jesús, que nos constituye, es aquél a quien ninguna criatura es capaz de resistir, como dice san Efrén —pero si «ninguna criatura es capaz de resistirle», ¿qué podemos temer?—, si le miramos, si le seguimos, si le suplicamos, si le seguimos con una mirada de mendigos como le seguían los apóstoles, si le seguimos con aquel hambre y sed de justicia que Él despertaba en su corazón, si le seguimos así, ¿de qué tenemos miedo si ninguna criatura es capaz de vencerle?

---

<sup>7</sup> Lc 18, 1-8.

Y ninguna criatura es capaz de resistirle porque «todas las casas están construidas por alguien», dice la carta a los Hebreos 3, 4: «Todas las casas están construidas por alguien, pero quien ha construido todo es Dios». Por esto es el Señor, el Señor y el Padre; el Padre, porque se trata de una casa, el Padre.

Pero precisamente porque se trata de algo infinitamente nuevo —Cristo es la Presencia que me constituye—, yo soy otro ser. No comprendo cómo, pero soy otro ser. Elegido, ¿por qué elegido? Elegido, como hemos visto este verano, entre un infinito número de otros posibles —¡infinito!—; elegido para el infinito, con una certeza que radica en un nivel de profundidad inagotable, y, por lo tanto, desmedido, sin medida. Certeza que termina en la orilla de un horizonte que es fuente de toda esta infinitud, de todo este misterio: una fuerza a la que nada puede resistir. Esto se revela en Cristo, en cuyas manos ha puesto todo el Padre<sup>8</sup>, a quien le ha dado todo —¡todo!— y, por ello, tanto el sentido de cualquier cosa pequeñísima, invisible, infinitesimal, como el sentido de las cosas más grandes, es Él, Él. Que aparecerá, ¡aparecerá! Pero el origen de todo este misterio es el Padre, que lo ha constituido todo: todo depende del Padre. El mismo Cristo, la palabra que más repitió en sus tres años de vida pública, que más escucharon todos, que más oyeron todos, que más repercutió en el corazón de los apóstoles, fue «el Padre»: «Yo hago siempre lo que complace al Padre»<sup>9</sup>, siempre.

---

<sup>8</sup> Cfr. Jn 3, 35.

<sup>9</sup> Cfr. Jn 8, 29.



4. Este Misterio que me constituye y que he aprendido a reconocer constituye todas las cosas, pero sobre todo constituye el presente en el cual reside y en el cual se plasma mi futuro, mi destino, en el cual se plasma y se afirma mi destino. Pero, ¿cómo entrar en contacto con Él, cómo saber con certeza que hemos sido elegidos hasta el punto de estar constituídos por Él? ¿Qué hacer para saberlo, para tomar conciencia de esto, para comprenderlo cada vez más? *Estar en un lugar*, permanecer en un lugar también fijado por Él.

«Un hermano perseguido por el pensamiento de abandonar el monasterio se abrió conmigo. Entonces le respondí: 'Quédate en la celda, da tu cuerpo en prenda a las cuatro paredes de tu celda. No te preocupes por ese pensamiento; que el pensamiento vaya donde quiera [que venga cuando quiera y se vaya cuando quiera], pero que tu cuerpo no salga de la celda'»<sup>10</sup>. ¡Qué absoluta sencillez, qué simpleza, qué banalidad! Todos —¡todos!— sentimos la tentación de decir: «¡Qué banalidad! El propio destino, la identificación de nuestra vocación, del sentido de la vida, definido por las cuatro paredes en las que me encuentro, por las cuatro paredes de las circunstancias de tiempo y espacio, de la historia en la que ha hecho que me encuentre!».

El hombre vivo es el que cree, el que tiene conciencia de ser elegido, el que está seguro de que el Padre es todo. Que se le percibe, se le capta, se le adora, se le ama en el lugar donde estás, donde te ha colocado: entre las cuatro paredes, porque, aunque las cuatro

---

<sup>10</sup> Cfr. *Detti e fatti...*, op. cit., p. 69.

paredes fueran las galaxias del universo, seguirían siendo siempre cuatro paredes, pues están definidas por una relación finita. Cuatro paredes: permanecer en un lugar sin hermenéuticas lábiles y discutibles que siempre se apoyan en nuestro propio pensamiento o en nuestra propia imaginación. No se trata de imaginar ni de pensar; se trata del pensamiento en su raíz, de la toma de conciencia de la realidad. Y se trata del corazón: que ame, que se adhiera a esto, y basta.

Busco un hombre vivo, me junto a él y trato incluso de llegar a ser una sola cosa con él: «¿No sabéis que sois miembros los unos de los otros?»<sup>11</sup>.

\* \* \*

*Segunda.* Prosigue la intervención de ayer: «No basta perdurar en el tiempo para construir; para durar hace falta engendrar». Hay que engendrar como tú eres engendrado. Es necesario que a través de ti otros sean engendrados. Pero, ¿es posible? Hace falta que a través de ti otros sean llamados, otros sean elegidos, otros crean: es la misión de tu vida, la respuesta a la gran pregunta de la que hablábamos antes.

Son también los dos puntos de la síntesis de nuestros Ejercicios. Misionero quiere decir el que engendra pueblo enviado por Cristo, enviado por Él como Él fue enviado por el Padre. Cristo es enviado por el Padre para regenerar, para engendrar de nuevo a la humanidad, una nueva humanidad, una humanidad distinta que recoge todos los aspectos y elementos de la primera humanidad y los transhumana, les da otra

---

<sup>11</sup> Rm 12,5.

naturaleza, otro valor, una naturaleza semejante a la de Dios. Sin este ímpetu, sin este apremio, es como si la fe no contara ya para nada. La fe no puede darte gozo si no provoca este apremio. Sin la pasión misionera, uno —uno cualquiera; no estoy hablando de los amigos nuestros que se han marchado a Nazaret, o de los otros amigos que se han marchado a las lejanas tierras de Siberia; estoy hablando de cada uno de nosotros—, sin ímpetu misionero es como si su cuerpo careciera de semen, es decir, que fuera estéril, y su pecho no tuviera corazón, es decir, que estuviera árido. Tu pensamiento, tu conocimiento, no llegan al *affectus*, no se conmueven, no pueden conmoverse. Eres estéril, estéril en el sentido más vergonzoso, como sucede en ciertos pueblos no sólo antiguos sino también actuales donde las mujeres viven con vergüenza ante los demás si son estériles.

¿Con qué se engendra un nuevo pueblo? ¿Cómo se colabora para engendrar un nuevo pueblo?

¿Cuál es el lamento del pueblo? ¿Cuál es la expresión más determinante en la historia literaria de la humanidad, que más poder expresivo tiene, del lamento por lo que le falta a nuestra vida? Son los salmos, el canto de los salmos, ese largo lamento de la historia hebrea. Leed el salmo 110, el salmo 88, el salmo 111, el salmo 124: son los salmos que elige el breviario estas dos últimas semanas. Pero nosotros leemos estas cosas sin vibrar con ellas, decimos estas palabras como si no fueran nuestras, o peor aún, como si no fueran de nadie, el Nadie de la *Odisea*: «¿Quién eres?» «Nadie».

Pues bien, el pueblo que camina en busca de su destino y de su plenitud, además del canto que expre-

sa su lamento, que en última instancia es lamento —pues incluso después de los pasajes con acentos más firmes siempre cae en un doloroso lamento—, además de ese canto, el pueblo tiene la voz de sus poetas, de sus genios. El genio expresa la conciencia del pueblo, la genialidad del pueblo. En la Biblia se llaman profetas: leed Isaías 2,2-5; Isaías 66,10-14; y sobre todo Isaías desde el 61,10 al 62,5 (los capítulos 61 y 62 en su momento culminante).

Si en estas dos semanas no hemos vibrado y llorado con el pueblo hebreo, si no hemos sentido sobre nosotros y dentro de nosotros, dentro de nuestra existencia, el dolor del pueblo hebreo, si no hemos vuelto a vivir lo que vivió este pueblo, el Acontecimiento no es algo presente para nosotros, no existe; hemos vivido como si el Acontecimiento no existiera.

Así que veamos cómo se especifica con justeza la figura del hombre vivo al que debemos seguir de cerca, hasta el punto de llegar a ser una sola cosa con él: «¿No sabéis que sois miembros los unos de los otros?».

1. Es la objetividad de la forma de nuestra vocación lo que salva esta cercanía viviente, lo que nos hace reconocer esta cercanía afectuosa y generosa como un eco del corazón de Cristo. Objetividad: las cuatro paredes que hacen *sencillo* el camino. No hay cosa más sencilla: «Permanece donde estás», permanece donde estás. La manera de indicarte el camino es sencillísima, hace que tu camino sea sencillo, elimina todas las recriminaciones. (¡Oh, qué bello es esto! Esa

recriminación es el obstáculo satánico y demoníaco de nuestras jornadas, sin la cual serían más serenas: aún cuando llueva y haya nubes bajas y negras, el ánimo puede estar sereno si bebe el aire del Espíritu que corre entre las gotas de la lluvia que cae). Elimina todas las recriminaciones y por tanto los esfuerzos inútiles, dejando el único esfuerzo razonable que es el testimonio, la misión, la dedicación de sí a la misión de Cristo. Quede, pues, sencilla la visión del compromiso de la vida del hombre vivo.

2. Y *libre*: el hombre vivo es libre. ¿Libre de qué? Libre de todo lo que fue. Por esto vive sin recriminarse: la recriminación desentierra lo que pasó. Libre de sí mismo, es decir, de lo que fue. Libre en lo que ahora es, en el Cristo que es ahora, en la presencia reconocida de Cristo, en la presencia de Cristo que reconoce como su —¡su!— única consistencia. Libre de las cadenas del tiempo y del espacio, y libre en sus relaciones. La señal de que una relación es auténtica, de su bondad, es que te libere sensiblemente. Que te libere, que no te complique, que no te ate, que no te pese y te arrastre, que no decida por ti.

3. Como consecuencia de la sencillez y de la libertad, el hombre vivo es *capaz de gozar*. Capaz de tener gozo: reflejo del cielo, reflejo del cielo estrellado, reflejo del cielo azul primaveral, «frío y ardiente»<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> Cfr. M. B. Tosatti, «Resurrezione», en *Canti e preghiere*, op. cit., pp. 29-30. Ver texto completo en el Apéndice 2 de este volumen.

4. Y por todo ello el hombre vivo —que extrae de su sencillez y libertad la capacidad de gozar— es un hombre *deseable*. Este ser deseable caracteriza al hombre libre, es una característica de los hombres enviados. ¿Enviados a quién? Al hombre viandante, a todos los hombres que caminan; no a los vagabundos, no a quien rechaza ser caminante —tener un camino, un destino y una compañía que le han sido dados misteriosamente, pero con certeza— y prefiere construir por sí solo su camino y su destino. El hombre libre no está enviado a los vagabundos sino a los viandantes. La alegría y el carácter deseable forman para los viandantes el trasfondo de la presencia del hombre elegido, que tiene fe en Jesús. Y a éste se le desea desde lejos, cuando se está lejos de él. Es característico que se desee el lugar donde vive quien es libre. Se desea ese lugar con nostalgia en el verdadero sentido del término: que apresura lo que se tiene que hacer lejos de allí, y hace respirar cuando se toma el medio que devuelve a ese lugar original. Como ayer por la noche, cuando de repente me encontré a uno de vosotros que se ha visto obligado a estar un poco lejos en los últimos tiempos, y me abrazó, a punto de llorar, diciéndome: «No, porque estoy contento». ¡Cuántos años hacía que nos conocíamos, cuántos años hace que nos conocemos y nunca te había pasado esto! Es la nostalgia del lugar, de las cuatro paredes donde permanecer para estar junto al hombre vivo, entregado a la pasión apremiante de que Cristo sea reconocido, de que la fe se comunique, lanzado a la misión.

«Yo soy Mañara, el que miente cuando dice: yo amo. Pero, debido a que he dicho al Eterno que le

amaba, mi corazón está alegre y mis manos resultan deseables como panes»: esto es el carácter deseable. «Yo soy Mañara. Y aquél a quien amo me dice que estas cosas no han existido. Haya robado o haya matado: ¡estas cosas no han existido! Sólo Él es»<sup>13</sup>. Hay que leer todo este pasaje del *Miguel Mañara* pensando en el ejemplo que nos han dado y que nos siguen dando los amigos de Nazaret, los tres compañeros nuestros que están haciendo vida común viviendo en una casa de Nazaret.

«Queridísimo don Giussani, reciba un cordial saludo y el deseo de una feliz Pascua de la casa de Nazaret. En Navidad uno de nosotros volvió [se vino a Italia]. Ese momento dramático nos puso frente a un desafío irrenunciable: esperar solamente del Acontecimiento de Cristo nuestra energía para afrontar la realidad, ponernos en juego por entero ofreciendo nuestra vida, pidiendo piedad y ayuda a Su misericordia. Dentro del sufrimiento y el extravío por el que atravesamos se nos ha pedido que pongamos nuestra confianza en Su iniciativa, que abandonemos cualquier proyecto nuestro para obedecer, y para obedecer ante todo en el trabajo cotidiano al Prior [del convento: tan lejos y tan distintos, pero nunca tan lejanos y distintos como para no admirar como viven, la conciencia con la que viven, la precisión con la que viven la oración, las relaciones fraternas y el trabajo banal de cada día estos tres amigos nuestros]. Hemos descubierto que estábamos aquí para construir dentro del hospital una relación visible de unidad y amistad

---

<sup>13</sup> O. V. Milosz, *Miguel Mañara*, op. cit., p. 57.

con las comunidades de los hermanos y las hermanas [no solamente entre ellos, sino con las comunidades de los hermanos y de las hermanas de san Juan de Dios], amándoles tal como son, y para afirmar esto frente a todos. Y esto requería, antes que nada, nuestro propio cambio. Con sorpresa hemos despertado y redescubierto el hecho de que lo que tú nos dices cambia verdaderamente el ser de nuestra vida. Tus palabras comportan un valor de cambio real de nuestro yo. La llegada de Gualtiero nos ha consolado con la certidumbre de que somos amorosamente seguidos para que aprendamos a vivir una experiencia que nos renueva abrazándonos y abrazando cualquier situación. En el trabajo hemos diseñado el organigrama y afrontado el inventario, el presupuesto y la racionalización de los costes, estableciendo los primeros instrumentos para que haya una dirección operativa del hospital de los Hermanos de San Juan de Dios. Hemos empezado a tener relaciones estables con las autoridades y las instituciones sanitarias locales [es decir, israelíes]. Al mismo tiempo hemos comenzado a hacer con una familia árabe de Nazaret la Escuela de Comunidad. Nos han llamado a la parroquia para dar un testimonio y empezar a relacionarnos con los jóvenes. Hay aquí, por parte de muchas personas, una atención y una petición de que nuestra experiencia se haga presente para saber quiénes somos. Esperamos y trabajamos con gozo en el desarrollo de este comienzo dramático, pero bello y real, sobre todo porque cada vez nos damos más cuenta personalmente de que no hay división entre la vida de la casa, el trabajo, el movimiento y nuestro estar en el mundo, sino que



todo forma parte del descubrimiento continuo de nuestra vocación [¡éstos sí que están vivos]. Te recordamos siempre ante la Virgen todas las veces que vamos a la cueva de la Anunciación y a la casa de san José. Su ayuda es real y la experimentamos cada día. Acercarnos a ver aquel lugar alimenta nuestra memoria del Acontecimiento que engendró allí un 'sí' como el de Pedro, el 'sí' de María. A través de nuestro 'sí', en el que resuena el eco del 'sí' de Pedro y de María, es como la Anunciación, el anuncio del Acontecimiento Grande, permanece presente».

\* \* \*

He pretendido hacer una síntesis existencial de todo lo que hemos venido diciendo desde el mes de agosto pasado. Los textos *Dios: el tiempo y el templo*, *Reconocer a Cristo y Dios y el hombre* hacen converger todo lo que expresan en una sola palabra: *yo*. Yo: tu existencia, mi existencia, nuestra existencia. A ella le está confiado todo lo que el Padre quiere del universo: la gloria de Jesús. Pero para sentir esto no basta adherirse solamente mediante una obediencia estéril, estéril en el sentido del Espíritu; es necesario caer en la cuenta, *realizar*, que Cristo es la Presencia que te constituye, que constituye el mundo. «Todo consiste en Él»<sup>14</sup>. Su gloria, que todos reconozcan quien es Él, que todos reconozcan qué significa para la entera realidad humana, para la historia entera: éste debe ser nuestro objetivo apasionante. Entonces todo lo que hemos dicho durante este año adquirirá sentido. Para

---

<sup>14</sup> Col 1, 17.

estos tres amigos nuestros de Nazaret, la casa —con menos razonamientos de los que oímos nosotros— se ha convertido en algo mucho más importante de como la siente la mayoría de vosotros. Las cuatro paredes del Padre del desierto de hace 1500 años... ¡Caer en la cuenta de repente de que hemos sido precedidos en lo que considerábamos un descubrimiento nuestro es lo más bello que puede haber!

Por eso, la gracia que debemos pedir a la Virgen —para este fin se dirá la misa de hoy— es tener una certeza cada vez mayor. Porque es la certeza lo que desarma a la incertidumbre del mundo, lo que cimenta las montañas y permite que no temblemos ante los terremotos más desastrosos. Como dicen los salmos, aunque los salmos son el lamento de un pueblo que todavía no tenía esto, de igual modo que los profetas son voces de poetas que sienten imaginativamente la atracción de aquello para lo que está hecho el pueblo, pero que todavía no se ha convertido en pan de comer y en vino de beber. Para nosotros dentro de algunos minutos se traducirá en pan de comer y en vino de beber. Pero ¿lo captaremos —en el sentido etimológico de la palabra—, lo comprenderemos, lo abrazaremos o estará, aún dentro de nosotros, fuera de nosotros?

## APENDICES

CHRISTE, CUNCTORUM DOMINATOR ALME  
(In Dedicatione Ecclesiae Maioris Hymnus)

Christe, cunctorum dominator alme,  
Mente supremi generate Patris,  
Supplicum voces pariterque carmen  
Cerne benignus.

Cerne, quod Templi Deus, ad decorem  
Plebs tua supplex resonet per Aedem,  
Annuo cuius redeunt colenda  
Tempore festa.

Haec Domus surgit tibi dedicata  
Rite, ubi sumit populus sacratum  
Corpus ex aris, bibit et beati  
Sanguinis haustum.

Hic sacrosancti latices nocentum  
Diluunt culpas, perimuntque noxas  
Chrismate invictum genus et creatur  
Christicolarum.

Hic salus aegris, medicina fessis,  
Lumen et caecis datur: hic reatu,  
Christe, nos solvis; timor atque moeror  
Pellitur omnis.

Daemonis saevi perit hic rapina:  
Pervicax monstrum pavet, et retentos  
Deserens artus, fugit in remotas  
Ocius auras.

## HIMNO DE LA DEDICACION DEL TEMPLO

Oh Cristo, Señor de todos y dador de la vida,  
generado de la mente del altísimo Padre,  
mira benévolo las voces y la oración  
de los que te suplican humildemente.

Mira, oh Dios, como tu pueblo suplicante  
hace resonar en el templo su canto para honrar  
a la Iglesia, en la solemnidad anual en que  
celebramos la fiesta de este Templo.

Esta casa se alza a Ti debidamente dedicada,  
en ella el pueblo toma  
del altar el Cuerpo consagrado y bebe  
de la bendita Sangre.

Que las santas aguas limpien las culpas  
de los que han errado y supriman sus penas;  
con la unción es generada la estirpe  
invencible de los Cristianos.

Aquí es dada la salud a los enfermos,  
la ayuda a los débiles y la vista a los ciegos;  
aquí, oh Cristo, nos liberas de la culpa;  
todo miedo y tristeza son expulsados.

Aquí es liberada la presa feroz  
del demonio: el monstruo testarudo tiene miedo,  
y abandonando los miembros que tenía aprisionados,  
huye veloz a la profundidad del abismo.

Hic locus Regis vocitatur Aula  
Nempe caelestis, rutilansque caeli  
Porta, quae vitae Patriam petentes  
Accipit omnes.

Turbo quem nullus quatit, aut vagantes  
Diruunt venti, penetrantque nimbi,  
Hanc Domun tetrus piceus tenebris  
Tartarus horret.

Ergo te votis petimus, sereno  
Annuas vultu, famulos gubernes,  
Qui tui summo celebrant amore  
Gaudia templi.

Nulla nos vitae cruciet procella,  
Sint dies laeti placidaeque noctes;  
Nullus ex nobis, pereunte mundo,  
Sentiat ignem.

Hic dies, in quo tibi consecratum  
Conspicis Templum, tribuat perenne  
Gaudium nobis, vigeatque longo  
Temporis usu.

Laus poli summum resonet Parentem  
Laus Patris Natum, pariterque Sanctum  
Spiritus dulci moduletur hymno  
Omne per aevum. Amen.

Este es el lugar realmente llamado  
Corte del Rey Celeste, puerta resplandeciente del cielo,  
que acoge a todos aquellos  
que buscan la Patria de la vida.

Ningún torbellino lo sacude, ni lo abate  
el remolino de los vientos, ni penetran en él  
las tempestades; tiene horror de esta Casa  
el Tártaro oscuro de tinieblas profundas.

Por eso te pedimos que Tú digas sí  
a nuestras súplicas con rostro sereno;  
custodia a tus siervos que con gran amor  
celebran las alegrías del Templo.

Ninguna tempestad turbe nuestra vida:  
sean los días alegres y las noches serenas,  
ninguno de nosotros pruebe el fuego,  
cuando el mundo desaparezca.

Este día en el que miras al Templo  
consagrado a Ti concédenos alegría perenne  
y permanezca sólido para nuestro uso  
por un largo espacio de tiempo.

Resuene la alabanza al Padre supremo del Cielo  
y se module con dulce canto  
la alabanza al Nacido del Padre e igualmente  
al Espíritu Santo por todos los siglos. Amén.

RESURREZIONE  
Maria Barbara Tosatti

Quando dal dolce sonno dell'infanzia  
Ignara ancor mi ridestai, nel cuore  
Di portare m'avvidi un'infinita  
Tenerezza e credei che umana cosa  
Fosse; ma tosto accorta del mio errore  
Mi resi, ch  la vita  
Quel divino tumulto duramente  
Respinse, onde con vane  
Querele la mia sorte dolorosa  
Lamentando n'andai miseramente.  
Oggi non pi ! di quel celeste dono  
Che intatto ancor nel mio ferito cuore  
Io chiudo, l'immortale  
Sorte compresi, ed il mio spirto alfine  
D'ogni terrestre laccio,  
D'ogni codardo indugio fieramente  
Liberando, l'amaro mio destino  
Cui sottrarmi tentai, liberamente,  
Festevolmente abbraccio.  
Ch'io porti sulle cose i miei dolenti  
Occhi profondi, che il mio breve duolo  
Al mio spirto riveli l'infinito  
Duolo e la solitudine infinita  
Degli esseri, che questo infido suolo  
Con lieve pi  calcando, ferma stanza  
Io non abbia quaggi , ma la mia vita  
Come un giorno di marzo fredda e ardente  
Disadorna e feconda, senza posa  
Si rischiari e s'imbruni, arda e s'adombri  
Di contento e di pace disdegnosa.



Che giammai dei felici e dei potenti  
Al convito obliandomi, perire  
Io lasci quell'ardente  
Arcana sete e quel celeste ardore  
Che nascendo portai, ma di mistero  
E di pietate l'anima nutrendo,  
Nel silenzio riarder di quei doni  
La sacra fiamma io vegga.  
Che quando e come degni del Signore  
Lo spirto visitarmi, io nulla chiegga,  
Ma di repente trepida sorgendo,  
Senza tema ove piaccia al suo divino  
Soffio condurmi, dolcemente io vada.

3  
LE PONT  
Victor Hugo

J'avais devant les yeux les ténèbres. L'abîme  
Qui n'a pas de rivage et qui n'a pas de cime  
Était là, morne, immense; et rien n'y remuait.  
Je me sentais perdu dans l'infini muet.  
Au fond, à travers l'ombre, impénétrable voile,  
On apercevait Dieu comme une sombre étoile.  
Je m'écriai: —Mon âme, ô mon âme! il faudrait,  
Pour traverser ce gouffre où nul bord n'apparaît,  
Et pour qu'en cette nuit jusqu'à ton Dieu tu marches,  
Bâtir un pont géant sur des millions d'arches.  
Qui le pourra jamais? Personne! O deuil! effroi!  
Pleure! —Un fantôme blanc se dressa devant moi  
Pendant que je jetais sur l'ombre un oeil d'alarme,  
Et ce fantôme avait la forme d'une larme;  
C'était un front de vierge avec des mains d'enfant;  
Il ressemblait au lys que sa blancheur défend;  
Ses mains en se joignant faisaient de la lumière.  
Il me montra l'abîme où va toute poussière,  
Si profond que jamais un écho n'y répond,  
Et me dit: —Si tu veux, je bâtirai le pont.  
Vers ce pâle inconnu je levai ma paupière.  
—Quel est ton nom? lui dis-je. Il me dit: —La prière.

## MIA GIOVINEZZA

Ada Negri

Non t'ho perduta. Sei rimasta, in fondo  
all'essere. Sei tu ma un'altra sei:  
senza fronda né fior, senza il lucente  
riso che avevi al tempo che non torna,  
senza quel canto. Un'altra sei, più bella.  
Ami, e non pensi essere amata: ad ogni  
fiore che sboccia o frutto che rosseggia  
o pargolo che nasce, al Dio dei campi  
e delle stirpi rendi grazie in cuore.  
Anno per anno, entro di te, mutasti  
volto e sostanza. Ogni dolor più salda  
ti rese: ad ogni traccia del passaggio  
dei giorni, una tua linfa occulta e verde  
opponesti a riparo. Or guardi al Lume  
che non inganna: nel suo specchio miri  
la durabile vita. E sei rimasta  
come un'età che non ha nome: umana  
fra le umane miserie, e pur vivente  
di Dio soltanto e solo in Lui felice.  
O giovinezza senza tempo, o sempre  
rinnovata speranza, io ti commetto  
a color che verranno: —infin che in terra  
torni a fiorir la primavera, e in cielo  
nascan le stelle quand'è spento il sole.

5  
ALLA SUA DONNA  
Giacomo Leopardi

Cara beltà che amore  
Lunge m'inspiri o nascondendo il viso,  
Fuor se nel sonno il core  
Ombra diva mi scuoti,  
O ne' campi ove splenda  
Più vago il giorno e di natura il riso;  
Forse tu l'innocente  
Secol besti che dall'oro ha nome,  
Or leve intra la gente  
Anima voli? o te la sorte avara  
Ch'a noi t'asconde, agli avvenir prepara?

Viva mirarti omai  
Nulla spene m'avanza;  
S'allor non fosse, allor che ignudo e solo  
Per novo calle e peregrina stanza  
Verrà lo spirto mio. Già sul novello  
Aprir di mia giornata incerta e bruna,  
Te viatrice in questo arido suolo  
Io mi pensai. Ma non è cosa in terra  
Che ti somigli; e s'anco pari alcuna  
Ti fosse al volto, agli atti, alla favella,  
Saria, così conforme, assai men bella.

Fra cotanto dolore  
Quanto all'umana età propose il fato,  
Se vera e quale il mio pensier ti pinge,  
Alcun t'amasse in terra, a lui pur fora  
Questo viver beato:  
E ben chiaro vegg'io siccome ancora

## A SU DAMA

(Traducción de Antonio Colinas)

Cara beldad que amor  
lejos me inspiras, o escondiendo el rostro,  
a no ser que te muestres,  
sombra divina, en sueños,  
o en campos donde brille  
tenue el día y natura más dichosa.  
¿Acaso embelleciste  
el buen siglo que ahora llaman áureo,  
o, leve, entre la gente,  
vuela tu alma, o la avara suerte  
te oculta a nuestros ojos, no al futuro?

Ya no tengo esperanza  
de contemplarte viva,  
si ya no fuese que, solo y desnudo,  
por otra vía y en extraña estancia  
vendrá mi espíritu. Y con el nuevo  
comienzo de mi día oscuro, incierto,  
te supuse de paso en esta tierra.  
Pero nada existe en este suelo  
que a ti se te asemeje, y si lo hubiese  
y en el rostro, los actos, las palabras  
te igualase, sería menos bello.

Si entre tanto dolor  
con que la vida trae con el destino,  
fueses como mi mente te imagina,  
y alguien te amase, para él sería  
este vivir dichoso;  
y claramente veo todavía

Seguir loda e virtù qual ne' prim'anni  
L'amor tuo mi farebbe. Or non aggiunse  
Il ciel nullo conforto ai nostri affanni;  
E teco la mortal vita sarìa  
Simile a quella che nel cielo indìa.

Per le valli, ove suona  
Del faticoso agricoltore il canto,  
Ed io seggo e mi lagno  
del giovanil error che m'abbandona;  
E per li poggi, ov'io rimembro e piagno  
I perduti desiri, e la perduta  
Speme de' giorni miei; di te pensando,  
A palpar mi sveglio. E potess'io,  
Nel secol tetro e in questo aer nefando  
L'alta specie serbar; ché dell'imago,  
Poi che del ver m'è tolto, assai m'appago.

Se dell'eterne idee  
L'una sei tu, cui di sensibil forma  
Sdegni l'eterno senno esser vestita,  
E fra caduche spoglie  
Provar gli affanni di funerea vita;  
O s'altra terra ne' superni giri  
Fra' mondi innumerabili t'accoglie,  
E più vaga del Sol prossima stella  
T'irraggia, e più benigno etere spiri;  
Di qua dove son gli anni infausti e brevi,  
Questo d'ignoto amante inno ricevi.

que en mi edad juvenil virtud y gloria  
me harían amarte. Ahora nada añade  
el cielo a nuestras ansias,  
mas la vida mortal sería a tu lado  
igual a aquella que en el cielo se halla.

Por los valles, donde se oye  
del fatigado labrador el canto,  
me siento y me lamento  
del error juvenil que me abandona;  
y en las colinas donde evoco y lloro  
los perdidos deseos, la esperanza  
perdida de mi vida, en ti pensando,  
comienzo a palpar. ¡Y si pudiese  
en el tétrico siglo, en la nefanda  
atmósfera guardar tu alta imagen,  
sólo con ella me contentaría!

Si de las eternas ideas  
tú eres una a la que de sensibles  
formas no viste el saber eterno,  
ni entre caducos restos  
probar las ansias de fúnebre vida,  
o si otra tierra, en los excelsos giros,  
entre mundos innúmeros te acoge,  
y más bella que el sol te ilumina  
próxima estrella, y aire más benigno  
respiras, de aquí, donde la vida  
es breve y desdichada, ven, recibe  
de este ignoto amante la canción.

6  
COROS DE «LA PIEDRA»  
VII. Fragmento  
Thomas Stearns Eliot

...

Y el Espíritu se movía sobre la faz de las aguas,  
y los hombres que se volvían a la luz y tuvieron conocimiento de  
[la luz,  
inventaron las Religiones Superiores; y las Religiones Superiores  
[eran buenas.

Y llevaron a los hombres de la luz a la luz, al conocimiento del  
[Bien y del Mal.

Pero su luz estaba siempre rodeada y traspasada de tinieblas  
como el aire de los mares templados está penetrado por el inmóvil  
[aliento muerto de la Corriente Artica;  
y llegaron a un límite, a un límite sin salida movido por una  
[chispa de vida,  
y llegaron a la reseca y antigua mirada de un niño muerto de  
[hambre.

Oraciones escritas en cilindros giratorios, adoración de los  
muertos, negación de este mundo, afirmación de ritos cuyo sentido  
[está olvidado,  
en la inquieta arena azotada por el viento, o en las colinas donde  
[el viento no permitirá jamás que se pose la nieve.  
Estéril y vacío. Estéril y vacío. Y tinieblas sobre la faz del  
[abismo.

...



## STABAT MATER

Jacopone da Todi

Stabat mater dolorosa  
iuxta crucem lacrimosa,  
dum pendebat filius;  
cuius animam gementem,  
consternatam et dolentem  
pertransivit gladius.

O quam tristis et afflicta  
fuit illa benedicta  
mater Unigeniti!  
quae maerebat –et dolebat,  
et tremebat– dum videbat  
nati poenas incliti.

Quis est homo qui non fleret,  
matrem Christi si videret  
in tanto supplicio?

Quis non posset contristari  
piam matrem contemplari  
dolentem cum filio?

Pro peccatis suae gentis  
Iesum vidit in tormentis  
et flagellis subditum;  
vidit suum dulcem natum  
morientem, desolatum,  
dum emisit spiritum.

Eia, mater, fons amoris,  
me sentire vim doloris  
fac, ut tecum lugeam;  
fac ut ardeat cor meum

in amando Christum Deum,  
ut sibi complaceam.

Sancta mater, istud agas:  
Crucifixi fige plagas  
cordi meo valide.  
Tui nati –vulnerati,  
iam dignati– pro me pati,  
poenas pro me divide.

Fac me tecum semper flere,  
Crucifixo condolere,  
donec ego vixero.  
Iuxta crucem tecum stare,  
te libenter sociare  
cum planctu desidero.

Virgo virginum praeclara,  
mihi iam non sis avara:  
fac me tecum plangere.  
Fac ut portem –Christi mortem.  
passionis eius sortem,  
has plagas recolare.

Fac me plagis vulnerari,  
cruce hac inebriari  
in amore filii.  
Inflammatum et accensus,  
per te, virgo, sim defensum  
in die iudicii.

Fac me cruce custodiri,  
morte Christi praemuniri,  
confoveri gratia.  
Quando corpus morietur,  
fac ut animae donetur  
paradisi gloria.

CARTA A DIOGNETO  
Fragmento del capítulo V  
Anónimo

... Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por el territorio en que viven, ni por su lengua ni por sus costumbres. No habitan en sus propias ciudades, ni utilizan una jerga particular, ni llevan un género de vida especial. Su doctrina no ha sido descubierta por el pensamiento o la investigación de ningún genio humano, ni tampoco siguen una corriente filosófica, como hacen los demás. Ahora bien, aun viviendo en ciudades griegas o bárbaras —como le haya tocado a cada uno— y uniformándose a las costumbres del lugar en el vestir, el comer y todo lo demás, son un ejemplo de vida social admirable, o mejor —como todo el mundo dice— paradójico. Viven en su patria, pero como si fueran peregrinos; participan en la vida pública como cualquier ciudadano, pero están distanciados de todo como si fueran extranjeros; cualquier nación es su patria, y cualquier patria es para ellos una nación extranjera. Se casan como todos y tienen hijos, pero no exponen a sus recién nacidos. Comparten en común la mesa, pero no el lecho. Viven en la carne, pero no según la carne. Habitan en la tierra, pero son ciudadanos del cielo. Obedecen a las leyes vigentes, pero superan las leyes con su vida. Aman a todos y son perseguidos por todos. No se les conoce, pero se les condena. Se les mata, pero ellos obtienen así la vida. Son pobres y enriquecen a muchos; carecen de todo pero abundan en todo. Son despreciados y encuentran gloria en el desprecio. Se blasfema de ellos, pero proclaman justo al blasfemo; se les ultraja y bendicen; se les injuria y tratan a todos con respeto. Hacen el bien y se les condena a muerte; pero, una vez condenados, se alegran como si les dieran entonces la vida. Los judíos les combaten como enemigos suyos, y los griegos les persiguen; pero quienes les odian no saben explicar el porqué...

9  
NOI PECCATORI  
O. Mazzoni

Il bene perduto:  
un breve razzo in lacrime caduto.  
Giò che avevo afferrato bramosa,  
nella mano stretta si sfece,  
come a sera la rosa  
sotto la volta dell'eternità.  
Tutto impallidì, si tacque,  
perse colore e sapore,  
(e più quel che più mi piacque).  
Però, atterrita dalla paura  
di riperdere il dono che non dura,  
feci rinuncia alla felicità.  
Ma una felicità  
pur mi resta da chiederti, Signore,  
una cui miri  
Tu per gli eletti del Tuo amore:  
quella —sì— di cantare nei martiri.

Fotocomposición:  
**Orche (Madrid)**

Impresión:  
**Rogar (Madrid)**

Encuadernación:  
**Sanfer (Madrid)**

**ISBN: 84-7490-376-9**

**Depósito Legal: M. 33.920-1995**

**Printed in Spain**



# E Teología E

Hans Urs von Balthasar, *La verdad es sinfónica.*

Henri de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia.*

Jean Daniélou, *Contemplación, crecimiento de la Iglesia.*

Hans Urs von Balthasar, *La oración contemplativa.*

André Léonard, *Pensamiento contemporáneo y fe en Jesucristo.*

Giacomo Biffi, *La bella, la bestia y el caballero. Ensayo de teología inactual.*

Henri de Lubac, *Catolicismo. Aspectos sociales del dogma.*

Julien Ries, *Lo sagrado en la historia de la humanidad.*

AA.VV., *La Doctrina Social cristiana.*

Henri de Lubac, *El drama del humanismo ateo.*

Henri de Lubac, *El misterio de lo sobrenatural.*

Fernando Sebastián, *Nueva evangelización.*

Angel Suquía, *Seguir a Cristo hoy.*

Henri de Lubac, *Por los caminos de Dios.*

Hans Urs von Balthasar, *Luz de la Palabra.*

Hans Urs von Balthasar, *Estados de vida del cristiano.*







«La originalidad del cristianismo y su carácter específico respecto a las demás religiones consiste en que la relación con el Infinito no está establecida, imaginada y concebida por el hombre, sino que está determinada por la presencia, misteriosa y real, del mismo Dios en la historia humana. (...) La implicación de Dios en la vida del hombre se produce siempre a través de un punto preciso, carnal, dentro del tiempo y el espacio, en el que tiene lugar la interferencia del Misterio. Esta es la noción de templo. Se trata de reconocer el método que Dios ha elegido para darse a conocer al hombre, el método de su iniciativa misteriosa, pero real, para entablar relación con el hombre. Y el hombre que, por gracia, se da cuenta con sorpresa de esto puede, con su libertad, responder a ello mirando a ese comienzo nuevo, que no es obra suya, que le ha sucedido y que se revela como algo que corresponde profundamente a sus exigencias y a sus expectativas».

## E Teología E

ISBN 84-7490-376-9



9 788474 903768